

ESTUDIOS

GENERACION CONSCIENTE



RENAU

50^{cts.}

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franquico. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Recibo, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Recibo van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Recibo no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. LAS SUSCRIPCIONES SE ABONAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6.º PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año. Enviamos el Catálogo General gratis a quien lo desea.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjase a: J. JUAN PASTOR, Apartado 158.-VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

CONOCIMIENTOS UTILES EDUCACION E HIGIENE

- ENFERMEDADES SEXUALES, por el doctor Lázaro Sirin.—Precio, 1 peseta. Segunda edición.
- MEDIOS PARA EVITAR EL EMBARAZO, por G. Hardy.—Precio, 3.50 ptas.; en tela, 5.
- LA MUJER, EL AMOR Y EL SEXO, por Jean Marestán.—Precio, 1 peseta.
- EDUCACION SEXUAL DE LOS JOVENES, por el doctor Mayoux.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3.50. Segunda edición.
- AMOR SIN PELIGROS, por el doctor W. Wasroche.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3.50. Segunda edición.
- GENERACION CONSCIENTE, por Frank Sutor.—Precio, 1 peseta.
- EMBRIOLOGIA, por el doctor Isaac Puente.—Precio, 3.50 pesetas. Lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.
- EL VENENO MALDITO, Dr. F. Elosu.—Precio, 1 peseta.
- EXTRAORDINARIO DE «GENERACION CONSCIENTE» PARA 1928.—Precio, 1 peseta.
- EXTRAORDINARIO DE «ESTUDIOS» PARA 1929.—Precio, 1 peseta.
- EUGENICA, por Luis Huerta.—Precio, 2 pesetas.
- LIBERTAD SEXUAL DE LAS MUJERES, por Julio R. Bar.—Precio, 3 pesetas; en tela, 4.50. Cuarta edición.
- EL A B C DE LA PUERICULTURA MODERNA, por el doctor Marcel Prunier.—Precio, 1 peseta.
- EL ALCOHOL Y EL TABACO, por León Tolstói.—Precio, 1 peseta.
- LA MATERNIDAD CONSCIENTE. *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza*, por Manuel Fealdés.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3.50.
- LA EDUCACION SEXUAL, por Jean Marestán.—Precio, 3.50 pesetas; en tela, 5.
- LA EDUCACION SEXUAL Y LA DIFERENCIACION SEXUAL, por el doctor Gregorio Marañón.—Precio, 0.50 pesetas.
- ¿QUE TODOS DEBERIAN SABER (*La iniciación sexual*), por el doctor G. M. Bessède.—Precio, 2 ptas.; en tela, 3.50
- ¿QUE DEBE SABER TODA JOVEN, por la doctora Mary W. H. —Precio, 1 peseta; en tela, 2.50.
- EDUCACION Y CRIANZA DE LOS NIÑOS, por Luis Kuznetz.—Precio, 0.75 pesetas.
- CAMINO DE PERFECCION, por Carlos Brandt.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3.50.
- LA GRAMATICA DEL OBRERO, por José Sánchez Rosa.—Precio, 2 pesetas.
- LA ARITMETICA DEL OBRERO, por José Sánchez Rosa.—Precio, 1.50 pesetas.

NOVELAS - SOCIOLOGIA - CRITICA

- GANSHI, ANIMADOR DE LA INDIA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 1.50 pesetas.
- COMO EL CABALLO DE ATILA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 5 pesetas; en tela, 6.50.

- LA QUE SUPO VIVIR SU AMOR, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 4 pesetas; en tela, 5.50.
- EL BOTON DE FUEGO, por José López Montenegro.—Precio, 3 pesetas; en tela, 4.50.
- UN PUENTE SOBRE EL ABISMO, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3.50.
- LA MUNECA, por F. Caro Ciesco.—Precio, 1.50 pesetas.
- LA DESOCUPACION Y LA MAQUINARIA, por J. A. Mac Donald. Segunda edición.—Precio, 1.50 pesetas.
- LA VIDA DE UN HOMBRE INNECESARIO. LA POLICIA SECRETA DEL ZAR, por Máximo Gorki.—Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- CUENTOS DE ITALIA, por Máximo Gorki.—Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- LA TRANSFORMACION SOCIAL DE RUSIA. COMO SE FORJA UN MUNDO NUEVO, por Máximo Gorki.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas; en tela, 3.50.
- ANISSIA, por León Tolstói.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4.50.
- ¿QUE HACER?, por León Tolstói.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- LA MONTAÑA, por Eliseo Reclus.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- EL ARROYO, por Eliseo Reclus.—Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- EL CALVARIO, por Octavio Mirbeau.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- EL IMPERIO DE LA MUERTE, por Vladimiro Kórolenko.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas. En tela, 3.50 ptas.
- LA ETICA, LA REVOLUCION Y EL ESTADO, por Pedro Kropotkin.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- LOS HERMANOS KARAMAZOV, por el novelista ruso Fedor Dostoiewski.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, 3 ptas.; en tela, 4.50.
- LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES, por el doctor Feydoux.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3.50 ptas.; en tela, 5.
- IDEARIO, por Enrique Malatesta.—Un tomo de 224 páginas, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4.50.
- CRITICA REVOLUCIONARIA, por Luis Fabbri.—Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- IDEARIO, por Ricardo Mella.—Precio, 5 pesetas.
- IDEOLOGIA Y TACTICA DEL PROLETARIADO MODERNO, por Rudolf Rocker.—Precio, 3 ptas.; en tela, 4.50.
- LOS CARDOS DEL BARAGAN, por Panait Istrati.—Precio, 2 ptas.; en tela, 3.50.
- LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS, por R. H. de Ibarreta.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3.50.
- LAS RUINAS DE PALMIRA Y LA LEY NATURAL, por El Conde de Volney.—Precio, 2 pesetas; en tela, 3.50.
- EN LA LINEA RECTA, por Eusebio C. Carbó.—Precio, 2.50 pesetas.

Estudios

Generación Consciente

REVISTA ECLECTICA

PUBLICACION MENSUAL

AÑO X
NUMERO 110

OCTUBRE DE 1932

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158.-VALENCIA

Hacia una nueva organización económica de la sociedad

Paréntesis

Del examen de las posibilidades económicas en España se deduce que, para reorganizar la economía de manera que podamos prescindir del capitalismo y del Estado, es necesario que el movimiento liberador, el esfuerzo a realizar en tal sentido no se localice en nuestro país, o bien que nos preocupemos antes de hallar la forma de bastarnos a sí propios por lo menos en lo que a la producción de lo que es imprescindible para la vida se refiere.

¿Podemos lograr esto último?

Podemos.

Claro que será inexcusable desarrollar una labor enorme. Labor de creación y de captación de voluntades. Labor de productores y de apóstoles. No es lo mismo establecer una sociedad en la cual el individuo debe cumplir espontáneamente sus deberes, por propio impulso, sin que le coaccione la presión de nadie, que entronizar una dictadura de hierro que imponga una obediencia ciega so pena de los castigos más severos.

Ac rca de esto, nunca insistiremos bastante. La sociedad comunista libertaria debe estar tan perfectamente organizada, que el individuo soporte a gusto, sin el mandato expreso de ninguno, todas las cargas y todas las obligaciones enojosas que la vida en sociedad impone. Nosotros no podemos erigirnos en dictadores. No sólo porque nos lo impida nuestro ideario y el respeto que la libertad y la personalidad humanas nos merecen, sino porque sabemos que lo importante para crear algo de valía auténtica sobre sólidas bases, no es obligar al hombre a obedecer sin

replicar las órdenes de quienes se consideren en posesión de la verdad, sino acostumbrarle a comprender y a actuar por sí propio sin necesidad de mentores ni guías y viendo en todo momento y ocasión el camino más recto y practicable. Esto, en nuestro criterio, no es tan difícil de obtener o, al menos, no ofrece dificultades im posible de superar. Poseemos elementos suficientes para transformar moralmente al hombre en un espacio de tiempo relativamente breve. De otra parte, el testimonio irrecusable de los hechos vendrá en nuestra ayuda.

En otro caso, lo que más seriamente nos preocupa, es lo relativo a la organización de la producción, la distribución y el consumo. Ninguna sociedad puede sostenerse sin violencias si no responde a las necesidades más perentorias de sus componentes. Un pueblo hambriento no sólo se halla incapacitado para crear y consolidar nada que valga la pena, sino que está admirablemente bien dispuesto a secundar, aun en contra de todas sus libertades y derechos, al primero que le ofrezca pan en la medida necesaria. Los ideales carecen casi en absoluto de valor cuando sentimos en el estómago los calambres y retortijos del hambre. Lo primero es vivir.

Ya hemos dicho que podemos bastarnos a sí propios. Podemos, pero a condición de realizar previamente una labor formidable de creación y captación, de voluntades y estando dispuestos a soportar bastantes privaciones además de desarrollar un esfuerzo extenuador.

Debemos empezar por no alentar en el alma de las multitudes determinadas ilusiones. En nuestras propagandas solemos afirmar con frecuen-

cia que en el estado actual del progreso, y en una sociedad razonable, utilizando la mecánica como fuerza de trabajo y aplicando a la producción útil a todos los individuos capaces de trabajar, la duración de la jornada no puede exceder de cuatro horas. Esto no es ningún disparate. Probablemente no será preciso estar esclavizado al trabajo más de dos horas diarias en un porvenir muy próximo. Pero esto no ocurrirá al día siguiente de la revolución. Por muy satisfechos podemos darnos si logramos mantener las ocho horas y eso requiriendo la ayuda de la mujer en las rudas labores que hasta hoy desarrolló el hombre casi con exclusividad.

Está todo por hacer y la mayor parte de lo hecho tiene que ser demolido. Luego, hay que tener en cuenta los trastornos inherentes a todo cambio. Aun teniéndolo todo previsto y pudiendo atender con holgura a todas nuestras necesidades, notaríamos un gran desequilibrio económico durante el período revolucionario. Desequilibrio que se prolongaría hasta que a fuerza de derroches de energía y de ingenio bien aplicados lográramos el reajuste perfecto de la economía a las nuevas normas sociales. Imagínese lo que acontecerá no bastando nuestra producción a las necesidades de nuestro consumo.

El período que sucede al triunfo material de las fuerzas revolucionarias, es sin duda, el más delicado. El enemigo se halla vencido. No hay ya frente a los vencedores una resistencia viva que quebrantar. Pero los problemas surgen y se multiplican como las chispas rutilantes del torbellino de llamas de una hoguera. Urge construir. Y construir aprisa y bien. No sólo porque nos acucia la necesidad y el legítimo anhelo de crear un mundo nuevo que responda mejor a nuestro criterio de justicia, sino porque hay que anticiparse con la innegable superioridad de lo creado, al desaliento, la impaciencia, el cansancio y la desilusión de las grandes masas, y desarmar totalmente a la contrarrevolución que espera, arma al brazo, el momento oportuno de intervenir con probabilidades de éxito. Y únicamente trabajando mucho, con tesón y entusiasmo, se puede lograr esto. Hay que despertar y estimular el impulso creador de las multitudes. Hay que pedirles sacrificios en serie. Hay que desarrollar esfuerzos gigantescos sin esperar otra compensación que el placer que proporciona la consciencia del deber cumplido y la satisfacción íntima del creador que aprecia justamente los lineamientos generales de una obra magna de cuyos beneficios apenas si ha de reservarse para sí un tenue reflejo.

En tales circunstancias no se debe incurrir en el error o la insinceridad de presentar al pueblo un porvenir inmediato de color de rosa, cuando lo que se va a hacer, en el mejor de los casos, es aumentar sus cargas con el peso nada liviano de la responsabilidad. No. En lugar de ofrecerle las delicias de Capua para el día siguiente de la revolución, hay que desarrollar ante él el pano-

rama de un mundo en ruinas y el diseño claro del que ha de construir, no echando en olvido la enormidad de la labor que nos compete. El que vaya a la lucha con el ánimo puesto en la porción que personalmente le corresponda en el reparto del botín, que se haga bandolero. Revolucionario sólo puede serlo el que llega en su noble desprendimiento hasta el olvido de sí mismo y lo da todo por el triunfo de la Causa. Hacer revolución es pechar voluntariamente con la dosis mayor de sufrimiento, acariciando la ilusión compensadora de que de ese sufrimiento fecundo nacerá y se afirmará en la tierra la libertad y la dicha de humanidades futuras. Quienes no lo comprendan así no son dignos del galardón que corresponde a los altruistas forjadores del porvenir y deben seguir otros rumbos. Los caminos ásperezos se hicieron para cruzarlos a pie y con el cuerpo erguido. Para reptar son más apropiados los infectos lodazales.

En lo que a España se refiere nos encontramos frente a una dolorosa realidad. Una industria pobrísima. Medios de transportes notoriamente insuficientes. Agricultura atrasada, casi primitiva. Los problemas que a consecuencia de este general atraso ha de plantearnos la revolución son múltiples y de difícil solución.

Nos hallamos, en primer lugar, con que nuestra producción agrícola no basta a cubrir nuestras necesidades. Acaso esto no sea muy difícil de superar. Si tenemos en cuenta que de más de cincuenta millones de hectáreas que mide nuestro suelo apenas se cultivan —mal, desde luego— diecinueve millones de hectáreas, empieza a verse una luz. Así, por ejemplo, si tomamos como punto de comparación la producción de trigo en 1926, veremos que en 3.968.000 hectáreas cultivadas dicho año, obtuvimos 34.690.900 quintales métricos de grano. Esta producción no llena las exigencias de nuestro consumo, pero si puede aumentarse la superficie cultivable el problema quedaría resuelto automáticamente. Falta averiguar si eso puede realizarse con la premura necesaria. Lo peor es que falta el agua. Para hacer productiva una parte de nuestro suelo incultivado haría falta desarrollar un gigantesco plan de obras hidráulicas. Cuestión de técnica, trabajo y tiempo. Y con la agravante de que ese trabajo no es inmediatamente productivo, y además, hay que contar con herramental adecuado que no elaboramos y con el auxilio de los técnicos. ¿Contamos con ellos? Aún está por ver.

Admitamos de todos modos que esa dificultad, bastante sería por cierto, queda vencida. Nos quedará entonces otra labor a realizar: la de ganar al campesino para la causa de la revolución. Y aun después de ganarle, queda en pie la necesidad de proporcionarle herramental, abonos, vestidos, etc. ¿Se puede atender a eso? ¿Sí? ¿Cómo? Nuestra industria está en pañales. Puede desarrollarse y modernizarse y ello no será muy difícil con la ayuda de los técnicos y si no nos bloquearan comercialmente. Como hay que dar por seguro que, en los primeros tiempos al

menos, no podemos contar con la ayuda del técnico y el bloqueo es casi infalible, necesario es que nos tracemos un plan, que busquemos una solución. Vale más refrenar nuestras impacencias que dar una voltereta en el vacío.

Hay más. Hay en el problema de los transportes y el de los combustibles y carburantes. Nuestros medios de transportes por ferrocarril, sobre ser insuficientes —menos de 20.000 kilómetros de vía férrea con un trazado arbitrario—, son muy costosos. Podría organizarse el transporte por carretera, pero no producimos petróleo ni manufacturamos camiones en la medida justa. Pueden manufacturarse dando impulso a esa industria en España. Más trabajo y más técnica. Después, habría que estudiar la manera de sustituir combustibles y carburantes por la energía eléctrica. Carbón no extraemos de nuestras minas el preciso para nuestra industria, y con petróleo no contamos. Se valora, en cambio, la energía generada por los saltos de agua aprovechados en cinco millones de caballos y esto puede aumentarse. Mas siempre tropezamos con el mismo inconveniente: sin la ayuda del técnico y sin la prestación de todos los brazos útiles, dispuestos a desarrollar el esfuerzo máximo y conformándose a consumir el *mínimum*, no vamos a ninguna parte.

Ya sabemos que los impacientes pondrán el grito en el cielo al leer esto. A nosotros nos duele escribirlo, pero nos dolería más ser insinceros. Nosotros no sugerimos que se debe esperar. A la inversa. Cuando tanto hay que hacer, cruzarse de brazos es una acción vituperable. Hay que laborar. Hasta el agotamiento. Y laboramos. Lo que no haremos de ninguna manera es vociferar, confundir el afán de hacer ruido con lo que debe ser la actuación revolucionaria. En nuestro criterio, ninguna labor sería se lleva a cabo gritando hasta desgajitarse. Claro que no pretendemos tapan la boca a los que hallan placer en gritar, mas nos guardaremos mucho de imitarles. El grito no es nuestra especialidad. Además, estamos persuadidos de que hacer revolución no consiste en producirse ruidosamente, sino en prepararse y estimular al vecino a que se prepare para concretar en la realidad social la totalidad o la parte practicable del contenido de un ideal. Y señalar los obstáculos que deben vencerse para llegar a eso es hacer obra revolucionaria, sobre todo, cuando no se señalan con la menguada intención de enfriar los entusiasmos de nadie ni con el propósito de trazar una hoja de ruta. Por otra parte, el luchador que se empeña en verlo todo fácil y hacadero, como asimismo el que pierde acometividad y bríos ante la magnitud del esfuerzo a desarrollar, no valen una higa. En una obra de la envergadura de la que nos corresponde realizar, la cuantía del esfuerzo se mide por los resultados, y el que no posea la suficiente provisión de energías para llegar hasta el fin, ese no cuenta. Tampoco cuenta el que por verlo todo llano se precipita en el abismo.

Esto, que es aplicable a toda tarea de importancia, lo es más aún si se trata de la gigantesca labor que nos está encomendada. No hay que confundir un movimiento tumultuario que tiende a cambiar la estructura política de un país, con una revolución social. El primero apenas si es un hábil juego de escamoteo que no transforma verdaderamente nada, en tanto que la segunda ha de dar a luz un nuevo tipo de civilización o, al menos, imprimir nuevos rumbos a la existente. Y, ¡claro!, esto no puede hacerse a salga lo que saliere. Jamás pudo decirse con más justicia y precisión que ahora, que la revolución hay que hacerla primero en las conciencias. La explosión revolucionaria no tiene en sí y por sí la virtud de transformar la esencia íntima del hombre. Destruye, en parte, los vicios del pasado. Es decir, empuja hacia la fosa lo que ya había muerto en la conciencia humana. Después, adecuando los medios, puede crearse un hombre nuevo si se actúa con perseverancia y acierto. Nada más.

En nuestro caso, a la necesidad imperiosa de crear un ambiente propicio al establecimiento y desarrollo de una moral nueva, se unen los múltiples problemas de orden diverso que nos plantea con carácter de urgencia la cuestión económica. ¿Tenemos derecho a malograr los resultados con nuestra impaciencia? ¿Es que nuestra revolución puede triunfar contando sólo con minorías audaces? ¿Tan pequeña nos parece nuestra obra o tan grandes nos consideramos para fiarlo todo al azar de la improvisación?

Sin duda alguna hay solución para todos los problemas. La hay. En lo que a la organización económica se refiere, que es lo más urgente, hay que ganar a nuestra Causa por la seriedad de nuestra actuación, a los técnicos. Y hay que ir a la población y a los campos, no con estridencias y frases incendiarias, sino con soluciones sencillas y claras que demuestren al campesino lo que pretendemos crear y la ayuda que debe prestarnos. Porque no pretenderemos emplear la violencia para obligar a obedecer a los que deseamos ver libres de toda imposición...

Sí, amigos. Hay que ganarse al técnico y llevar nuestro ideario a los campos. Y no ocultar que después del triunfo de la revolución, en los primeros tiempos, habrá que imponerse muchas privaciones y trabajar hasta donde nos lo permita nuestra resistencia física. El porvenir dichoso que auguramos a la Humanidad hemos de abonarlo con nuestra propia sangre y pagarlo sin regateos en moneda de dolor. ¡Sufrimiento! He ahí lo que nos espera. Pero de ese sufrimiento brotará un torrente de luz vivísima que iluminará un mundo nuevo habitado por gentes sanas, felices y libres. ¡Qué importan todas las amarguras cuando tan espléndidos prometen ser los resultados! También sufrimos ahora y sufrimos para engordar y mantener en la holganza a una casta de parásitos enteramente despreciable.

Adelante. Grande es la tarea, pero no debe

ser menor nuestra perseverancia. Laboremos. Mas laboremos con acierto. No podemos esperar a que el conjunto social comprenda nuestra revolución y nos ayude a hacerla. El capitalismo se hunde a toda prisa y no nos dará tiempo para prepararnos. Apenas si podremos, actuando bien, amortiguar el golpe y atenuar los efectos de la caída. Por eso urge que estudiemos serenamente todos los problemas, que meditemos acerca de ellos y que les busquemos solución. Y entre todos esos problemas, los más urgentes y delicados son los relativos a la técnica y a la organización de los trabajadores del campo.

Cerramos este paréntesis, que aun siendo x-

tenso no nos ha permitido decir cuanto nos proponíamos. Pero antes debemos insistir acerca de nuestro punto de vista esencial: Se puede reorganizar la economía en España para posibilitar el establecimiento de la sociedad comunista libertaria, mas hay que atraer al técnico y encarrilar con nuestros proyectos a las grandes masas y especialmente al campesino. De otro modo, el paso en nuestro país del capitalismo al comunismo, no es posible hoy por hoy, si la revolución no triunfa en un sector mínimo que comprenda los países europeos de habla latina.

H. NOJA RUIZ

ACTUALIDAD

Comentar detalladamente los recientes sucesos españoles sería acaso peligroso. No aludo a la posibilidad de la prisión del comentarista, incidente sin importancia que cada vez va honrando más al que le acaece. Es probable que el mayor honor de todos esos aristócratas que hay ahora en las cárceles sea precisamente éste: haber ido a parar a una celda, cosa que hasta aquí no sucedía más que a unos cuantos trabajadores inquietos, los únicos seres de excepción que hay actualmente en el mundo. Están, pues, compartiendo con éstos un privilegio de primer orden.

Me refería, al hablar de peligro, al de la publicación. ¡Hemos progresado tanto en punto a libertad de opinión por medio de la Prensa desde los tiempos de Primo de Rivera!

Claro que a la Prensa le tiene esto sin cuidado. Se esconden en ella, por lo general, los seres más indignos que hay en nuestro país. Llegó así a uno de los aspectos de lo acontecido, que no comentaré como lo demás, sino a vuela pluma. Ya sabe el lector la razón de ello.

Casi todos los periódicos que hace un año azuzaban a Sanjurjo contra los trabajadores, llamándole padre de la República, han sido ahora los que más insistentemente han pedido su cabeza, con una literatura histórica, capaz de hacer avergonzarse a cualquier ser que no sea periodista, es decir, que no tenga una piel de elefante, insensible a todos los pudores. Y esos mismos periódicos, si Sanjurjo hubiese triunfado, le habrían llamado al día siguiente el salvador de la patria. Quien lo dude, que recuerde lo que hicieron todos los que se publicaban en aquella fecha con Primo de Rivera; en cuanto a los que han aparecido después, véalos el lector; no le costará trabajo adivinar cuál habría sido su acti-

tud. «Aquí no hay nadie más bajo que yo», habría dado a entender cada cual, como dijo en cierta ocasión un aristócrata francés, rival de otros en la indignidad ante su rey.

Los que no tienen ningún motivo para alegrarse de lo sucedido son los socialistas. Les ha arrebatado así su cínico argumento contra los trabajadores que no están en su mesnada desde que se implantó la República. En cuanto abrían la boca era para lanzar contra ellos la acusación de que estaban vendidos al oro monárquico. Y cosa paradójica: esos trabajadores vendidos al oro monárquico son los que han vencido a los monárquicos en Sevilla. Otra paradoja mayor: han vencido en favor de la República al que la República lanzó contra ellos en más de una ocasión, cosa que, desde luego, no habrían hecho los socialistas, como jamás se opusieron a los desmanes de Primo de Rivera, y eso que son los que verdaderamente están en sus glorias con la República. ¡Pobres socialistas! ¡Cada día va siendo más imposible tomarlos en serio! ¿Qué dirán ahora contra los trabajadores? Decididamente, son los que más han perdido con los últimos sucesos. Con razón gran parte de ellos, por lo visto, eran partidarios de que se fusilara a Sanjurjo. Les han estropeado su mejor arma. Y con razón son partidarios de la deportación de los monárquicos presos. En esto son lógicos. Si estuvieron conformes y votaron la deportación de los sindicalistas, sería el colmo que ahora se acordaran de los principios del socialismo.

No son tan lógicos los que protestaron de aquellas deportaciones y exigen ahora esta misma medida para los monárquicos. Semejante idea de lo arbitrario, que deja de serlo cuando se trata del enemigo, no merece ningún respeto.

Dícese que Sanjurjo quería volvernos a las

primeras décadas del siglo pasado, y es cierto. Pero toda esa legión de verdugos voluntarios que se han mostrado sin rubor con motivo de su condena, todos celosísimos defensores de lo actual, nos han llevado mucho más atrás: a las épocas en que un auto de fe era una diversión para la mayoría. Si el progreso se mide por el aumento de insubilidad, como se ha dicho con certeza, ese espectáculo muestra de modo evidente un salto hacia atrás difícilmente superable. Si hay alguien que cree que esto es una defensa de Sanjurjo y de lo que Sanjurjo se proponía, allá se las arregle con su estupidez.

Pero lo más pintoresco en torno al complot monárquico, son unas declaraciones de Cordero acerca de la expropiación de las fincas de los comprometidos. El hecho de que unas declaraciones de Cordero, es decir, algo forzosamente insignificante, se publiquen, da idea del nivel intelectual en que nos hallamos. Según ese jefe socialista —¿cuántos jefes tiene el partido socialista español?—, la expropiación de fincas de los conspiradores es la medida más revolucionaria que ha llevado a cabo la República. Dejemos aparte este aspecto de la declaración, interesantísimo: el de que hasta ahora lo más revolucionario que ha hecho la República sea eso: ¿qué han hecho, pues, los socialistas, con su influencia, casi la mayor, para que la República haga algo revolucionario? Y veamos hasta dónde llega el revolucionarismo de esa medida. Porque es posible que haya quien comparta la opinión de Cordero, lo que sería absurdo. En primer lugar, por el hecho de ser de Cordero; en segundo lugar, porque en realidad no hay ningún revolucionarismo en la susodicha medida. En efecto; las fincas expropiadas pasan a poder del Estado; seguirán labrándolas los mismos arrendatarios que las tuvieron, pero pagarán la renta al Estado. Los que las trabajan, es decir, los explotados por el arrendatario, no darán ya de comer a éste y al propietario: darán de comer al mismo arrendatario y a unos cuantos burócratas que se encargarán, por cuenta del Estado, de hacer aproximadamente la misma vida que hacía el propietario. Si en eso hay revolucionarismo, que lo digan los que trabajaban antes y seguirán trabajando después de la expropiación las tierras expropiadas, que ni antes ni después comerán lo suficiente.

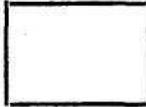
Claro está que con un poco de mala intención sería fácil hallar qué es lo que Cordero encuentra revolucionario. Como el partido socialista ha resultado ser ante todo un vivero de burócratas, ¿quién sino sus componentes han de ser los que hagan las veces del propietario?

Lo cierto es que con complots y sin ellos se van agudizando todos los problemas verdaderos en que el país se ve envuelto. No cabe duda de que la República no puede resolver ninguno, pero es que ni siquiera se ve el deseo de abordarlos, y ya se sabe que a veces la intención sobra.

El pobre y el rico

Es el pobre moneda que no corre, conejo de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come más tarde, lo peor y más caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad; su discreción, locura; su voto, escarnio; su hacienda, del común; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversación se halla, no es oído; si lo encuentran huyen de él; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los consuele ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le da, todos le quitan, a nadie debe y a todos pecha. Desventurado, y pobre del pobre, que las horas de reloj le venden, y compra el sol de agosto. Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas vienen a ser comidas de perros, tal como inútil, el discreto pobre viene a morir comido de necios.

¡Cuán al revés corre un rico! ¡Qué viento en popa! ¡Con qué tranquilo mar navega! ¡Qué bonanza de cuidados! ¡Qué descuido de necesidades ajenas! Sus alhórfes llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado en el verano del calor! ¡Qué empacelado en el invierno por el frío! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necesidades, sentencias; si es malicioso, lo llaman astuto; si pródigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortésano; si incorregible, burlón; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente, y si perezoso, maduro; sus yerros cubren la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer a su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale; es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella. ¡Cómo lo acompañan! ¡Cómo se liegan! ¡Cómo lo festejan! ¡Cómo lo engrandecen! Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así, donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte, porque el dinero calienta la sangre y la vivifica; y así el que no lo tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos: no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo.



Hipótesis, experimentación y conocimiento

El progreso científico se ha llevado a cabo merced a este orden de sucesión de actividades. Primero, la *hipótesis*, es decir, la suposición, la idea previa, la afirmación audaz, la pretensión desafiadora, que dice ser posible lo imposible. Luego la *experimentación*, la puesta en prueba de la idea atrevida, la confrontación de lo soñado con la realidad, la tenacidad en hallar las posibilidades de la hipótesis. Por último, y gracias a este esfuerzo perenne por penetrar en el secreto de todos los misterios, el *conocimiento*, adquirido una vez por topár con él y otras por hallarlo de rebote.

La ciencia nació y tiene su fuente en el empirismo, en el conocimiento no científico ni disciplinado, y en la intuición, que es conocimiento inconsciente. Con la observación tan sólo, hubiera sido muy lento y escaso el progreso científico y el progreso humano, que en definitiva es consecuencia de aquél. Pues lo que le hace dar saltos de gigante es la hipótesis atrevida que choca siempre con la sabiduría oficial y la experimentación, que desafía las burlas y los vaticinios de los derrotistas.

Para hacer un descubrimiento, para producir un invento, no ha sido necesario tener antes un conocimiento previo acabado de lo que debería ser, sino que ha bastado la audacia de los que, sin ceder ante el cúmulo de dificultades, acometieron la empresa imposible de lograr. Es más, ha sido siempre preciso desafiar el fallo de los doctores y las acusaciones de los representantes más autorizados de las ciencias. Así, el descubrimiento de la navegación partió de la observación de ver flotar un madero, del empirismo de ahuecar un tronco de árbol, de la intuición de poder imitar a los peces y de la hipótesis de sobrepasarlos en velocidad. El conocimiento vino poco a poco, a medida que la experimentación corregía un detalle y revelaba otro. Si el hombre hubiera esperado a navegar cuando tuviera un conocimiento acabado de su secreto, aún estaría por descubrir el barco de vela.

Otro tanto podríamos decir de la aviación, del automóvil y de la locomotora. Los primeros ferrocarriles eran de cremallera para evitar el patinaje de las ruedas sobre los raíles. La experiencia, precedida de una hipótesis, demostró que la cremallera era un entorpecimiento para la marcha del tren, pues el patinaje supuesto no se producía.

Ninguna hipótesis ha sido considerada más descabellada que la de producir artificialmente

la vida. Sólo la fantasía imaginativa de un novelista ha podido ver salir un homínulo de un tubo de ensayo. Tiene su ascendiente en la suposición de Van Helmont, de que los ratones salían de una mezcla de trigo con trapos sucios, y en la creencia popular de que los piojos nacen espontáneamente en el cuerpo del sucio o en la cabeza del que no se peina. Hoy, ya no hay motivo a dudar de que todo ser procede de un germen, y éste, a su vez, de otro ser anterior. Antes de Pasteur se demostraba la existencia de la generación espontánea, abandonando agua hervida en un matraz, en la que no tardaba en aparecer la fermentación, porque se desconocía que el aire era el sembrador de los gérmenes.

La pretensión de los investigadores era más modesta, pero no por ello dejaba de ser mirada con hostilidad y burla por los sabios académicos. Así, los productos orgánicos —se decía—, no podían ser producidos más que por los seres orgánicos, y a Berthelot se le tachó de loco cuando pretendió sintetizar el alcohol, cosa que no tardó en conseguir. Tras de la hipótesis de Berthelot ha sido posible sintetizar gran número de cuerpos orgánicos, incluso los que parecía más imposible por sernos aún desconocida su esencia íntima.

El profesor Herrera fué más audaz y se propuso nada menos que imitar la vida, esforzándose en producir experimentalmente muchos de sus fenómenos. Sus primeras experiencias atrajeron la condenación de los sabios, y uno de los nuestros, el doctor Carracido, pretendió envolver en el ridículo la Plasmogonia, diciendo, que sin conocer previamente el edificio molecular *complejísimo de las albúminas no era posible sintetizar la vida en los laboratorios*. Conforme a su modo de pensar, completamente anticientífico, sólo podíamos producir lo conocido y era preciso conocer previamente una cosa antes de tener la pretensión de imitarla. Decía, *con frase que quería ser gráfica, que era tanto como «poner el carro delante de los caballos»*. No obstante, Herrera, en sus perseverantes trabajos, ha logrado éxitos como esos *cianosulfobios* verdes, que tan sorprendentemente imitan la función clorofiliana, permitiendo un mejor conocimiento de los fenómenos vivos.

Intentando sintetizar la vida, partiendo de una hipótesis atrevida y experimentando con esta finalidad, se ha logrado enriquecer nuestro conocimiento y se ha penetrado más en su misterio que por el camino opuesto, o sea, esperando a ad-

quirir ese conocimiento sobre la esencia íntima de la vida, para una vez conocida, tratar de producirla artificialmente.

Entre los dos modos de llevar a cabo la realización de un hecho —intentar producirlo para irlo conociendo y esperar a conocerlo para poderlo producir—, la Ciencia ha adoptado siempre por el primero, que ha permitido el progreso y los más sorprendentes descubrimientos. El segundo es retardatorio, propio de gentes sesudas, sin prisas y sin inquietudes. No debemos esperar que la montaña venga hacia nosotros, sino que hemos de ir nosotros hacia la montaña.

La Sociología no tiene por qué hacer excepción a esta regla. También en ella la hipótesis debe preceder a la experimentación, y ésta no esperar el conocimiento, que debe ser consecuencia del contraste de lo pensado con la realidad. Es así

como se comprueba lo falso y lo acertado de una teoría, y como se llegan a saber vencer las dificultades, acreciendo con ello el conocimiento, el saber.

El comunismo libertario es una teoría que ofrece solucionar todos los problemas insolubles en la actual sociedad; los que lo preconizan se dividen en dos grupos: quienes quieren llegar a su conocimiento por la experimentación, y quienes pretenden llegar primero a su conocimiento para realizarlo después. La evolución de la Ciencia y de la Historia da la razón a los primeros, permitiendo producir hechos antes de conocerlos y ayudando a conocerlos después de producidos. A los segundos, les ha tocado ir siempre a remolque, aprovechándose del fruto de la locura de los audaces.

ISAAC PUENTE

El dinamismo psíquico y la convivencia social

Al individuo normal, equilibrado y poseedor de alguna cultura, la curiosidad y el ansia de superarse le incitan constantemente a poner en actividad sus facultades de percepción. Cuando hállase formada la personalidad, por modesta que ella sea, los conocimientos adquiridos son el estímulo principal para proseguir el laboreo intelectual, siempre con el propósito de acrecer el patrimonio del espíritu. A medida que la individualidad se desarrolla orgánica y psicológicamente, emplea con más acierto sus cualidades, descubre sus aptitudes reales, sus aficiones predilectas, y aun su vocación íntima, explorando en lo recóndito del «yo».

La mente cultivada, cada instante siente más vigorosamente la necesidad imperativa de ampliar la esfera en que se desenvuelve. Por esto pone mayor solicitud en coordinar sus representaciones del mundo exterior, que obtiene por conducto de los sentidos, observando y escudriñando, atenta y tenazmente, el medio que le rodea y su clima interior.

Mientras el individuo no consigue establecer una correlación entre su dinámica psíquica y el fenomenismo universal, su vida interna es sólo un mero reflejo del ambiente circundante, y, por lo tanto, su actividad entera está a merced de las circunstancias más aleatorias. Un accidente nimio, trivial, se trueca en causa eficiente que motiva una grave determinación, insospechada para el mismo, momentos antes de tener lugar.

Para adquirir la certidumbre de que, al realizarse un acto, se procede rectamente, precisa tener una noción clara de los motivos que determinan a la voluntad a obrar. Es preciso que la inteligencia dirija las impulsiones del sentimiento. La actuación lleva al fracaso, siempre que no se tienen en cuenta las condiciones precisas: de lugar, de tiempo, modo, sustantividad, forma, etc. No debe prescindirse, sin embargo, de otras consideradas como secundarias y derivadas, acaso también principales en algunos respectos, como las relativas al ambiente social, el proceso genético de la ideación y sus orígenes en lo que tienen de somático, así como de la interacción que existe ordinariamente entre el individuo y el núcleo o grupo de que forma parte integrante.

Estudiando reiteradamente los problemas, a fuerza de discurrir acerca de los temas que nosotros nos planteamos o que el azar y las contingencias de la vida nos imponen, adquirimos las nociones de las cosas. El concepto de lo que somos y podemos, y el de la energía que en un momento determinado nos es dable poner en tensión, los debemos a la herencia psicológica, a la imitación, a la enseñanza de los maestros, y en una parte, siempre pequeña, al propio esfuerzo.

La iniciativa individual, en lo que tiene de más peculiar, queda, generalmente, reducida a una esfera limitadísima. Incluso en las tareas más elementales de la convivencia, el arbitrio personal está condicionado casi totalmente por los

agentes exteriores y por nuestra competencia. Acertamos a formular los juicios respecto a los hechos, sus causas y la sucesión de éstas en cada serie de fenómenos vitales y cósmicos, tras una labor larga y sostenida.

Peo la formación del juicio exige una preparación previa; supone un adiestramiento de las facultades analíticas. Si el ejercicio perseverante del razonamiento no se adquiere la comprensión que demanda la creciente complejidad de la existencia en los pueblos actuales, que en el aspecto psíquico evolucionan incesantemente. Hay un conjunto de factores que actúan en sentido convergente y constituyen la energía impulsora y propulsora del progreso, tanto en lo que atañe a la individuación como en lo concerniente a la asociación.

Examinar, inquirir, sentirse capaz, juzgar, resolver y ejecutar son actos en los cuales la razón y la conciencia intervienen, aportando la luz del entendimiento y la fuerza persuasiva de la convicción. En la operatoria mental colaboran todas las facultades superiores del ser humano, sin que pueda fijarse de una manera taxativa en qué grado participan cada una de ellas en la producción de los distintos fenómenos a que da lugar la integración psíquica. Conocemos las determinaciones de la voluntad, pero, a menudo se nos escapan los motivos que pudieron intervenir en la comisión de un acto. Muchas veces la concreción del pensamiento nos permite reconstruir la genealogía de la emoción convertida en idea fuerza, en principio rector de la conducta; es decir, que penetrando en lo íntimo de la norma, descubrimos el criterio, la aspiración ideal. En muchas ocasiones la voluptuosidad del deseo es el único incentivo de la actuación.

En la moral de la convivencia de los pueblos meridionales el elemento estético predomina y triunfa. De ahí que en un país rezagado, inculto, como el nuestro, y sojuzgado por las pasiones, los principios abstractos, las direcciones cardinales del pensamiento hayan tenido, durante el último tercio de la centuria pasada y los seis lustros y pico de la presente, tan escaso poder irradiar para orientar a la opinión pública, aunque en los últimos tiempos parezca haberse modificado esta situación.

Para la mentalidad española, las concepciones doctrinales y los sistemas éticos no tienen la menor trascendencia, porque las gentes prescinden de los anhelos del espíritu. El psiquismo de las personas pseudoilustradas no se diferencia sustancialmente del de la masa social gregárica, amorfa. Los hábitos, los usos y las costumbres, creados por nuestro carácter adusto, hosco, rígido y vidrioso, predominan casi por igual entre los estamentos y clases, con ligeras diferencias, sin que el bienestar material haya influido en la medida que era de esperar, afinando la sensibilidad de la raza. Parangonando las cualidades y la manera de ser de las distintas variedades étnicas

peninsulares se advierte que en todas ellas existe un fondo de hostilidad y una aversión manifiesta hacia cuanto signifique estrechar los vínculos de la asociación. Las tendencias de sociabilidad están todavía en la primera fase del desarrollo.

No es, pues, de extrañar que se manifiesten tan débilmente las iniciativas que revelan firmeza en el propósito de intensificar los esfuerzos para acomodar a la climatología moral hispana los diversos tipos de organización que en otros países reviste la obra efectuada en común. Aquí el cooperativismo no consiguió arraigar como en otras naciones, porque el sentido de la previsión y los lazos que unen a los que trabajan, aun en las mismas profesiones, rara vez llegan a ser estrechos y fraternales. El temperamento español no es hondamente afable ni cordial. Confundimos los transportes vehementes de efusión aparente y circunstancial, las promesas de afecto rendido y aparatoso con la adhesión sincera a una causa noble y a un objetivo redentor.

En otros países, lo que trasciende de verdad, e informa, por así decirlo, la dinámica colectiva, es el ejercicio silencioso de aquellas virtudes acrisoladas que, como la modestia, la continuidad en el trabajo, la compenetración, el esfuerzo cotidiano y el entusiasmo reflexivo, modifican y transforman por modo ostensible el ambiente y hacen más íntimo el trato social, condicionando la gestión tutelar, no en lo que tiene de impositiva, sino en aquello que acerca a los individuos que suspiran por la consecución de los mismos fines. Nada une tanto ni descubre las ignoradas afinidades del espíritu, ni da ocasión a que se anuden estrechamente los vínculos de mutua y sincera camaradería como el trabajo en comunidad y la asidua colaboración.

Al criterio elaborado reflexivamente, contrastando la eficiencia de los valores morales para no sólo por lo que representan objetivamente, sino en relación con los medios que nosotros poseemos para utilizarlos, ha de considerársele como la suprema manifestación de la conciencia intelectualizada. Por otra parte, la dignificación de la convivencia social reclama un constante esfuerzo imaginativo que, puesto al servicio del entendimiento, nos permita discernir rápidamente la virtualidad de los estímulos y podamos adecuar éstos a la obtención del resultado preconcebido ya en las líneas generales.

SANTIAGO VALENTÍ CAMP

Muy rara vez se ponen de acuerdo los hombres y las mujeres acerca del mérito de una mujer. Sus intereses son diametralmente opuestos. Las mujeres no simpatizan entre sí por los mismos motivos que agradan a los hombres; mil causas que suscitan las más violentas pasiones de éstos, desencadenan en ellas la aversión y la antipatía.

LA BRUYERE

Examen de conciencia

(Diálogo parábólico. La palabra «socialismo» ha de entenderse aplicada a cuantas escuelas filológicas aspiran a mejorar la condición social humana. El buen criterio del lector sabrá discernir en cada caso concreto en qué momentos se hace referencia a una u otra de las distintas tendencias socialistas, desde el socialismo gubernamental hasta el anarquismo.) Personajes: SOCIO (francés); GENOSSEN (alemán).

Genossen: ¿Crees todavía, camarada francés, cuanto proclamabas altivamente durante los combates? La guerra que nos aniquiló y en la que ambos tomamos parte activa, ¿estimas que será, en realidad, la última? ¿Podemos confiar en que la paz que nuestros diplomáticos elaborarán sea más sólida y permanente que las catedrales de tu patria?

Socio: (Frustrando el cejo.) ¿He oído bien la palabra que has pronunciado?

Genossen: ¿A cuál te referes? ¿A esa de catedral?

Socio: Te asemejas al verdugo mentando la cuerda en casa del ahorcado...

Genossen: El militarismo ha destruido en todos los tiempos magníficas catedrales, obra de pueblos que nos precedieron. Nuestro esfuerzo por crear la fraternidad de los proletarios cedió, de igual manera, a la avalancha castranense. ¿Crees que podemos recomenzar la obra con mayores probabilidades de éxito? ¿Confías en que podamos cimentar las piedras en una unión más compacta, capaz de resistir las próximas embestidas de la brutalidad guerrera?

Socio: Durante la guerra así lo creí firmemente. Esta esperanza me alentó y proporcionó fuerzas para sobreponerme a las amarguras del espectáculo y a los horrores de la acción.

Genossen: Camarada, ¿quieres que intentemos un gran esfuerzo de sinceridad?

Socio: Los socialistas franceses fueron siempre sinceros.

Genossen: No te exaltes, camarada. No pretendo negarle a ningún hombre de buena voluntad el pobre y superficial sentimiento al que de ordinario llamamos «sinceridad». Pero aquella a que me refería al comienzo resulta, en la actualidad, penosa, dura y más profunda; pocos espíritus alcanzan su noble inquietud. No contenta con hacernos hablar y mover, según los dictados de nuestro pensamiento, asciende hasta la misma fuente de aquél y lo juzga.

Socio: ¿Qué quieres decir?

Genossen: Durante el período de turbulencia

guerrera triunfaron en mi interior los prejuicios alemanes. Ahora estoy tratando de distinguirlos y expulsarlos. ¿Quieres realizar tú la revolución crítica que estoy llevando a cabo en mi «ego»?

Socio: Me parece excelente idea.

Genossen: En realidad, ¿era tu pensamiento quien dirigía tus actos, o, por el contrario, éstos orientaban a aquéllos?

Socio: Exprésate con más claridad, si es que...

Genossen: ¿Fuiste un excelente soldado porque, después de un examen razonable y exento de apasionamiento, creías combatir la guerra y contribuir al aniquilamiento del militarismo? ¿O fué tan sólo porque querías ser un soldado perfecto que lograste...?

Socio: Comprendo tu pregunta... Quizá, en efecto, me animaba, más que una convicción firme, una fe voluntaria. Tal vez creía porque tenía sed de creer. Me ennegaba pragmáticamente como el católico que teme caer de bruces, inerte, sin vigor, si cesara de creer en la luz del paraíso.

Genossen: ¿No somos todos presas de la misma sensación cuando la propaganda y sus resultados no responden a la idea que nos forjamos? La necesidad de actuar, en tales casos, modela aquello que denominamos nuestro pensamiento. El débil y exiguo esfuerzo socialista me recuerda el mortecino vigor de los primeros cristianos...

Socio: Tu comparación pareceme tan inadecuada como injuriosa.

Genossen: Si no recurriéramos a las comparaciones no podríamos comprender ciertas cosas: no sería posible establecer una ley científica. Porque, ¿cómo nos sería factible prever cualquier acontecimiento?

Socio: Pero la Historia tiene pocos aspectos científicos. Y cada uno de los hechos de que trata manifiesta una individualidad difícilmente disciplinable...

Genossen: Ambos estaremos en lo cierto si me permites expresar una fórmula que me parece conciliadora.

Socio: Explica tu punto de vista.

Genossen: Ambos intentamos establecer, entre los proletarios de distintas naciones, la misma fraternidad igualitaria que los primeros cristianos deseaban instaurar y extender a todos los hombres.

Socio: Convento en ello.

Genossen: El cristianismo, doctrina de igualdad y de amor, dió por resultado implantar en el mundo una mayor tiranía e intensificar el odio. Procuremos ver claro y evitemos que nuestro buen

deseo caiga en las mismas consecuencias lamentables. Intentemos otear el porvenir y reconozcamos la senda a fin de cerciorarnos si, por azar, no puede conducirnos a abismos semejantes, es decir, a resultados negativos.

Socio: Muy difícil será prevenir los efectos lejanos.

Genossen: ¿No esperaban los primeros cristianos, como nosotros, acabar con todas las guerras? Lo que ellos llamaban el Reino o la Ciudad de Dios, ¿no venía a ser lo mismo que nuestra sociedad futura, que esa era de paz y de justicia que anhelamos? ¡Ah! ¡Con qué persistencia se repiten y parécense, a través de los siglos, ciertos espejismos halagüeños!

Socio: Te estás poniendo pesimista.

Genossen: ¿Acaso los mártires que se negaban a sacrificar a los ídolos y a las águilas romanas, no fueron ya, a su manera, antimilitaristas?

Socio: Este calificativo es muy moderno para que ellos pudiesen ostentarlo.

Genossen: Pero no dudes de que la intención o el deseo son antiguos. Creo que debe remontarse a la primera leva en que hubo soldados no voluntarios.

Socio: Muy vaga es la suposición.

Genossen: Entre las recomendaciones de Jesús, pueden citarse algunas, como, por ejemplo: «Bienaventurados los pacíficos...» «El que a hierro mata, a hierro morirá», que podrían servir de divisa al antimilitarismo actual y al de los siglos venideros.

Socio: Si te empeñas en ello...

Genossen: A pesar de lo cual, los cristianos fueron soldados. Ya se trate de una leyenda o de una verdad amañada por la imaginación, la famosa anécdota de la legión fulminante demuestra que incluso se vanagloriaron de ser los soldados más valientes y los más adictos al Imperio, exactamente como hicimos nosotros.

Socio: Es que ellos, como nosotros, tenían interés en borrar las huellas de su antigua propaganda pacifista, de su inicial oposición a la guerra. Como nosotros, tenían que disparar mil recelos y sospechas. Al igual que todos los extremistas, han rivalizado en celo para servir al monstruo de la violencia.

Genossen: Y, en fin de cuentas, el cristianismo no evitó guerra alguna.

Socio: ¿Pretenden acaso que el socialismo...?

Genossen: En revancha, provocó millares de conflictos armados.

Socio: Las cruzadas.

Genossen: Y otros... ¿No crees que las cruzadas se asemejan bastante a esa revolución social a que aspiramos?

Socio: No logro distinguir la analogía.

Genossen: Sin embargo, el parecido es notable. Fíjate en que la frase: «Todos los proletarios contra los capitalistas», tiene una semejanza prodigiosa con ésta: «Todos los cristianos contra los infieles»...

Socio: Podría ser. Pero, aunque la hubiera, la

relación entre una y otra paréceme harto vaga y banal. Porque ya es sabido que una guerra implica siempre todos los de una parte contra los de otra.

Genossen: Indudablemente, pero tanto en nuestro caso como en aquel...

Socio: Yo distingo una diferencia enorme, capital.

Genossen: Explicala para que yo comprenda.

Socio: Aquellos iluminados obedecían a un sentimentalismo ridículo. Nosotros obedecemos a intereses precisos; el materialismo histórico...

Genossen: No tratemos, camarada, de descifrar en qué medida el interés se confunde con el sentimiento o viceversa.

Socio: En efecto, el examen podría prolongarse en extremo. Y, en este momento, a consecuencia de cuanto queda dicho, me está torturando una duda terrible.

Genossen: Dime de qué se trata.

Socio: Después que hubieron terminado las cruzadas hubo, como antes, otras guerras entre cristianos.

Genossen: Exacto. Por ello creo que los proletarios se combatirán, también, perennemente, por motivos raciales, nacionalistas o doctrinales, tanto después como antes de todas las tentativas de revolución social.

Socio: Camarada, sospecho que estás descendiendo a un pesimismo en exceso dogmático. Yo me inquieto y me estremezco; tú, en cambio, no vacilas en afirmar.

Genossen: Hemos de convenir en que nosotros, como los primitivos cristianos, no hemos logrado preservar nuestro ideal ni protegerle contra la jauría de realidades anteriores.

Socio: ¡Ay!, por desdicha, es así.

Genossen: Los cristianos acabaron por empobrecer la riqueza de su ideal primero. Trocáronlo en un conjunto de fórmulas sin influencia positiva en la conducta, y lo contradicen por medio de otras normas más fáciles de seguir y adaptadas al practicismo. Para conquistar el Poder abandonaron las únicas razones que hacían admirable su fervor. Sacrificaron el evangelio y el pensamiento cristiano en aras de la expansión y de aquello que llaman enfáticamente «la gloria del nombre cristiano».

Socio: Tus palabras son la verdad hecha verbo.

Genossen: ¿No estamos, también nosotros, sacrificando las cosas por las palabras? Para que la muchedumbre consienta en llamarse socialista estamos realizando un socialismo sutil, llano, escurridizo y sin virtualidad alguna. Todo credo, social o religioso, que se preocupa por el número de adherentes...

Socio: Sin embargo, en Basilea, en Berna y...

Genossen: Aquellas fueron horas de nobleza y esperanza... Pero, ¿por qué en tales momentos nuestros corazones llevaban en sí la ola de la esperanza y no la precisión heroica del «querer»?

Socio: No podíamos confiar en vosotros. Durante la guerra los alemanes os servisteis a menu-

do del emblema de la Cruz Roja o de la bandera blanca para disimular el ataque y aproximar la muerte al campo enemigo.

Genossen: Realmente son procedimientos odiosos. Pero, ¿acaso no lo son igualmente todos los medios empleados en la guerra? La lucha misma, ¿no convierte todas las almas en crueles, cobardes y pérdidas?

Socio: Con cuánto pesar hemos debido reprocharos vuestras maniobras guerreras y vuestras tácticas de anteguerra. Vuestros camilleros, a veces, eran verdaderos combatientes disfrazados. Y algunos oradores que se rotulaban socialistas cantaban líricamente al pangermanismo.

Genossen: ¿Acaso los franceses no hacíais otro tanto? Por lo menos, entre los socialistas alemanes de todas las escuelas, no hubo ninguno que firmara manifiestos bélicos ni que se aviniera a deshonrar el partido, ingresando en un Ministerio que patrocinaba la guerra.

Socio: (Con viveza.) Era un Gobierno de defensa nacional.

Genossen: El hombre es un ser complejo, y, a menudo, tan sólo ve un aspecto de sí mismo. Unos y otros tenemos la insignificante sinceridad que no se atreve o no puede descender al caos de nuestras profundidades. Obreros y socialistas de todas tendencias, en tiempo de paz, cuando las cuestiones y conflictos sociales u obreros parecen ser los únicos que están en el tapete, nos desprecupamos de la fundamental tarea fraternalista, de modo que, ante el choque de los ejércitos, despertamos sobresaltados. Y se agitan, entonces, en nuestro fuero interno, los anacronismos de los antepasados. Dejamos de vivir nuestra propia vida y el pensamiento social que nos embargaba para entregarnos de lleno a una existencia en un todo parecida a la de seres que murieron ha siglos.

Socio: Cuando la fuerza de una nación se tensiona y se irrita, lo patriótico es más fuerte en nosotros que todo lo demás.

Genossen: Ya vimos que, en efecto, es así. Religiones, razas, partidos, clases, todo cayó en olvido. Los monárquicos franceses defendían una república contra un imperio. Los revolucionarios rusos se trocaron en mártires zaristas o en verdugos imperialistas...

Socio: De igual manera como el republicano Garibaldi fundó el reino de Italia.

Genossen: Los católicos no paraban en meditar si disparaban contra católicos o los protestantes contra protestantes.

Socio: Tal vez el patriotismo es la única religión que tiene raigambre profunda en lo íntimo de la Humanidad.

Genossen: Sesenta y tres mil sacerdotes, pertenecientes a distintos ejércitos, se mataban unos a otros en nombre del mismo Dios.

Socio: Creo que la idea de raza ejerció mayor influencia en algunos actos y en ciertas abstinencias. Hubo lorenenses y polacos que...

Genossen: Acaso la idea de raza y la de nación se esfuerzan por mezclarse y unificarse en nuestro

fuero interno. En algunas poblaciones existe la lucha entre dos lealtades: la de hecho y la que les parece de derecho. Hay corazones en los que se baten dos nacionalidades.

Se dan casos, incluso, en los que algunos siglos de nacionalismo anterior triunfan sobre el nacionalismo reciente y hasta sobre la raza. A pesar de su origen germánico, algunos alsacianos sintieron tan galos como los lorenenses.

Socio: ¡Ah! ¡Cuán complejo es el hombre!

Genossen: ¡Y con qué facilidad acepta cualquier pretexto que le permita matar! ¡Hasta qué punto sus mismas uniones parecen amalgamarse de odio!

Socio: Horrible porvenir el del hombre si el socialismo no le salva a tiempo.

Genossen: Nuestras convicciones socialistas nos inmunizaron contra el acto guerrero, de igual manera como ni la fe ni la moral de Jesús lograron impedir que los cristianos pelearan.

Socio: Abandona semejante comparación, camarada. No resulta justificada en nuestra conversación. A pesar de todo, nosotros fuimos menos infieles que ellos a nuestro ideal. Como materialistas, luchamos sin hipocresía alguna por intereses. En la mezcla de los mismos tal vez nos hemos desviado de la ruta haciendo triunfar, antes que otro alguno, el interés nacional.

Genossen: Me parece más acertado creer que somos naturalezas semejantes a las de los fieles de todas las religiones: gentes que necesitan sentirse acompañadas, avanzar en masa y pensar colectivamente.

Socio: ¿Cómo rebaños...? Dilo claro si así lo piensas.

Genossen: No estoy seguro de pensarlo. Los cristianos siguieron a sus generales con la misma docilidad como, en tiempo normal, siguen a los obispos. Nosotros fuimos disciplinados ante nuestros oficiales como lo somos ahora al lado de los líderes.

Socio: En realidad, la disciplina es cosa horrible; es una atmósfera que sofoca todo pensamiento y cualquier conciencia.

Genossen: Pero sin su ayuda no es posible realizar ninguna acción exterior.

Socio: Tal vez sería preferible escuchar solamente nuestro propio corazón, nuestra conciencia y el razonamiento interno. Y, por consiguiente, renunciar a toda actuación colectiva.

Genossen: La actividad individual es sumamente restringida e ineficaz en el plano material.

Socio: ¿Será preciso, para ser en realidad un hombre puro, renegar de la patria, de la religión y de cualquier partido o grupo?

Genossen: Entonces, ¿qué quedaría?

Socio: Callémonos, camarada. Hay sinceridades que remueven en exceso nuestro ser interior. Tengo la sensación de que soy un montón de ruinas.

Genossen: Descansemos un momento y volvamos a situarnos en el plano socialista...

Socio: O en el de los cristianos... ¿Por qué no

ha de ser así si ello no impide que prosperen ninguno de los prejuicios franceses o alemanes? ¿Si es igualmente posible matar a sus hermanos en ideales?

Genossen: ¿Te estás pasando al individualismo?

Socio: No sé.

Genossen: Nietzsche...

Socio: ¡Oh! No me hables de Nietzsche. No me subyuga el individualismo conquistador y de presa. En cambio, hubo individualistas que ostentaron una conciencia. Ejemplos: Jesús, Epicuro, Tolstoi...

Genossen: ¿Serías capaz de refugiarte en la cobarde doctrina de la no resistencia al mal? La violencia es la creadora de las sociedades...

Socio: No te excedas. Ya sabemos que tan sólo ha producido abortos. Pero le temo a la soledad y a la inepticia de los actos realizados en el aislamiento. Prefiero entregarme a la acción ciega que permanecer inactivo.

Genossen: Veo con placer que recobras el valor.

Socio: Quien quiere el fin no repara en medios... Pero, ¡ay!, cuántas veces los medios hicieron olvidar la finalidad, trocándose en meta artificial y contribuyendo a destruir el término verdadero.

Genossen: Los cruzados se apoderaron de Constantinopla para hacerse con los medios de llegar a Jerusalén. Pero se quedaron en Bizancio y olvidaron a Soliman.

Socio: ¿Está, pues, condenado el hombre a extrañarse siempre?

Genossen: Para caminar con la multitud es necesario aceptar las sinuosidades y los retrocesos de la carretera.

Socio: Pretender conducir o arrastrar a la masa, ¿no es ya una manera de condenarse a seguir? Tan sólo el que anda solitario puede acertar en internarse por el camino verdadero.

Genossen: ¿De qué le servirá su descubrimiento si nadie le sigue?

Socio: Por otro lado, es difícilísimo purgarse el espíritu y el corazón de la influencia de todas las multitudes. ¿Sería factible que yo dejase de pertenecer a mi tiempo, a mi país o a mi clase?

Genossen: Hablas de un esfuerzo imposible de realizar.

Socio: Sin embargo, hubo hombres que lograron efectuarlo y separáronse de todos los rebaños... Pero yo creo que si lo intentara moriría.

Genossen: El hombre es un animal social.

Socio: Alguien dijo que «el hombre más fuerte es el que más solo se halla».

Genossen: Pero la fuerza preliminar que llama y acepta la soledad no la poseemos ni tú ni yo.

Socio: No obstante, tengo la seguridad de que ningún rebaño humano alcanzará los pastos de sabiduría y felicidad.

Genossen: Pero, por otra parte, el sabio, si logra descubrirlos, nada podrá hacer en favor de la muchedumbre. Esta no entiende el lenguaje de

aquél ni puede penetrar por los estrechos senderos que le señala.

Socio: Entonces, ¿qué hacer?

Genossen: Lo mejor será vivir de acuerdo al presente. Somos jóvenes y no cuadra en nosotros la abstención ni la sabiduría.

Socio: Pero llegará un día en que seremos demasiado viejos para la acción, para la locura y para la multitud.

Genossen: Entretanto, vivamos y actuemos.

Socio: Dentro de unos años sentiré continuamente lo que hoy me ha exaltado en un dolor agudo, pero que logro rechazar: comprenderé la inutilidad de todos los actos de violencia social.

Genossen: Ello será, entonces, acaso, un consuelo para tu imposibilidad de actuar. Pero ahora has de tener el valor de la fortaleza.

Socio: Tienes razón. Adherámonos apasionada y ciegamente a un ideal socialista.

Genossen: Como dijera el poeta americano, enganchemos nuestro carro a esa estrella.

Socio: Y rechacemos el amargo pensamiento de que el astro pueda ser un meteoro fugaz y la estrella un aparente y misérrimo fuego fatuo.

HAN RYNER

La sociedad

Veo la amistad fingida, la triste envidia muy arraigada, veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativo de pecunia, que todos van bordados de lisonjas, todos llenos de esperanzas vacías y quiméricas imaginaciones. Veo las maliciosas persecuciones entre éstos, los desfavores excesivos, las burlas deshonestas, los desgaires fuera de medida, la avaricia muy encumbrada, la vanagloria y jactancia muy suntuosa, los ladrones muy honrados y acompañados. Veo las ignorancias en el poder de las leyes y los hacedores de ellas ser los primeros transgresores. Veo el robo y garcibaco asentados, ocupando el tribunal de la justicia. Veo que todo el derecho está en las armas, que el que tiene puede, y el que puede manda. Veo más, que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas. Veo asimismo todos los estados revueltos; ninguno contento con lo que tiene; lo que unos alaban, de otros es muy vituperado; lo que unos tienen por santidad, otros tienen por superstición; lo que unos afirman por verdadero, otros tienen por falso; lo que unos tienen por lícito y honesto, otros tienen por deshonesto. Veo todo este género lleno de abominaciones, todo lleno de maldades, todo lleno de fe rompida y traiciones, todo ello lleno de amor de dinero.

LUIS MEGÍA



LA RELIGION, INSTRUMENTO DEL CAPITALISMO

¿DONDE VA EL MUNDO?



La sociedad capitalista, ante las cifras formidables del paro forzoso, ante el avance de la espantosa ola del hambre y de la miseria de las masas, ante el desarrollo implacable de las fuerzas de la Revolución; sintiéndose tambalear en su seguridad tradicional, temerosa que escape de sus manos el yugo con que fundamenta su condición de privilegio, explotando sin piedad a las masas laboriosas, se coge desesperadamente al clavo ardiendo de la represión fascista, a la franca dictadura a hierro y sangre, olvidando en un rincón a la dulce utopía que tan buen resultado le dió en otros tiempos como medio de engaño de los ignorantes explotados: LA DEMOCRACIA.

Pero los tiempos cambiaron y los obreros ya no se dejan engañar; la aparición del fascismo en la Historia no es más que la expresión de la agonía de una clase, de un sistema histórico, bajo el empuje consciente y formidable de los explotados y escarnecidos.



Todo es creación nuestra



Todo es ilusión. Cuanto se manifiesta en el Universo es fenómeno. Y nosotros continuamos impertérritos en el mismo lugar. Tiempo y espacio, infinito y eternidad no son más que palabras creadas por nuestro torpe lenguaje para explicar lo inexplicable, para excusar nuestra incapacidad de comprender adecuadamente las manifestaciones cósmicas. En los intersticios de los intervalos hay vidas sin cuenta, mundos y manifestaciones de existencia que nuestros sentidos no perciben y que nuestra ignorancia niega, proclamando que tan sólo tiene realidad aquello que podemos ver...

En primer lugar es evidente que no conocemos la Naturaleza. La creemos llena de contradicciones, incoherente y alocada, indiferente e impenetrable en su fecundidad maravillosa y en su inconsciencia mortífera, confusa y atormentadora.

Pero, ¿cuánto esfuerzo caótico se precisa para dar nacimiento a un ser o para la multiplicación de cosmos armónicos. Es un inmenso combate de locuras, un asedio contradictorio de caos, una confusión de actos contradictorios y múltiples, destruyéndose unos a otros, pero en cuyo seno pululan, también, miríadas de miríadas de armonías en germen, o tentativas de cosmos sinfonizados al ritmo del equilibrado mundo interno de los que llegan a conocerlo y realizarlo...

Todo es, pues, creación nuestra... Todo depende del grado de nuestra evolución interior. Nuestra capacidad visual aumenta o disminuye según la altura a que nos situemos. Pero quien crea semejante espectáculo, no son la inteligencia o la cultura por sí mismas, sino el sentimiento que surge con la introspección, que induce a interesarse por el mundo fenomenal, y se extasia ante las fantasmagorías lumínicas o sonoras, y, acicateado por el espectáculo de las innúmeras vidas, intenta descifrar cuál es el sitio que le corresponde en su ascenso hacia el «devenir»...

La Naturaleza nos parece pródiga, y, al mismo tiempo, hostil, brutal y ciega, e incluso mortífera y devoradora de cuanto ella misma creó. Ingiere a sus propios hijos. Esta es la ley de transformación de los materialistas o aquella de la evolución de los evolucionistas, que se manifiesta en el plano de la materia.

Está, pues, en lo cierto Han Ryner cuando critica la fórmula filosófica de los cínicos y de los epicúreos: «Vive armoniosamente según la Naturaleza», y reivindica la primitiva sentencia estoica que proclamara Zenón: «Vive armoniosamente.»

Si la Naturaleza es caos, contradicción, brutalidad y devastación; si carece de piedad y de justicia; si, como Saturno, es fecunda y famélica, ¿qué razón nos ha de inducir a que vivamos de acuerdo con la Naturaleza?

Si en realidad es una madrastra, ¿a qué imitarla en su ferocidad? Tal es el juicio a que nos conduce la limitación de nuestra Naturaleza finita. Nada sabemos. La armonía de las ondulaciones, la equilibración de las esferas no puede comprenderlas nuestra pequeñez.

Pero el mundo de los fenómenos naturales no tiene nada que ver con nuestros anhelos; es nuestra naturaleza interior quien ha de indicarnos, por medio de la voz de lo consciente, la armonía a que somos capaces de llegar según el nivel de nuestra evolución mental.

Aceptamos estoicamente, sin defendernos, las pedradas que la Naturaleza arroja sobre nosotros, así como las heridas morales —calumnias, insidias y malevolencias— que contra nosotros lanzan aquellos que se llamaron nuestros amigos, porque no defendernos de los ataques innobles es una forma de sabiduría y puesto que la indiferencia hacia las pequeñeces humanas es una de las virtudes más raras. Hemos de saber tomar, silenciosamente, sin tomarlas en consideración, todas aquellas fuerzas, ciegas, incoherentes y malévolas.

La realización interior no puede ser modelada por las cosas externas. Es más: las palabras «interior» o «exterior», «dentro» y «fuera» carecen de sentido en sí mismas. Nos sirven deficientemente para expresar lo inefable... Las empleamos en relación a nuestro cuerpo. No resultan adecuadas, pero no conocemos otras más perfectas.

Es necesario que construyamos nuestro cosmos interior, que edifiquemos nuestra armonía espiritual, antes de que descendamos a dar beligerancia a los insultos y escupitajos de los envidiosos o de los ignorantes, antes de que podamos parcelar nuestra atención y enfrascarnos en atender al caos exterior.

Por otra parte, nuestra armonía no puede formarse con el espectáculo de odios, rabias y malquerencias desatadas ni ante un espectáculo de absurdos naturales. Por ello, solamente cuando hayamos realizado la armonía de nuestro cosmos interno, cuando hayamos esculpido, a golpes despiadados del buril del dolor y de la bafa, podremos decir que nos hemos creado a nosotros mismos; entonces podremos, tal vez, escrutar y

comprender el caos del temperamento humano y de la Naturaleza, así como llegaremos a percibir los más leves estremecimientos del mundo y descifraremos las causas de los fenómenos psíquicos y naturales. Entretanto, forzoso nos es debatirnos entre la bruma de nuestra imperfección y recluirnos en nosotros mismos, lejos del griterío multitudinario, para elaborar nuestra personalidad. Porque: «alguien, en nuestro fuero interno, sueña en la divina fantasmagoría de otros mundos mejores y otros soles».

Por lo que atañe concretamente a los fenómenos de la Naturaleza, no creo que operen en ellos fuerzas ciegas, incoherentes ni el azar. Ninguna de estas cosas existe, realmente, en el seno de la armonía cósmica.

Tales manifestaciones preséntanse a nuestra vista como brutalidad, violencia feroz o indiferencia mortífera, devorándose mutuamente los seres en la lucha por la existencia, porque, para nosotros, el concepto de bien y de mal está en relación íntima y directa con aquello que nos proporciona placer o nos causa dolor... Y no acertamos a descubrir el enorme afán de ayuda mutua que se manifiesta en la Naturaleza entera.

A este respecto viene a propósito citar la anécdota de aquel indio a quien preguntaron qué entendía por bien y qué por mal. A lo cual contestó:

—Bien, es cuando robo la mujer de otro; mal, cuando el otro me roba la mujer.

Así consideramos nosotros los fenómenos físicos y de igual manera los interpretamos como violencia, tal si esta fuese («la manifestación característica de la Naturaleza»), y como si esa violencia estuviese organizada como ley natural. Y es que vivimos en una sociedad en la que la violencia está organizada moral y legalmente y a la que se entregan tanto los explotadores como los explotados. De ahí deriva la conclusión a que nos entregamos...

Y, sin embargo, no ignoramos que, de igual manera como nosotros estamos realizando nuestra evolución a través de la vida humana, para alcanzar la realización interior, así nuestro sistema planetario, minúsculo grano de arena en el torbellino de los mundos y de los soles, que se halla igualmente en formación, habrá de modificarse y evolucionar hasta llegar a la madurez de su transformación orgánica del mismo modo como nosotros llegaremos, tal vez —¿quién sabe?— a nuestra más elevada espiritualidad, en un constante e infinito «devenir», sin punto final en la espiral ascendente...

Cada sistema planetario, como cada ser humano, es un caos en busca de la armonía de un cosmos, o bien de la perfección...

Sólo conocemos apariencias, imágenes, reflejos, fenómenos de fuerzas latentes y de causas ignoradas por la ciencia.

Y, como Novalis, preguntamos: «¿Para qué recorrer penosamente la interminable serie de las causas exteriores? Investiguemos en nosotros mis-

mos; en nosotros está el mundo más puro, la explicación de todas las cosas.»

El universo no tiene finalidad moral alguna; lo que llamamos moral es una limitación resultante de nuestra insuficiencia mental y de la esclavitud a la rutina y a la tradición.

Estimamos que es absurdo afirmar que todo en la Naturaleza es ciego e incoherente. Lo que llamamos inconsciencia, instinto, azar, tanto en la vida mineral, como en la vegetal y animal, es, tal vez, la manifestación de la conciencia cósmica en sus ondulaciones vibratorias a través de la mecánica de los átomos, la que se realiza en los diques naturales del Nilo o del Eufrates, como en las variedades asombrosas del mimetismo o en la cicatrización espontánea de una herida.

¿Qué es el instinto? ¿Dónde están sus límites? ¿En qué punto comienza la inteligencia? No se sabe... Todo son palabras..., hipótesis..., pretensiones.

Lo ciego e incoherente es nuestra ignorancia, nuestro caos interior que no nos permite ver, admirar y comprender el caos de la Naturaleza ni los caos de nuestros semejantes; que nos impide seamos comprensivos y bondadosos, distinguiendo el perpetuo «llegar a ser», que no es otra cosa que la búsqueda de la propia armonía, la formación, tal vez, de un cosmos...

MARÍA LACERDA DE MOURA



La Iglesia y la prostitución

He aquí un tema que requiere un amplio desarrollo si nos propusiéramos examinar cuánto y cómo la influencia del catolicismo ha contribuido a la injusticia social y al moralismo hipócrita, que son los dos principales factores de la prostitución.

Pero el asunto que me propongo tratar es mucho más limitado: examinaré solamente la actitud de la Iglesia frente al fenómeno doloroso de la mujer que vende su propio cuerpo.

I.—LA SEVERIDAD BIBLICA Y LA INDULGENCIA DE CRISTO

Grande es el contraste existente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento por lo que a la prostitución se refiere. Esta fué severamente prohibida por las prescripciones mosaicas (Levítico, XIX, 29; Deuteronomio, XXIII, 17), y el dinero proveniente de semejante acto no podía admitirse como ofrenda a los sacerdotes (Deuteronomio, XXIII, 17). Pero durante la dominación romana y bajo la influencia de las costumbres griegas, la prostitución llegó a ser entre los hebreos cosa corriente y casi legal.

El episodio de María de Magdala, la cortesana devota que fué absuelta por Jesús de Nazareth, a quien siguió hasta el calvario, y que, como recompensa, pudo ver su resurrección, es en extremo significativo. Demuestra diáfaramente la indulgencia de los primeros cristianos hacia estas mujeres, puesto que entre ellos abundaban las meretrices que se distinguían por su fanatismo. La agiografía cristiana es rica en nombres de cortesanas que abandonaron su vida azarosa para entregarse a la penitencia; algunas de ellas incluso fueron proclamadas santas.

II.—LAS PROSTITUTAS SANTIFICADAS

En Efeso, durante el siglo VI, venerábase una tumba de María de Magdala. Dicen los historiadores bizantinos que en el año 899, el emperador León VI hizo transportar el cuerpo de la Santa a Constantinopla. Y en el siglo XI los monjes de Verclay pretendían asimismo poseer dicho cuerpo. A fines del siglo XIII, en el año 1283, creyóse haber descubierto sus reliquias en Saint-Maximin (Provenza). Este personaje, probablemente legendario, adquirió en aquella región francesa culto tenaz y extendido. Aún hoy, la Iglesia coloca a Magdalena entre el reino de los santos.

Otra prostituta que mereció los honores de la santificación fué María Egepcíaca, que, después de haber ejercido durante diecisiete años la prostitución, siguió a los peregrinos que se dirigían a Jerusalén. Como precio de su viaje marítimo ofreció su cuerpo a los marineros. Según la leyenda, vivió luego como eremita durante cuarenta y siete años. Esta santa fué, durante muchos siglos, la patrona de las cortesanas, y el pago (natural) ofrecido a los marineros reprodujose repetidas veces en los cristales historiados de las iglesias. (Por ejemplo, en la capilla dedicada a Sainte Marie de la Jussienne, a Paris.)

Estas santificaciones, que han sido objeto de detenidos estudios (Gastineau, *Les Courtisanes de l'Eglise*, 1870), demuestran que el cristianismo primitivo rebosaba de aquella justa indulgencia que se desprende del episodio de María de Magdala perdonada por Jesús. La necesidad de su gestión a las prostitutas y convertirlas en secueces contribuyó en gran parte a hacer que las leyendas de cortesanas redimidas por la fe ocupasen un lugar preferente en la literatura agiográfica y fuesen objeto de exaltación en los discursos y en las prédicas de los propagandistas cristianos.

III.—LOS MORALISTAS Y LOS TEOLOGOS

Los primeros moralistas cristianos demostraron la misma indulgencia, declarando que no es pecado alquilar casa a una prostituta para que en ella ejercite su oficio; que debe concederse siempre la absolución sin exigirles abstinencia. (Lea, *History of auricular confession*, tomo II, página 69). Los Concilios de Elvira y de Aix aceptaron que la prostituta podía contraer matrimonio sin hacer penitencia. (Rabutaux, *De la prostitution en Europe*, 1865, página 22.)

Pero la fornicación continuaba siendo pecado, y, a partir del siglo XII, todos los teólogos católicos afirmaron que una prostituta debe confesar el pecado de fornicación o la mayoría de ellos, si no todos. Asimismo el hombre está obligado a confesar las propias relaciones con prostitutas.

Mientras que los devotos independientes o irresponsables proclamaban la necesidad de abolir la prostitución, aquellos teólogos que fueron juristas o políticos, o que tuvieron responsabilidad administrativa, intentaron justificar la prostitución, considerándola como un mal necesario.

San Agustín, cuya autoridad era enorme, em-

pezó dando el ejemplo. En un tratado escrito en 386, declaraba que, así como el verdugo, fuera cual fuese la repulsión que inspirara, ocupa un lugar necesario en la sociedad, así también la prostituta, que, aun siendo sórdida y maléfica, es asimismo necesaria. «¿Qué existe más sórdido, más falto de honor y lleno de ignominia que las prostitutas, los agentes de prostitución y demás pestes de este género? Y, sin embargo, si éstos desaparecieran a las meretrices, la depravación trastornaría al mundo.» (*De Ordine*, libro II capítulo IV.)

Un teólogo más moderno, que firmaba con el nombre de Tomás de Aquino (1) —si no era el propio Tomás—, expresaba la misma opinión, y comparaba a las prostitutas con los desagües de un palacio: «suprimid éstos y el palacio se convertirá a no tardar, en un lago infecto y malsoliente. (*De regimine principum*, libro IV, capítulo XIV.) Liguori, otro teólogo de gran autoridad sostiene la misma tesis. «La razón está —dice— en que si las prostitutas no existieran, los pecados de lujuria serían mucho más numerosos. Sodomía, bestialidad, masturbación y todas las fornicaciones a que se hallarían expuestas todas las mujeres honradas».

Havelock Ellis (*Studi di Psicologia Sessuale*, IX, cap. IV), escribía a este respecto: «Semejante actitud ondulante y semiindulgente por lo que atañe a la prostitución, es la de los teólogos en general. Algunos de ellos, siguiendo los pasos de San Agustín y Santo Tomás, permitieron la prostitución para evitar males mayores; otros opusieron a ello, y algunos lo admitían en las ciudades, pero no en los campos. Mas en todos los casos han reconocido que la prostituta tenía derecho a su salario y no estaba obligada a restitución.»

Los casuistas trataron la cuestión de los derechos de la prostituta como un asunto puro y simplemente de derecho civil.

He aquí lo que escribiera el jesuíta Tomás Tamburini: «¿Qué precio ha de estipular una mujer al placer que proporciona? Para estimarlo en su justo valor es preciso tener en cuenta la belleza, la honradez y la nobleza de la mujer. Una mujer honrada vale más que aquella que franquea su puerta al primer recién llegado.

»Distingamos... O nos referimos a una mujer pública o a una honrada. Aquella, en derecho, no puede pedir a un hombre más que lo que exige a otro; sólo debe tener un precio. Existe una especie de contrato entre ella y sus clientes: éste le entrega dinero y ella da su cuerpo.

»Pero una mujer honrada puede exigir la cantidad que quiera, porque en las cosas de este género no tiene un precio corriente y fijo; la per-

sona que vende es dueña de su mercancía. Una muchacha virgen o una mujer honrada pueden vender su «honra» al precio que les plazca.» (*De la confession aisée*, livre VIII, chap. V.)

Y añade: «Una mujer alegre debe pedir en justicia a un hombre lo mismo que pidió a otro; solamente debe tener un precio convenido. Es un contrato entre ella y el cliente o el abonado que paga. Este da dinero y ella entrega su cuerpo.»

Escobar trata el problema desde el mismo punto de mira: «Es obligatorio remunerar suficientemente las acciones de esta especie, según las diferentes condiciones de las personas que las realizan.»

Sigue una tarifa de «amores», y, en seguida: «Los bienes que una mujer adquiera por medio del adulterio se considerarán ganados por vía ilegítima, pero la posesión es indiscutible.»

Y Em-Sa: «Toda mujer y varón que hagan un uso vergonzoso de su cuerpo pueden ponerle precio a sus actos, y el que les emplea debe pagar el precio estipulado.»

«Pero una mujer casada —observa J. Gordon— no tiene tanto derecho a cobrar porque las ganancias de la prostitución no están estipuladas en su contrato de matrimonio.»

En los países protestantes fué donde más prevaleció la intolerancia teológica contra la prostitución. Havelock Ellis, dice a este respecto: «El protestantismo, en esta materia como en otras referentes a moralidad sexual al abandonar la confesión eludió promulgar fórmulas definidas con relación al estatuto moral de la prostitución. Cuando expresó alguna opinión o empezó a organizar una acción práctica se basó, naturalmente, en las prescripciones de la Iglesia contra la fornicación, tal como las formulara San Pablo, es decir, que no tuvo tolerancia alguna para con la prostitución y las prostitutas. Esta actitud, que fué la de los puritanos, era tanto más fácil de sostener cuanto que los países protestantes, exceptuando determinadas regiones y en ciertos momentos (por ejemplo en Ginebra y en la Nueva Inglaterra en los siglos XVII y XVIII), el papel de los teólogos consistía solamente en expresar exhortos religiosos, pero no en poner en práctica una política real. Este cometido se dejaba para otros; por esta causa siempre se ha notado cierto confucionismo y una como vacilación en el espíritu de los protestantes.»

Aquel confucionismo y esa vacilación son evidentes en el inglés Burton, que escribió un siglo después de iniciada la Reforma. Este autor habla de los «seudocatólicos», que muestran severidad hacia el adulterio pero que son indulgentes para con la fornicación, y que toleran y administran burdeles, «como cosas tan necesarias como las iglesias», y dice que aquellos «tienen buen número de argumentos para probar la necesidad de la tolerancia de las casas de lenocinio», y no cabe duda —concluye— que esta política no puede contradecirseles, aunque sí en

(1) Parece que Tomás de Aquino tan sólo escribió el libro I y la primera parte del II de su *De regimine principum*.

religión». (*Abatomy of Melancholy*, p. III, sección III, m. IV, subsección II.)

En los comienzos del siglo siguiente, el argumento de San Agustín fué sostenido en la Inglaterra protestante por Bernardo Mandeville, en su *Remarks to Table of the Bees*, pero la primera edición de dicho libro fué decomisada, tan contraria era al sentimiento público. La justificación moral de la prostitución empezó a difundirse, luego, en los países protestantes, pero

Havellock Ellis afirma que nunca se expresó aquélla con tanta claridad como lo hiciera Mandeville.

Así, pues, podemos deducir de lo expuesto que, al principio, los teólogos y moralistas católicos fueron indulgentes para con la prostitución, mientras que los protestantes se mostraron severos.

C. BERNERI

(Continuará.)

La masturbación

No hay por qué mirar con ojos asustadizos a esta práctica viciosa, ya que son pocos y los dudosos, los que puedan jactarse de haber pasado la juventud sin incurrir en ella. No puede considerarse como un refinamiento propio del hombre, pues ya es sabido que los monos e cautividad practican el onanismo desenfrenadamente, y son muchos los animales que se masturban cuando les falta la satisfacción normal de sus impulsos sexuales. Por diversas causas es la iniciación forzosa de los jóvenes (nos referimos a los varones) el camino único por el que se ha de pasar, al encontrarse vedados los modos normales de satisfacción de los impulsos orgánicos.

Estos impulsos orgánicos son de dos órdenes:

Unos, de orden psíquico, están representados por la busca del placer. Aparece ya en el niño, que busca sensaciones corporales agradables e insiste en ellas con delectación. En los primeros meses de la vida es la succión, la sensación generadora de mayor placer, y por ello el prolongar las mamas, con el «chupete» o con la succión de los dedos. A las zonas del cuerpo productoras de placer por excitación, se les llama «zonas erógenas». El niño encuentra generalmente zonas, distintas de la genital, pero es en ésta donde termina por localizarse la erogénesis. Cuando la torpeza de manos extrañas, o la inconsciencia de quienes lo rodean, no han hecho despertar la atención del niño sobre esta región de su cuerpo, puede pasar por bastantes años desapercibida. Pero con gran frecuencia es la falta de aseo (acumulación de esmegma), la causa de que despierte prematuramente la atención sobre el área genital, llevándole a excitarse inconsciente e insistentemente. Así es como se establece el onanismo precoz, en niños, hasta de menos de cuatro años, y como se despierta el vicio en las niñas.

Los otros son de procedencia orgánica o fisiológica, siendo más tardíos en aparecer, y ocurren

sólo en los varones, en los que la masturbación es la regla, siendo por esto las hembras menos dadas a esta práctica sexual. Suelen tener su origen a partir de los diez años, y derivan del establecimiento de la función secretora de los testículos. El esperma formado en éstos, pasa a las vesículas seminales, donde se acumula. Al lado de estas vesículas, y rodeando el cuello de la vejiga, existe un órgano propio del hombre, la próstata, cuya secreción se une a la de los testículos para formar el semen. La repleción de las vesículas y de la próstata es el incentivo que despierta la atención sobre los genitales, como zona productora de placer, en aquellos que no tuvieron ocasión ni oportunidad de conocerla antes. De este modo es como la masturbación se adquiere espontáneamente. Un buen día descubre el niño, con la natural sorpresa, que su cuerpo es manadero de un placer nunca gustado, del cual tiene entonces la primer noción. Falto de una mano amiga que le dirija y le alumbre a merced casi siempre de informaciones torpes de amigos precoces, el niño o el joven sucumben a todas las tentaciones, aficionándose al vicio como el borracho al alcohol, o el fumador al tabaco. Iniciado en el vicio, el joven no suele tener ni tasa ni freno, sin voluntad para oponerse al impulso y sin finalidad ninguna que le dirija en las tinieblas de su ignorancia sexual.

Así es como frecuentemente se cae en la masturbación, aunque en muchos casos son los dos órdenes de impulsos agrupados los que precipitan la adquisición más temprana del placer solitario.

La lujuria se va adueñando de la mente del joven al beber de una fuente que no seca la sed, sino que la enciende más. La sociedad abunda en incitaciones sexuales de todo orden, hostigadoras de una sexualidad siempre insatisfecha, porque el amor es prohibitivo para el joven, que sólo

puede abrazar a la hembra reprimiendo las náuseas de la prostitución y desafiando el peligro del contagio venéreo. Cerrada la satisfacción normal y verdaderamente eficiente de sus impulsos, al joven no le quedan más que dos soluciones: esperar que una polución nocturna le descargue su tensión y le arranque la espina que amenaza su paz interior y su sosiego mental, o masturbarse. La voluntad, débil para contenerle, ante la tentación de masturbarse, no le sirve para provocar la polución. Rechazado por la moral y las costumbres de la satisfacción normal, el joven no encuentra camino mejor para conservar su fisiologismo genésico, ya que la castidad, virtud de hipócritas y de impotentes, encierra más peligros para la salud. Uno, bien conocido, es la espermatorea, pérdidas de semen que ocurren con motivo de la menor excitación, durante el sueño, o en el acto de la defecación, o con motivo de una imagen libidinosa.

Si la masturbación resulta más peligrosa y estragadora que otros vicios, es por el desgaste que ocasiona su abuso, y por la facilidad con que se abusa de ella. Para inclinar al joven a apartarse del vicio, algunos moralistas o tratadistas de sexuología han exagerado los peligros a que expone al atolondrado que se abandona a su práctica. Y si el miedo a tales peligros tiene la virtud de corregir a muchos de sus adeptos, es también causa de temores exagerados y de resoluciones contraproducentes.

Se ha dicho que predispone a la tuberculosis, pero sería más exacto decir que aumenta la predisposición de los predispuestos. Lo mismo diremos de la neurastenia, ya que ninguna de estas dos enfermedades se da más que en sujetos preparados por la predisposición, en gran parte heredada, con la constitución.

Los mayores estragos del vicio, y los más reales, tienen lugar en el área genital: lo primero que alteran es la función genésica, incapacitando al individuo que se abandona largo tiempo al vicio, para la ejecución del coito. Por la frecuencia de masturbarse, se produce un estado congestivo en los genitales, especialmente en la próstata, que hace funcionar con exceso a este órgano, y da lugar por ello a la espermatorea, en cuanto por cualquier causa se restringe el régimen de exceso. Probablemente tienen aquí su origen las hipertrofias de próstata que tantos padecimientos causan en la vejez, constituyendo frecuente causa de muerte.

Habituada a producirse la eyaculación por incentivos mentales y recursos imaginativos resulta luego la realidad del coito excesivamente desmesurada, sobradamente excitante, y el semen se derrama al comenzar el acto y hasta antes de llegar a él. El primer fracaso sirve de desasosiego y de temor para producir el segundo, y el sujeto acude, angustiado, al médico, creyéndose víctima de una impotencia que amenaza, con una negra sombra, su porvenir.

La espermatorea que se produce al abandonar

de súbito el vicio suele afectar la salud más intensamente que lo que pudiera hacerlo la masturbación misma. La impresión mental es mucho más penosa, porque se ve la esterilidad del esfuerzo realizado y la inejecación de la voluntad. A causa de ella, no se puede recomendar la supresión absoluta, salvo cuando pueda usarse del coito, pues ya hemos dicho que la castidad en tales condiciones es de peores resultados.

El cuidado de los padres debe dirigirse a evitar las ocasiones que puedan despertar la zona erógena genital o que puedan atraer sobre ella la atención del niño, pues antes de los diez años resulta la masturbación de efectos más profundos y trascendentes en la futura vida sexual. La limpieza frecuente de los genitales, al tiempo de bañar al niño, como una parte más de las que precisan de limpieza especial, contribuye a evitar pruritos despertadores del vicio. Por la misma causa deben combatirse los oxiuros (pequeñas lombrices blanquecinas existentes en gran número), especialmente en las niñas. Vigilar a los pequeños, sin confiarlos a manos extrañas, que pudieran iniciarlos, inconscientes de la trascendencia de lo que hacen.

Al despertar a la vida genital, después de los diez o de los doce años, es cuando más atención paternal precisa el niño, para descubrir el comienzo de su iniciación, sin precipitarlo con torpes precauciones y poder apartarlo del vicio sin severidad y sin imposiciones contraproducentes, sino con instrucciones y consejos persuasivos. Sólo el joven que llega a una situación lamentable por ignorancia sexual sabe cuánto puede valer, en esta edad temprana, un buen consejo. Es menester ser comprensivo y no hacer odiar como monstruoso un acto impuesto por la necesidad, como un mal menor, dentro de nuestra moral artificiosa. Cualquier otra conducta que se adopte despreciando la necesidad, puede ser tan nociva como la masturbación.

Ante la abstinencia sexual forzosa no cabe otro consejo a los jóvenes maduros que la moderación y el ejercitar la voluntad en el dominio de los impulsos orgánicos. El remedio supremo, natural y lógico, tanto de la masturbación como de los otros efectos de la abstinencia, es la relación sexual, que en nuestra sociedad, ejemplarmente desordenada, ha de conseguirse a cambio de matrimonio.

UN MÉDICO RURAL

Cuanto más inteligente es una mujer, tanto más divertido es su trato. Cuanto mayor sea su inteligencia, más potente será su imaginación. Cuanto mayor fuere su imaginación, más repentista será, es decir, más iluminada por momentos, de lo que resultará mayor confusión instantes después.

KIERKEGAARD

La virilidad del hombre

Cómo se conserva y cómo se recupera la fuerza viril hasta edad muy avanzada. Medios científicos naturales para curar la impotencia masculina sin drogas ni medicamentos.

(Continuación)

EL TRATAMIENTO NATURISTA

Doce años de ver desfilar por mi clínica a hombres prematuramente agotados, envejecidos aceleradamente por excesos sexuales, en los que la terapéutica clásica sólo en contadas ocasiones conseguía victorias parciales, y aun éstas debidas a las reservas orgánicas despertadas con reactivos, infiltraron en mí la duda, aumentada diariamente con la práctica, hacia las virtudes de los remedios más heroicos de la medicina oficial, como los bromuros, la estroscina, sueros, tónicos, inyecciones subcutáneas, etc., a pesar de las apoloías de que son objeto en las revistas y boletines profesionales. Tan sólo la electricidad y el masaje, en algunas formas de impotencia, permitían mantener alguna confianza acerca de su efectividad. De la duda a la desconfianza se pasa inadvertidamente, y ésta desconfianza, acrecentada cada día, me impulsó al estudio detenido de la llamada terapéutica naturista, basada en la acción combinada y sistemática de los agentes físicos naturales: *Agua, sol, aire, alimentación racional simplificada, ejercicio corporal y vida sana.*

No se desprende fácilmente el lastre mental acumulado durante años y años de estudios y prácticas, y por eso mis primeros ensayos fueron vacilantes. Así y todo, logé resultados altamente satisfactorios que fueron el acicate necesario para proseguir con ardor a su aplicación, cada vez con mayor tenacidad. Yo tenía la convicción de que los fenómenos producidos por los agentes naturales estaban íntimamente relacionados con nuestro organismo. No quise contentarme con ser un creyente con la nueva idea, y quise, impulsado por la natural tendencia a investigar la causa de las cosas, edificar sobre bases científicas una teoría que confirmara de día en día mis experiencias, llegar a la conclusión racional y exacta de los hechos confirmados por la práctica, a pesar de que sabía sobradamente que habría de chocar con la incredulidad y aun quizá con la burla de los sabios, puesto que habría de ponerse en pugna de las enseñanzas de nuestras escuelas oficiales. Pero estaba firmemente resuelto a llegar hasta el fin, convencido de que prestaría un servicio a los enfermos que arrastran su tristeza y su tragedia

moral de clínica en clínica y de decepción en decepción, al mismo tiempo que van sufriendo pacientemente los tratamientos más diversos y a menudo contradictorios.

Los éxitos fueron cada vez más notables y los resultados más satisfactorios; los casos de aplicación, de día en día más variados y con mayor eficacia y seguridad, llegando a constituir un sistema curativo desprovisto en absoluto de todo preparado farmacológico, basado únicamente en los medios naturales y los recursos que la propia naturaleza física ofrece, del cual puedo decir con orgullo que he conseguido tales resultados, que permiten asegurar que ninguna forma de impotencia resiste a su eficacia.

Si se tiene en cuenta que esta experiencia se efectuaba hace ya bastantes años, y que a estos países sudamericanos llegan las ideas importadas de España con bastante retraso, se comprenderá fácilmente que hubo de ser objeto, como ya tenía previsto, de los ataques de mis compañeros de profesión, que no se resignaban a ver otra cosa en mis ensayos que un afán de notoriedad y un empirismo basado en reglas sencillas y empíricas. Yo podía ya entonces oponer a mis detractores (a los que, sin embargo, hoy he de hacer la justicia de reconocer que creían obrar de buena fe y en interés del buen nombre científico o de la clase, aunque equivocadamente), testimonios irrecusables, verídicos, vivientes, auténticos (no amañados, como los que generalmente atestiguan las excelencias de algunos específicos) sobre la bondad de mi sistema, que yo no había inventado, sino que me había limitado a estudiar y poner en práctica, aplicándolos a mi especialidad los recursos naturales cuyas excelencias venían desde muchos años ensalzando hombres geniales y videntes, desprovistos de prejuicios escolásticos. Pero aunque debieran bastar los hechos para convencer a la inteligencia, ésta está educada en el raciocinio, y mis testimonios no impedían que el sistema de curación natural por mí adoptado fuera considerado como curanderismo indigno. Había, pues, que hablar al raciocinio, combatiendo con la demostración científica la rutina escolástica, pues no siempre la reflexión y el axioma pueden superar la barrera que en nuestros espíritus va formando la tradición y el hábito.

Esta resistencia sistemática y obtusa a aceptar toda idea innovadora, sería más justificable en el vulgo, el cual no cree en las cosas sencillas, en todo aquello que no le habla a la imaginación, que se encoge de hombros ante lo que ve cada día, pero que se extasia ante lo que ignora, que acude al hombre de ciencia en busca de alivio para sus

males, sin perjuicio de extasiarse ante el charlatan de plazuela e interesarse por el misterioso procedimiento del curandero, aunque esté convencido de su ignorancia y de lo engañoso de sus artes. Pero es algo imperdonable que esta misma actitud se observe entre hombres de inteligencia superior, que se lance sistemáticamente la excomunión científica sobre el atrevido que discrepe de las normas establecidas y sancionadas por el templo oficial, semejando a los sacerdotes de las antiguas religiones paganas que se reservaban para ellos el cultivo de la ciencia, que luego servían al pueblo arregladas a su sabor y envuelta en misteriosos ritos, sacrificando al irreverente que pretendiera descubrir el secreto del arcano.

Muchas doctrinas veneradas son tan sólo lugares comunes perpetuados con solemnidad, y si descubriéramos el velo que cubre ciertas cosas veríamos que muchas de éstas son sostenidas por los sacerdotes de la ciencia clásica sin que se hayan tomado la pena de examinarlas. Así se explica que subsistan y perduren errores y se tomen por verdades, a pesar de que la práctica y la experiencia las estén desmintiendo continuamente con sus resultados negativos y muchas veces altamente perjudiciales.

Es necesario que las ideas tengan la sanción de los pontífices de la ciencia, sin la cual la verdad se estrellará siempre en el terreno oficial; lo de menos es la idea, su bondad, su lógica. Si a pesar de todas las cualidades favorables, la idea innovadora no está apoyada por una firma de alto prestigio, aunque este prestigio se haya formado artificialmente, caerá bajo el peso de sus adversarios, que levantarán una cruzada enorme contra el atrevido que se permita hacer uso del raciocinio para defenderla.

Una de las objeciones de más peso opuestas por los detractores del naturismo fué de que no era posible, según ellos, que una medicación tan sencilla y con tan escasos medios pudiera aplicarse con resultado a enfermedades tan numerosas y distintas. En vez de ver que, si bien esos medios son limitados en número, son, por el contrario, incommensurables por sus efectos y por su poder natural, y en vez de procurar, como correspondía a espíritus cultivados, estudiar las enseñanzas prácticas que esos recursos naturales ofrecen y poner en armonía su utilidad con la ciencia de curar, se situaban en una posición reservada y hostil precisamente por el mismo motivo con que el vulgo se interesa por lo complicado y misterioso y desdena lo práctico y sencillo.

Sin embargo, esa objeción queda refutada con sólo considerar cómo se producen las enfermedades; cómo reacciona el organismo, pues está perfectamente demostrado que todas las enfermedades agudas tienen un período silencioso de elaboración que varía según su intensidad, en el cual la lucha entre la causa morbosa y el organismo pasa completamente inadvertida. A este período de incubación sigue una alteración general del organismo, aunque la lesión se localice, prueba

de que el cuerpo todo participa de los fenómenos de defensa y de la alteración de la causa. Y si de los procesos agudos pasamos a los crónicos, veremos que, excepto en los casos debidos a circunstancias accidentales, todas las alteraciones del organismo se producen a consecuencia de una falta de régimen local o general que determina a alteración de uno o varios órganos, como ocurre en los excesos alimenticios, el alcoholismo, la falta de ejercicio, la desnutrición, etc.; lo cual indica claramente que podemos combatir estas alteraciones con los medios precisos cuya acción sea opuesta a las causas que hayan venido obrando el proceso anormal. Si esto es así, y lo es, puesto que constituye un principio general de la ciencia curativa, es bien extraño que se sorprenda ningún hombre científico de que tanto en los casos agudos como en los crónicos, el método curativo naturista pueda lograr éxitos definitivos con el empleo de los medios naturales, sencillos, pero poderosos y profundamente esenciales a la vida por esa misma sencillez y por su pureza, ayudando al organismo y prestándole inapreciables elementos de defensa, variando sólo su intensidad y su modo de aplicarlos, según sea local o general la afección que se trata de combatir.

No existía la debida armonía en el cuerpo humano si, a pesar de la diversidad de órganos necesarios para las distintas funciones encomendadas a cada uno, no tendieran todas estas funciones hacia una finalidad común, que es la vida; todos los órganos tienen vasos y nervios que reciben su acción; los nervios la reciben de los tres grandes grupos llamados encéfalo, médula y gran simpático, y los vasos, por la sangre común a todo el cuerpo, lo cual explica fácilmente esta estrecha relación existente, que permite a una alteración aguda o crónica transmitirse a todo el cuerpo por medio de la sangre, y a las sensaciones todas transmitirse por medio del sistema nervioso como en una red telefónica. Así se comprende por qué una enfermedad local influye en todo el organismo, y por qué un tratamiento local puede modificar el estado general.

He creído necesarias estas aclaraciones antes de entrar a estudiar los agentes terapéuticos naturales y sus indicaciones generales, así como su aplicación adecuada a cada caso, para la mayor compenetración del enfermo con la teoría naturista, poniéndole en antecedentes de cómo la Naturaleza actúa para desembarazarse de su enemigo, que lo es todo estado morboso, y que el paciente pueda, de una manera racional y metódica, ayudar la acción saludable y vital de estos elementos, con la seguridad de que así conseguirá una curación que no lograría tragando drogas.

DR. JULIO ATARFE CASTILLEJOS

(Continuará.)

Piedras preciosas

LA TIRANIA

Debe darse indistintamente el nombre de tiranía a toda especie de Gobierno u organización en el cual aquel que está encargado de la ejecución de las leyes puede hacerlas, suspenderlas, de trufirlas, violarlas, interpretarlas, impedir las, o, simplemente, eludirlas, seguro de su impunidad.

Sea este violador de las leyes hereditario o electivo, usurpador o legítimo, bueno o malo, uno o muchos, cualquiera, en fin, con fuerza capaz de darle este poder, es tirano; toda sociedad que lo admite gime bajo la tiranía; todo pueblo que lo sufre es esclavo.—ALFIERI.

LA LEY NO ES LIBERTAD

Las libertades públicas son una cosa y otra a la libertad individual.

Gracias a esta distinción se puede inscribir sobre la puerta de las cárceles la divisa: «Libertad, igualdad y fraternidad»; el prisionero no deja de considerarse como el hombre más libre del mundo por el hecho de habitar en un país libre.

Asimismo, gracias a esta distinción, ese gran país de libertades que se llama América impide a las gentes divertirse los domingos. Nosotros no les impedimos más que trabajar. Posiblemente, porque no somos tan libres como en América.

El ciudadano me causa siempre risa. El ciudadano está profundamente convencido de que una medida cesa de ser opresiva y molesta cuando ha sido decretada por una colectividad en lugar de serlo por un hombre. Si un hombre ordena propinarle una paliza, es tiranía; pero si es reunión de semejantes suyos, es libertad; y nada tiene que objetar.

De ahí esta definición, que haría reír a un mono semiinteligente:

«La libertad consiste en obedecer la ley.»

Una libertad que consiste en obedecer es un verdadero hallazgo. Bautista me prohíbe hacer tal o cual cosa, y yo me rebelo contra Bautista; pero si cierto número de Bautistas me prohíben hacer la misma cosa, esta cosa se transforma, y de estúpida que era, se vuelve de golpe razonable.

Los pueblos me parecen tan admirables como los enfermos: se someten a todas las órdenes, con tal que ellos mismos hayan escogido el médico, y si lo que absorben les produce un cólico, dicen: «Parece que la Naturaleza no quiere esto, pero la Naturaleza no es nadie ante la ciencia.»

Por esto es por lo que cuando la ley ha hablado, el buen sentido ha de callarse.—HENRY MARET.

DOS CLASES DE GANANCIAS

Se ha de entender que los hombres hacen renta y se sustentan y viven o de la labianza del campo, o del trato, o contratación con otros hombres.

La primera, de renta, es ganancia inocente y santa ganancia, porque es puramente natural, así porque en ella el hombre come de su trabajo, sin que dañe ni injurie, ni traiga a costa o menoscabo a ninguno, como también porque en la manera como a las madres es mantener con leche a los niños que engendran, y aun a ellos mismos, guiados por su inclinación, les es también natural el acudir luego a los pechos; así nuestra naturaleza nos lleva e inclina a sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra común, lo que conviene para nuestro sustento.

La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y se enriquece de las haciendas ajenas, o con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes y artífices de otros oficios, que venden sus obras, o por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural y a donde las más veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza, y ordinariamente dan con disgusto y desabrimiento aquello que dan las personas con quien se granjea. De lo cual, todo lo que de esta manera se gana es en este lugar llamado despojos, por conveniente razón. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y aunque no por vía de guerra, pero como en guerra y no siempre muy justa.—FRAY LUIS DE LEÓN.

LAS LEYES

Dirías que un pequeño número de hombres, después de haberse repartido la tierra, hicieron leyes de unión y de garantía contra la multitud, de igual modo que construyeron abrigos en los bosques para defenderse de las bestias salvajes.

Sin embargo, es necesario decirlo, después de haber establecido leyes de propiedad, de justicia y de libertad, nada se ha hecho aún en pro de la clase más laboriosa de los ciudadanos.

«¿Qué nos importan vuestras leyes de propiedad? —podrían decir éstos—. Nad poseemos.

¿Qué nos importan vuestras leyes de justicia? Nada tenemos que defender. ¿Qué nos importan vuestras leyes de libertad? Si mañana no trabajamos nos moriremos de hambre.»—NECKER.

EL PROPIETARIO RURAL

Para el aldeano codicioso no hay ley moral, ni religión, ni nociones claras del bien: todo eso se revuelve en su alma con supersticiones y cálculos groseros, formando un todo inexplicable. Bajo el hipócrita candor se esconde una gramática parda, que supera en agudeza y perspicacia a cuanto idearon los matemáticos más expertos. Un aldeano que toma el gusto a los ochavos y sueña con trocarlos en plata, para convertir la plata en oro, es la bestia más innoble que puede imaginarse: tiene todas las malicias y sutilezas del hombre culto y una sequedad de sentimientos que espanta. Su alma se va condensando hasta no ser más que un graduador de cantidades. La ignorancia, la rusticidad, la miseria en el vivir completan esta abominable pieza y le quitan los medios de disimular su descarnado interior. Contando por los dedos es capaz de reducir a números todo el orden moral, la conciencia y el alma toda.—PÉREZ GALDÓS.

DEGENERACION

Las plantas y los animales nos ofrecen numerosos ejemplos de degeneración por el *hábito de parasitismo*. El más característico de todos, por lo que se refiere a la ciencia social, es el de las hormigas rojas, las cuales, a fuerza de dejarse servir por las hormigas *cunicularias*, que hacen prisioneras y someten a esclavitud, experimentan considerables transformaciones anatómicas y pierden una gran parte de sus instintos, como el de edificar, criar la prole, hacer la provisión diaria y otros semejantes. ¿Qué más? Llegan hasta el extremo de hacerse alimentar por sus esclavas y prefieren morir de hambre a tener que alimentarse por sí mismas.

Ahora bien; es una cosa cierta que la clase de vida que hacen por regla general los que heredan o adquieren, de cualquier otro modo, pero sin un adecuado trabajo, cuantiosos bienes de fortuna, arrastra a consecuencias muy semejantes a las que se observa en las hormigas rojas.

Aquel a quien no apremian las necesidades de la vida, rara vez se consagra a hacer obras virtuosas: la mayor parte de las veces se abandona a los goces y a los placeres. A medida que se van embotando sus sentidos busca nuevos y más fuertes estímulos, los cuales agotan sus fuerzas y perverten sus facultades intelectuales y morales... Por gozar un instante corrompe, deshonor, precipita en el abismo a aquellas desgraciadas que tienen la desgracia de gustarle; seduce a las mujeres de sus dependientes y de sus amigos, se embrutece con los más rebuscados

e indecorosos refinamientos de la lujuria y de la crápula. Para él no hay nada sagrado: la amistad, el amor, la virtud son palabras vacías de sentido; en su alma encallecida languidecen y se extinguen los más caros afectos de familia. La despreocupación, el vicio, la vanidad, el orgullo el falso honor consituyen el fondo de su carácter. Su conversación no tiene nada de elevado ni de humano: os habla con desenvoltura de mujeres, de caballos, de juego, de clubs, de fiestas, de corridas, de disputas, de duelos, de viajes de placer, de letras, de pagarés a papá muerto...; de todo cuanto de fútil y dañoso ha sabido inventar nuestra civilización.—ANGEL VACCARO.

Esopo y el desarme

Cuando recientemente, el representante de la Rusia soviética, Litvinoff, propuso el completo desarme de las naciones como única y eficaz medida para la paz mundial, propuesta que tuvo la virtud de demostrar la trágica farsa que en la llamada Conferencia del Desarme están desempeñando las cotorras mundiales, el delegado español, señor Madariaga, tuvo una ocurrencia feliz que le acredita de buen diplomático o de buen comediante, que viene a ser lo mismo. A la propuesta de Litvinoff contestó nuestro representante subrayando la vieja fábula en que, en una reunión compuesta por el león, el águila, el toro y el oso, el león pidió la abolición de las alas del águila, el águila la eliminación de los cuernos del toro, el toro, que se cortaran las garras al león, y el oso ruso, satisfecho, se declaró partidario de todo aquello para poderlos oprimir a todos con sus robustas garras...

Naturalmente, la ocurrencia del delegado español la celebraron todos con francas carcajadas.

Pero Litvinoff perdió la oportunidad de contestar al cómico español, también por boca del fabulista griego; refiriéndose a *Las Lenguas de Esopo*: «Su amo Janto le había encargado trajese del mercado lo mejor que hubiese, y Esopo trajo lenguas, que hizo aderezar de distinto modo, pero que cansaron a los convidados. Interrogado sobre el porqué de tal abuso, Esopo contestó: «¿Qué cosa puede ser superior a la lengua? Ella es el nexo de la vida civil, la clave de las ciencias, el órgano propulsor de la verdad y la razón, del progreso, de la libertad y de la cultura; con su auxilio se construyen las ciudades y se las civiliza e instruye...» «¡Bueno —interrumpió Janto—; pues para mañana tráeme lo peor que encuentres!» Pero al día siguiente, también lenguas trajo Esopo, explicando al servir las: «La lengua es la madre de todas las discusiones y pleitos, el origen de las divisiones y las guerras, del error y de la calumnia. Por ella se destruyen las ciudades, se engaña a los pueblos y se les esclaviza.»

Juventud y sexualidad

El libro que acaba de publicar el profesor W. Liepmann, trata acerca de la iniciación sexual de los jóvenes, según los datos entresacados de las confesiones de éstos y, como expresa justamente el autor, habría podido titularse también *La tragedia del Amor*.

Sí, en realidad, constituye una tragedia; porque, ¿no es vergonzoso que en pleno siglo XX se vaya a los pequeñuelos con el cuento de que los niños nacen debajo de las coles o que los traen unas palomas desde París?

Es esta una tragedia del amor, al par que de la ignorancia en materia de educación sexual. Y la obra *Jeunesse et Sexualité* tiende a demostrar la magnitud de tal problema.

El tomo del profesor Liepmann pone de relieve hasta qué punto la ignorancia y la falsa educación, por lo que concierne a la cuestión de la sexualidad, han conducido a las sociedades civilizadas a abstenerse, en nombre de los más absurdos prejuicios, de hablar de una de las más nobles y grandes alegrías que los seres humanos pueden proporcionarse.

En las páginas del volumen, que son fiel espejo de las confesiones de unos muchachos, puede comprobarse con amargura cómo, para llegar a saborear semejante placer, todos, o casi todos, han debido pasar por trágicos sinsabores que muy a menudo destruyeron el empuje sincero y espontáneo que animaba a cuantos respondían simplemente a los llamamientos de la vida.

¡Cuántos males físicos y morales habrían podido evitarse si, por una sola vez, haciendo tabla rasa de los residuos de educación errónea que aún pesan sobre nosotros, la sociedad hubiese emprendido la tarea de estudiar y analizar los problemas vitales que van a la vanguardia de los destinos humanos!

Hemos de confesar —y ello no constituye en modo alguno un motivo de orgullo para nosotros— que son los propios niños quienes, por medio de sus confesiones sinceras, ingenuas, a veces cínicas, nos arrastran hacia los derrotados que nosotros habíamos decidido no seguir. De esta suerte, nos inclinan a detenernos en tales materias y a reflexionar acerca de ellas, con todo detenimiento, porque el problema es, en realidad, angustioso.

Las dos palabras, Juventud y Sexualidad, contienen en sí el porvenir y el devenir, la progresión y el progreso... ¿No se halla en germen el avenir en la juventud, como la esencia y la génesis del mundo en el amor? Es evidente. Así se confirma una vez más la innegable influencia que ejerce el sexo en la vida social de los seres

humanos, como demostrara de modo extenso y profundo E. Armand, en aquel manual de etnología que lleva por título *Prostitution et Libertinage*.

«Toda la idea de la evolución de la Naturaleza —escribe el profesor Liepmann— desde la Razón eterna hasta el conocimiento de la Razón actual, descansa sobre esa gran fuerza que domina a todos los seres organizados, sobre la inclinación que un individuo puede sentir hacia otro. Semejante fuerza obra finalmente sobre el individuo suscitándole al amor espiritual, el que, elevándose por encima de la concepción natural del amor, se esfuerza por ir de lo concreto a lo abstracto, sin tener en cuenta las características de las razas ni de las especies, y que, de esta suerte, se metamorfosea, convirtiéndose en el verdadero amor.»

Aunque no compartamos por completo el punto de mira del autor, quien, a pesar de todo, parece hallarse sometido a bastantes prejuicios de moral al uso, en lo referente a los asuntos que somete a nuestro análisis hemos de convenir en que *Juventud y Sexualidad* es una obra interesantísima, por los nuevos datos que aporta al problema objeto de tantas controversias, y, sobre todo, por el carácter de confesiones infantiles que le proporciona un aspecto inédito.

El capítulo dedicado a iniciación proporciona materia, por lo que respecta a confesiones, para curiosos trabajos comparativos, al desmenuzarse las declaraciones de estudiantes de ambos sexos, que nos descubren toda la aberración sexual de los medios semiintelectuales. El profesor Liepmann cita trece declaraciones confidenciales, todas ellas concluyentes desde el punto de vista de carencia e ignorancia en cuanto a iniciación sexual.

Parece como si la sexualidad, en todas partes, estuviese ligada a un concepto vergonzoso o repugnante. Semejante malentendido hay que desvanecerlo en beneficio y para utilidad de todos. En cambio, el mutismo acerca de tamaños errores no tiene visos de racionalidad, y con ello no puede conseguirse proporcionar a los adolescentes un descanso perfecto.

Si el efecto de la iniciación sexual realizada por los condiscípulos o por el personal doméstico causa a veces estragos y es más perjudicial que beneficioso, está demostrado, en cambio, que la iniciación biológica produce resultados saludables. Las confesiones reunidas por el profesor Liepmann atestiguan, sin embargo, que algunas de aquéllas conducen excepcionalmente a un pu-

ritanismo absurdo, por no calificarlo con mayor rigorismo. Una educación más realista, más natural, nos induciría a comprender la vida sexual de manera más sana, más libre, y, por lo tanto más bella.

Ya se trate de exponer los efectos de una educación sexual corriente repleta de tópicos de alta moralidad, ya se exponga las influencias del ambiente, o bien se describa las confesiones de hijas únicas o de aquellas que desde tierna edad se vieran privadas del maternal consuelo, e incluso cuando se relata las consecuencias de las relaciones amorosas al margen del matrimonio o las que se denomina legítimas, todas, en mayor o menor grado, emocionan profundamente y evidencian la magnitud del mal que en semejante dominio impera a causa de la ignorancia existente.

En otros capítulos desarróllase la teoría de la imperiosa necesidad de indagar en lo causal, en las impulsiones de la Naturaleza y en las del alma; analiza asimismo la miseria social, se estudia los goces ascéticos de la contemplación del mundo y la dualidad de las sensaciones sexuales, así como la bisexualidad en los púberes; todas las páginas de la obra están repletas de enseñanzas provechosas, tanto desde el punto de vista psicológico y ético como desde aquel de la sexología médica. Buen número de indagadores hallarán en tal volumen un manantial de datos preciosos, así como es posible que la obra tenga la virtualidad de hacer descender a algunos de sus sueños simbólicos; es fácil que un cuantos de entre los místicos contempladores de la Inmaculada Concepción o de la Virgen María se apeen de su cabalgadura.

El capítulo 15 está dedicado a transcribir y comentar las observaciones realizadas por la señora Hirschmann-Suenzel en una escuela profesional. La indagatoria es concluyente porque pone de relieve las desastrosas consecuencias de la falta de educación sexual. La señorita Eva Martins, en *La Maternité est-elle le couronnement de la Vie?*, intenta exponer con calor un punto de vista razonable. Para ella, la maternidad, que los moralistas oficiales colocan en el tabernáculo de las virtudes humanas, tan sólo tiene valor a condición de que implique el respeto a la vida individual. La maternidad no puede tener el sentido que le atribuye el oportunismo del mundo actual, pues, «¿con qué derecho la sociedad se confiere el poder de enviar millones de jóvenes a la guerra?»

«La mujer —escribe la aludida autora— debiera rebelarse contra la aureola de gloria con que se la rodea cuando proporciona al Estado, es decir, a la sed de hegemonía de todos los hombres, esa pléyade de hijos destinados a morir en lo profundo de las trincheras, asfixiados como gusanos por los gases venenosos. Debiera protestar contra el ridículo principio, que prescribe que el Estado puede inducir a la fecundidad o a la esterilidad, según convenga a las leyes dictadas

por los hombres», y termina la señora Martins, afirmando: «el hombre mata en la guerra a los más preclaros hijos de las mujeres, seres por los que el Estado preocuparse en grado mínimo, y en cambio le niega a la madre el derecho a disponer de la vida del feto antes de que nazca, de ese ser que no desea, que no tiene todavía sensaciones y que, en resumen, es una incógnita...»

Tales son, brevemente analizadas, las confidencias emocionantes de la juventud; «todas ellas finalizan con un agudo grito acusador contra las madres que no cuiden de cumplir para con sus hijos con el más noble de los deberes, que es el de enseñarles cuán digno de atención es nuestro ser, y que en nuestras facultades procreadoras son puras y merecen, por tanto, un conocimiento adecuado.

Hay en las páginas de la obra imperiosos y urgentes problemas que han de llamar la atención de los padres y educadores. Las confesiones de la juventud constituyen vehementes reproches contra una falsa moralidad, contra una educación errónea y ello no está nunca de más recordarlo.

«Para reconocer la pureza del amor, para hallar en el erotismo el elemento que constituye la santidad, la divina fuerza creadora, sería preciso que abandonáramos los centros cultivados de Europa occidental para internarnos en los templos de la India meridional. Entre nosotros no hay un solo asilo destinado al manantial de la existencia ni una cátedra que abarque los vastos terrenos en los que todos pueden tonificarse y vivificarse, transformándose y organizándose por medio de esta divina potencia creadora: el erotismo.»

Desde el nacimiento hasta la muerte, tanto en el trabajo como durante el reposo, el sentimiento del erotismo constituye la base de la actividad humana en todas partes y en todos los tiempos; es la alegría de vivir creando la fuerza y la juventud, la dicha y la armonía; pero hay que decir las cosas claramente y rehabilitar a la luz del día lo que hasta ahora se ocultaba vergonzosamente.

«Así comprendido, el poder del sentimiento erótico se asemejará a la Fuente de Juventud de la juventud. No constituye un elemento de discordia entre ambos sexos; por el contrario, es el lazo que les une y que colabora más eficazmente en el mejoramiento del ser humano, al triunfo del pensamiento y al progreso de la Humanidad.»

Estamos todavía lejos de tan bella visión. ¡Cuántos ojos hay que abrir, cuántos corazones helados que precisa calentarse hallan aún entre esta juventud actual, ávida de saber, pero alocada e insegura!

Pero, a pesar de todo, y tal vez a causa de las mismas deficiencias existentes, debemos esforzarnos por encaminar nuestros pasos hacia ese porvenir radioso. *Jeunesse et Sexualité* será, sin duda, un poderoso auxiliar para los padres y educadores, pues les recordará «que el sentimiento

erótico debiera ser reconocido nuevamente por el común de los mortales como lo que siempre fue y será, es decir, como el más poderoso dios moral de toda la creación, y aun del porvenir, como lo son, igualmente, los mundos y los soles de que este sentimiento surgiera».

La juventud podrá, en breve, aventurarse por esta vía libre y confiada y radiante para encaminarse decididamente a la conquista de sus libertades y de su ideal.

HEM DAY

La moral entre las bestias

La moral no es exclusiva del hombre: se extiende a todos los seres vivientes. El mundo animal entero es responsable de las leyes de la moral; toda especie viviente está sometida a reglas objetivas que no puede violar sin peligro para ella misma. Entre los animales, la moral es instintiva y rudimentaria; en el hombre es consciente; pero es absurdo pretender que sólo el hombre es capaz de hallar y de imponerse una línea de conducta.

Cuando se trata de saber si los animales tienen sensaciones, muchos psicólogos sienten un gran escrúpulo. Es innegable, sin embargo, que algunos de sus gritos, de sus miradas y de sus movimientos manifiestan el dolor y el placer.

Los ejemplos de sentimientos altruistas, de dignidad, de moral y de solidaridad abundan entre los animales. La sensibilidad herida y la dignidad lastimada pueden llegar a ser en ellos una fuente de dolor mucho más punzante que las sensaciones puramente físicas. En el perro bien tratado todo manifiesta la soberbia, la dignidad y el respeto de sí mismo. Una novatada injusta nizo a un pobre perro de campo, Piloto, del que guardo un recuerdo simpático, hasta tal punto desgraciado, que no comía; para que no le regañaran, enterraba su comida. Hay perros y gatos que tienen una repugnancia moral por todo castigo corporal.

En un pequeño libro aparecido hace una veintena de años, *Superioridad de los animales sobre el hombre*, el doctor F. Maréchal, alcalde del octavo distrito de París, sostiene que si, sin prevención, queremos establecer un paralelo entre los animales y el hombre veremos que éste ha sido, es y seguirá siendo sin duda la bestia menos bien correspondida del globo terrestre. «De que el hombre es el bandido de la tierra, el asesino de los demás animales, ¿debe deducirse su superioridad?» Tal vez es ir demasiado lejos. Pero es indiscutible que hay bestias cuya moral es superior a la de muchos hombres.

Franklin, en su *Vida de los animales*, cuenta haber asistido en una casa de fieras al parto de una mona. Apenas el hijo hubo nacido, se introdujo en el cuarto de otras hembras de la misma especie. Fué una escena conmovedora. Las hem-

bras cogieron unas después de otras al recién nacido, lo abrazaron, se lo pasaron a la redonda, cubriéndole de caricias, y se acercaron dulcemente a la madre, como para felicitarla de su feliz alumbramiento. Franklin habría querido que hubiese allí mujeres; porque nada era más moral ni más edificante que este homenaje hecho por los animales a la maternidad.

Yo he visto en el campo a un viejo perro llevar durante muchos días la mitad de su comida a un compañero herido e incapaz de ir a buscar él mismo su pitanza. Hallo la moral de este perro superior a la del jesuita que se enriquece especulando con la baja del franco. Por nada del mundo abandonará un perro de caza a su compañero en peligro.

Un viajero que merece toda confianza cuenta que en ocasión de una caza en la India, dos elefantes cayeron en una zanja, de la que uno de ellos logró salir. Después de lo cual, en vez de salvarse, tendió a su compañero, menos ágil, su trompa caritativa. El hecho sucedió en presencia de numerosos testigos.

Hay seres, hombres y mujeres, que están desprovistos de toda sensibilidad, de todo sentimiento de bondad, de piedad, que no se elevan jamás por encima de sus pequeños intereses materiales, que están persuadidos de que el dinero y la indignidad gobiernan el mundo y cuyo único principio vital es «toma y daca». Cuando arrojan un hueso a un perro acompañan su gesto con un puntapié.

La moral de después de la guerra, muy cultivada en ciertos medios, merecería un estudio profundo. A unos les hemos permitido enriquecerse con la sangre de nuestra juventud, a otros les hemos dejado la facultad de quebrantar todos los principios de la moral social.

¿No vemos, en una «tragedia moderna», no sin méritos literarios, por otra parte, a un altivo y honrado combatiente abandonar su lecho nupcial, demasiado apresuradamente preparado, para hacer arrodillarse a su viejo padre, porque éste no comprende el gesto, digamos «poco delicado», de su hijo? Ciertamente, es preciso perdonar muchas cosas a los que van a morir, pero los señores combatientes olvidan que si combaten es porque

quieren. En lugar de hacer arrodillarse a los viejos de cabellos blancos, que se organicen, en todos los países, para poder evitar la guerra, y... Voy a decir tonterías. Volvamos a las bestias.

¿Conocéis esta historia, completamente auténtica? Un cultivador poseía un caballo viejísimo cuyos dientes estaban gastados hasta el punto de no poder ya masticar el heno ni triturar la avena; este animal era alimentado por dos caballos que se encontraban en la misma caballeriza. Los dos caballos cogían en el pesebre heno, lo mascaban y lo arrojaban ante el caballo valetudinario; lo mismo hacían con la avena; la trituraban completamente y la colocaban después a su alcance.

La sobriedad es en el animal una virtud universalmente reconocida. Sólo los animales domésticos, bajo la influencia de sus amos, llegan a ser frecuentemente intemperantes y golosos.

No, la moral no es ni de esencia divina ni de

esencia humana. Todo animal es capaz, en ciertas circunstancias, de hallar para sí mismo no reglas, sino una línea de conducta. Sin duda alguna, el animal está aún alejado del precepto «*No resistas al mal con el mal*», pero hay pocos hombres que comprendan y observen esta máxima, muy anterior a la fórmula cristiana: «*No hagas al prójimo lo que no quieras que te sea hecho.*»

Confieso que la ausencia de la palabra en las bestias es una de las causas de mi simpatía por ellas. Prefiero la dulce mirada de un perro y la triste mirada de un asno a las mentiras que algunos «civilizados» suelen relatar a los que no tienen aún el honor de conocer. Hay algo de cierto en esta ocurrencia, seguramente exagerada: «Cuanto más conozco a los hombres, más amo a las bestias.»

OSSIP-LOURIÉ

Algo de Paidología

Es cosa muy sabida que el progreso humano tiene su asiento y embrión en la escuela primaria.

De la mejor preparación de las juventudes depende la mejor sociedad futura.

Hemos de poner, pues, todos nuestros afanes, desvelos y cuidados en la educación de los niños. Al niño es al que hemos de modelar, pulir, despertar y encauzar. En una palabra, educarle o hacerle más apto para la vida.

No por eso se crea que soy partidario de una educación severa, en la que al niño lo formemos a nuestro antojo. Ni mucho menos. El niño debe vivir su vida de niño y no amargarle la vida tan prematuramente.

Los maestros, en ese continuo trato con los niños, nos encontramos con algunos de carácter hosco y huraño (sobre todo en los pueblecitos). ¿Cuál es el motivo? El principal es el medio en que viven. Desde su más tierna edad se ven obligados a practicar actos cuya finalidad desconocen y que no están capacitados para entenderlos. (Me refiero a las prácticas religiosas.) En el alma infantil, cual en cera blanda, quedan grabadas toda esa clase de supersticiones que le infunden temor y le hacen propicio para ser esclavo. Con la religión se trata de acallar la voz de la razón, apenas vislumbrada. Por ese motivo no nos hará caso el niño, o no le dará importancia, cuando nosotros le hablemos de asuntos científicos. Al explicar algo de Paleontología Prehistoria, etc., nos tomará por embusteros y nos dirá (si llega su franqueza a eso) que a él

se lo ha enseñado un señor, enlutado y serio, de muy distinta manera. Nos contará que Dios fue alfarero del hombre y que el mundo se hizo en unas cuantas jornadas.

No hay derecho a que nos diga que son ganancias que tenemos de complicar los asuntos y de hacer difícil el estudio. La causa de todo esto la encontramos en que para cuando llega a nuestras manos ya le han colocado los negros crepiones de la religión en su alma virginal.

Hay que destruir las causas, dejando que el niño (según el autor de *Emilio*) se desarrolle y viva libre de coacción o de imposición, y no amargarle su existencia al poco tiempo de haber comenzado a vivir. Dejemos que vuele su imaginación luminosa en alas de la fantasía, y no ahoguemos en el barro infecto del dogma (creador de fanáticos) sus iniciativas y su inteligencia. Tiempo tendrá de gustar la amargura de la fatal realidad.

CARONTE

El hombre no es libre para no hacer lo que le causa más placer que todas las acciones posibles.

El amor es como la fiebre; nace y se extingue sin que la voluntad tome en ello la menor parte. He aquí una de las principales diferencias entre el amor gusto y el amor pasión. No se puede uno ufanan de las bellas cualidades de lo que se ama, sino como de una «afortunada casualidad».

STENDHAL

Los "tests" de inteligencia y el desarrollo mental

Una aplicación importante de los «tests» de inteligencia consiste en el estudio de los factores que influyen en el desarrollo mental. Deseable es que seamos capaces de proteger al niño contra las influencias que afectan desfavorablemente su desenvolvimiento psíquico, pero mientras esas influencias no hayan sido examinadas, pesadas y medidas no dispondremos de otra cosa que de conjeturas o presunciones sobre las cuales apoyar los esfuerzos que se realicen para corregir el mal.

Cuando recurrimos a las obras de higiene infantil con el propósito de buscar datos concretos y seguros, de plena evidencia, respecto de los efectos perjudiciales que sobre las aptitudes mentales produce una mala o deficiente alimentación, los dientes en mal estado, la respiración defectuosa, el sueño insuficiente, la mala aireación, el poco ejercicio, etc., verdad es que nos encontramos con un sin fin de afirmaciones, pero lo cierto es también que no se basan en hechos claramente demostrados. En realidad, muy pocos son los conocimientos exactos que poseemos relativos a los efectos psíquicos producidos por cualquiera de los factores mencionados. Cuando el uso de «tests» mentales *contrastados* se haya generalizado mayormente de lo que lo está ahora, entonces será fácil descubrir y apreciar el valor de aquellas influencias de cualquiera que se manifiesten.

La cuestión más importante relativa a la herencia es la que se refiere a la de carácter intelectual; pero constituye también esto un problema que no puede de ninguna manera abordarse con éxito si no se cuenta con algún medio exacto para identificar la cosa objeto de estudio. Sin el empleo de escalas propias para medir la inteligencia no es posible dar una mejor contestación a lo que constituye la diferencia esencial entre un genio y un tonto que la que se encuentra en la leyenda o la ficción.

Aplicando lo dicho a los niños de escuela, significa que sin esos «tests» no es posible saber hasta qué punto las acciones mentales del alumno están determinadas por el medio circundante y hasta qué punto lo están por la herencia. La situación de las llamadas clases inferiores de la escala social o industrial, ¿es la consecuencia de sus dotes naturales, o se debe su aparente inferioridad simplemente a una deficiente enseñanza doméstica y escolar? ¿Es el genio más común entre los niños de las clases educadas, o entre los niños de las familias ignorantes y pobres? ¿Son las razas inferiores realmente así, o son simplemente desafortunadas en virtud de la falta de oportunidad para aprender?

Sólo los «tests» de inteligencia pueden contestar con acierto a esas preguntas, así como clarificar la materia prima con la cual la educación trabaja. Sin ellos jamás podremos distinguir los resultados de nuestros esfuerzos educacionales, en relación con un alumno dado, de los que fueron producidos por la influencia de las aptitudes congénitas del mismo.

Dichos «tests» nos habrían hecho saber, por ejemplo, si los muy discutidos «niños prodigio», como los muchachos Sidis y Wiener y la niña Storer, deben su precoz desarrollo intelectual a una enseñanza bien suministrada (como lo creen sus padres) o a una aptitud superior originaria. Los supuestos efectos sobre el desarrollo mental atribuidos a los nuevos métodos de educación intelectual, sobre los cuales se especula tan confiadamente de vez en cuando —el método Montessori y los varios sistemas de educación sensorial y motora para los débiles mentales, por ejemplo— tendrán necesariamente que ser revisados y contrastados por la misma clase de medición científica.

En todos estos campos es seguro que los «tests» de inteligencia desempeñarán un papel creciente en importancia a medida que su aplicación se generalice. A excepción del carácter moral, no hay nada tan significativo para el porvenir de un niño como el grado de su nivel intelectual. Es posible que aun la misma salud tenga menor influencia sobre la determinación del éxito en la vida que la que ejerce el nivel intelectual. Aunque la fuerza y la rapidez han tenido siempre un gran valor entre los animales inferiores, por lo que atañe a su supervivencia, hace tiempo que esos dos elementos han perdido su preeminencia en la lucha que sostiene el hombre por su vida. Para nosotros, la regla de la fuerza muscular se ha quebrado, y la inteligencia ha llegado a ser el factor decisivo para el éxito. Las escuelas, los ferrocarriles, las más grandes fábricas y los mayores establecimientos comerciales pueden ser dirigidos con acierto por personas físicamente débiles y aun por enfermos en cierto modo o grado.

El que tiene inteligencia mide constantemente las oportunidades que se oponen a su propia fuerza o debilidad y ajusta sus actos a sus aptitudes, siguiendo las direcciones que le permiten una más fácil realización de sus posibilidades individuales.

Preguntas y Respuestas

PREGUNTA: *¿Es perjudicial el que salga sangre por las narices? ¿Cómo se evita esto?*—Antonio Budría.

RESPUESTA: Si la hemorragia nasal es en pequeña cantidad o sólo de tarde en tarde tiene lugar, no es un síntoma peligroso, y en ocasiones individuos pletóricos, de edad avanzada, etcétera, puede ser una función derivativa útil que evite una congestión cerebral.

No obstante esto, si las hemorragias son copiosas o frecuentes, conviene averiguar la causa y tratarla. De momento, los mejores remedios son: la aplicación de compresas muy frías sobre la nuca, aspirar por la nariz un poco de agua fría con vinagre, colocar los brazos en alto y poner paños bien fríos sobre los lóbulos de las orejas, etcétera. Si esto no basta, se taponan las fosas nasales con una solución de antipirina.

PREGUNTAS: *¿Se conoce en la cara a las mujeres cuando están menstruando? ¿Son perjudiciales los baños de sol padeciendo estreñimiento?*—B. Santa reu.

RESPUESTAS: A la primera: No, señor. A la segunda: No, señor.

PREGUNTAS: *¿Es perjudicial la gimnasia a la mujer durante el periodo? Segunda, reservada.*—Una suscriptora.

RESPUESTAS: A la primera: Debe abstenerse de toda gimnasia durante la menstruación. A la segunda: El síntoma que indica puede ser causado por una excitación sexual no satisfecha, y, desde luego, además, a la inflamación, a las secuelas de alguna afección venérea, etc. Sin saber la causa no puedo indicarle tratamiento.

PREGUNTA: *¿El tener apenas barba a los veinte años significa ser menos hombre? ¿Cómo hacer para tener una barba fuerte y tupida?*—Anónimo.

RESPUESTA: Esa falta de barba que indica suele ser indicio de ciertas alteraciones de algunas glándulas de secreción interna que determinan a veces un verdadero infantilismo. No obstante, si usted está bien y sus funciones (sexuales sobre todo) se cumplen normalmente, ello no tiene ninguna importancia. De no ser así precisiaría verle personalmente para aconsejarle.

PREGUNTA: *¿Es peligrosa la operación de las hemorroides? ¿Podrían curar sin operación?*—C. González.

RESPUESTA: La intervención no es nada peligrosa, pero muchas veces las almorranas se curan sin operación alguna fácilmente. Hay fórmulas eficaces, y, sobre todo, el tratamiento eléctrico (Alta frecuencia y Diatermia). Si lo desea puede pedir cuestionario para tratamiento.

PREGUNTA: *¿A qué obedece tener los ojos uno de cada color?*—A. Guin.

RESPUESTA: A una anomalía de la distribución del pigmento o sustancia colorante del iris, que por lo común es idéntica en tonalidad y distribución en ambos ojos. Por lo demás, ello no supone una afección ni implica que se puedan tener defectos de refracción. La vista puede ser normal por completo.

PREGUNTA: *Los degenerados o pervertidos sexuales, ¿lo son por herencia o por influencia del ambiente?*

RESPUESTA: En toda perversión sexual hay siempre un factor degenerativo que ha hecho desviar el proceso evolutivo de la libido o la determinado su fijación anormal. El motivo, la causa ocasional han podido ser varios, pero el fondo o el substratum es casi siempre en los casos corrientes una tara degenerativa.

Esto no quiere decir que haya de negarse ni mucho menos la gran influencia que el ambiente o la educación puedan tener, tanto para determinar una perversión sexual (cuya latencia existe), como para corregirla, encauzando la sexualidad que amenaza desviarse. Por lo común ambos factores (fondo degenerativo o proceso de fijación de la Libido y ambiente o educación suelen aunarse para producir al invertido.

Si le interesan estas cuestiones, de la evolución del instinto sexual, le recomiendo sea las obras de Freud, tantas veces por mí citadas.

PREGUNTA: *¿Debe la mujer abstenerse de lavados vaginales durante la menstruación?*

RESPUESTA: Sí; es conveniente suspenderlos hasta pasar el período.

Sus demás preguntas exigen petición de cuestionario.

PREGUNTAS: *¿A qué es debido que una mujer se niegue a continuar las relaciones sexuales que, hasta entonces, había aceptado? ¿A qué es debido que no amando a una persona se reciba de ella un regalo y se enamore entonces locamente? ¿A qué es debido ser corto de respiración?*—Silvino Fernández.

RESPUESTAS: A la primera: ¡Quién sabe, amigo!... Misterios del alma femenina.

A la segunda: Pero, ¿está usted seguro de eso, hombre?...

A la tercera: Probablemente a poca capacidad respiratoria. Los ejercicios de gimnasia respiratoria pueden corregir este defecto.

PREGUNTA: *¿Qué influencia, en favor o en contra, desde el punto de vista de su evolución, puede haber entre poner un cuerpo muerto en tierra o la cremación?*—Antonio Bellver.

RESPUESTA: Cuestión es ésta, amigo, que quisiera poder explayarle con más extensión por su interés indudable, pero he de hacerlo brevemente.

LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

ÉPOCA MODERNA. - ALEMANIA



Desde el neoclasicismo, que, en forma de estilo Imperio, nace en el ensangrentado campo de la Revolución francesa, nos lleva una nueva fase de la evolución al realismo, que, a su vez, vuelve a idealizarse. A esta fase de la evolución artística pertenece la presente reproducción del gran maestro alemán Jerman, titulada «Desco ardiente», que publicamos junto con la fotografía hecha por el artista del mismo modelo que le sirvió para esta gran creación. Esta figura, como otras tantas modernas, se diferencia de las del mundo antiguo por la más minuciosa factura de la superficie del cuerpo, que sólo puede obtenerse mediante un profundo conocimiento anatómico.

LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

ÉPOCA CLÁSICA. - GRECIA



Al grupo de las obras del sublime escultor griego Praxiteles pertenece, como indudablemente auténtica, el «Hermes Olímpico», que, según relatos de la época, estaba colocado en la pared lateral derecha del templo de Hera (Juno), en donde fué encontrada.

En vez de las superficies vigorosas y de rudos contornos del «Hércules» que publicamos en el número anterior, encontramos en esta estatua un modelado suave, que evita todas las transiciones duras y la más leve esquematización; la piel vive, la Naturaleza y el Arte se funden en un todo armónico y ni un solo defecto anatómico se descubre en este soberbio fragmento de serena belleza clásica. Enfrente de esta obra de Arte reproducimos la figura de un joven italiano, de formas análogas, sólo en conjunto un poco más flacas, para demostrar con cuánta exactitud se atuvo el artista a la vida real, y cómo, evitando singularidades, se elevó desde el individuo hasta el ideal y permaneció fiel a la depurada quintaesencia de la más noble y más pura humanidad.

El «Hermes Olímpico» es una figura juvenil; en el brazo izquierdo, que tiene apoyado, lleva al niño Baco, y con la mano derecha, levantada en alto (rota en el original), le presenta un racimo de uvas; su mirada vaga soñadora por el espacio.

El reposo majestuoso y sereno de sus bellas facciones; la magnificencia del flexible cuerpo, vigoroso y delicado a un tiempo; la habilidad, por nadie más alcanzada, en el modo de tratar el mármol, que infunde en éste la vida, hacen de esta figura incomparable la obra más soberbia que la mano del hombre ha producido.



por imperativos del arduo trabajo, remitiendo a usted, para más detalles, a las obras donde pueda encontrar más amplia información.

Para los que compartimos las enseñanzas Teosóficas y, por ende, creemos que la muerte no es sino un tránsito y una liberación de principios superiores, la cremación es siempre preferible, ya que facilita y acelera esta disociación de principios o la dicha liberación de ciertos vehículos, en tanto que la lenta descomposición del cuerpo físico en tierra, la retarda en gran manera. Desde el punto de vista higiénico, la cremación es también preferible. Entre la copiosa bibliografía que puede usted leer le aconsejo como estudio preliminar *Isis sin velo*, de H. P. Blawatski, y las obras de Leadbeater y A. Besant.

PREGUNTA: *Sobre cambio de régimen.*—Agustín Sanz.

RESPUESTA: Puede usted, sin duda alguna, hacerse vegetariano, a pesar de los reparos que indica. No dude, que saldrá ganando siempre. Si lo desea puede pedir cuestionario para indicarle científicamente las normas a seguir en este cambio.

PREGUNTAS: *¿Cuántas deposiciones diarias deben hacerse normalmente? ¿Qué perjudica más, el alcohol o el tabaco?*—Antonio Mur.

RESPUESTAS: A la primera: En estricta normalidad el intestino debe evacuarse dos o tres veces diarias, tantas como comidas se hacen, y las deposiciones no han de ser diarreas, sino bien formadas y escasamente fétidas. Todo lo que no sea esto, ya no es normal.

A la segunda: El alcohol, pero también el tabaco perjudica mucho. Tanto uno como otro tóxico no obran de momento, si o lentamente y sus efectos son, por ello, tardíos, pero no menos desastrosos.

PREGUNTAS: *¿Es signo grave que a un niño de tres años no le hayan descendido aún los testículos? ¿Se cura la gastrocoloposis?*—Fraternal.

RESPUESTAS: A la primera: No, señor, pero puede ser un obstáculo futuro, si no descienden para ser apto como fecundador.

A la segunda: El descenso de estómago e intestino es casi siempre curable si no es muy antiguo o en persona de mucha edad.

PREGUNTAS: *Sobre una fórmula para lavarse la cabeza.*—Francisco Martí.

RESPUESTA: En la fórmula indicada, la quina y el abrotano macho, se refieren a los productos en sustancia (o sea raíz de quina y el abrotano), que se han de poner en maceración en el petróleo durante bastantes días, filtrando luego.

PREGUNTAS: *¿Es cierto que el peso del cerebro de la mujer es inferior al del hombre? ¿Es menor su inteligencia por esto?*—Francisco Camacho.

RESPUESTAS: En un libro de Nováa Santos, intitulado *La indigencia espiritual de la mujer*, se da una porción de argumentos y pruebas de esta inferioridad mental de la mujer. Pero ello no es absoluto ni mucho menos, y hay frecuentemente casos de mujeres mucho más inteligentes que muchos hombres. Lo que sucede es que la mujer

ha sido hasta ahora relegada a la categoría de mueble útil y le han sido vedados casi siempre los medios de educación mental e instrucción necesarios para ir ejercitando su intelecto, y esta postergación a través de muchas generaciones ha tenido que producir su efecto, por herencia, de ir aminorando la capacidad mental de su sexo. Todo órgano que no se ejercita o cultiva va amenguando su capacidad funcional.

En el momento actual, la mujer empieza un camino ascendente de emancipación y conquista de sus legítimos derechos y es de esperar que la inferioridad mental femenina (casi regla general hoy por las causas antedichas) deje de ser pronto una realidad. Hoy, en efecto, el cerebro de la mujer es más pequeño y de menor densidad que el del hombre, pero cuando ese cerebro se haya desarrollado por su actividad puesta al servicio del estudio, después de algunas generaciones, no sabemos si sus aptitudes serán iguales o aun superiores a las del sexo fuerte.

Preguntas de José Torn.

RESPUESTA: Haga el favor de escribir con letra más clara, porque no ha sido posible descifrar su escrito.

PREGUNTA: *Del señor don José Suárez Sánchez.*

RESPUESTA: La segunda fórmula de las que indica es la preferible.

PREGUNTA: *Del señor don Fernando Borrell.*

RESPUESTA: Nada se sabe positivamente sobre lo que indica.

PREGUNTA: *¿Podría usted extenderse en detalles demostrativos de que el hombre es frugívoro y no carnívoro?*—Luis G. Sáez.

RESPUESTA: Podría hasta el punto de escribir un libro o de emplear varios números íntegros de ESTUDIOS para explayar esta cuestión. Pero esto no me es posible, como usted muy bien comprenderá. No hay ningún detalle, fíjese bien, digo ningún detalle, anatómico, ni fisiológico, ni filogénico, ni filosófico ni moral que pueda probar que el hombre es carnívoro.

Que el hombre es frugívoro por naturaleza, desde Cuvier, se sabe y no cabe discutirlo. Argumentos y pruebas tales pueden aducirse que no admiten réplica científica. Pero de esto hay multitud de obras que puede usted ver, ya que no me sea posible, en el poco espacio de que aquí dispongo, extenderme como quisiera.

Le aconsejo lea entre otras obras *Vegetarismo o carnivorismo*, de Strittmater, y la gran obra del doctor Paul Cartou (en francés), *Traité de Médecine, d'Alimentation et d'Hygiène Naturalistes*. Donde, de seguro, hallará cuantos argumentos y pruebas solicita.

Desde luego, el hombre primitivo sin medios de defensa, sin armas, no pudo ni pensar en la más remota posibilidad de satisfacer sus necesidades nutritivas fuera de lo que tenía a su alcance (frutas, raíces, etc.), y todo lo más huevos de nidos). Hubo de ser frugívoro necesariamente.

Además, su fórmula dental es idéntica a la de

los monos antropoides (frugívoros), su composición salival, la de sus jugos digestivos y toda la química de la digestión, la longitud de su aparato digestivo, la conformación de sus manos, sus instintos, su moral, etc., etc., todo es según corresponde a su naturaleza de animal frugívoro y no carnívoro, ni aun omnívoro siquiera.

Preguntantes cuyas preguntas ya han sido contestadas en números anteriores de ESTUDIOS.—Las de los señores C. C. C.; Un gaditano; Francisco Llorca; Emilio Alejandro; Antonio Amat; F. Alonso Barrio; Ramón Ariño, y J. Sagrera.

Preguntantes cuyas preguntas, por constituir consultas, precisan pedir cuestionario (si lo de-

sean pueden pedirlo enviando sello).—Señores José Iparraguerrigoitia; Un lector de ESTUDIOS (Sevilla); Ignacia Luloaga; Una lectora de ESTUDIOS (Córdoba); M. Torremolinos; Enrique Jordá; P. Pol. Vilardaga; José Castaño (Asturias); Manuel Sastre; Rafael Lucena; Un joven rebelde; J. Weichsel; Un admirador de ESTUDIOS (Málaga); G. V. (Utrera); Vresany; E. Muñoz; L. Rodríguez (Nueva York); Un lector de ESTUDIOS (Gijón); J. Pina, y Dativo Pérez.

R. REMARTÍNEZ

Médico fisiatra

Carta abierta a los trabajadores del campo

TRABAJADORES DEL CAMPO Y TRABAJADORES DE LA CIUDAD

Cuesta poco enseñar a cualquiera a reconocer la diferencia sensible que existe entre el trabajo realizado por los trabajadores del campo y aquel al que se entregan los trabajadores de la ciudad. En las condiciones particulares en que se ejecutan estos dos géneros de trabajo es, sobre todo, donde hay que buscar la diferencia. De una manera general, pequeños propietarios, o en camino de llegar a serlo un día u otro —aun trabajando momentáneamente por cuenta ajena—, los trabajadores del campo llevan a su tarea un interés tanto más vivo cuanto más independientes son.

El campesino que trabaja por su cuenta es en cierto modo su amo; el que trabaja por cuenta de otro está bastante menos sujeto que el obrero de fábrica a una vigilancia exasperante: tan continua es. Mientras que éste trabaja desde la mañana a la noche, aquí en inmensos edificios, allá en sombríos talleres, en pie o sentado, detrás de una máquina, de un banco o de un mostrador, el obrero del campo trabaja al aire libre, en contacto con los espectáculos de la Naturaleza. Es saludado al partir para el trabajo por la aurora bermeja, y las puestas de sol resplandecientes le acompañan a su vuelta.

El obrero de la ciudad es, la mayor parte del tiempo, una especie de autómatas cuya misión acaba por consistir, cada día más, únicamente en vigilar los movimientos de un artefacto mecánico que confecciona tal o cual pieza suelta, o tal o cual parte de pieza, invariablemente la misma. El trabajador del campo es un productor que se afana rudamente y al cual le son ne-

cesarias grandes cualidades de observación si quiere hacer rendir al suelo todo lo que es susceptible de producir. El estudio y la utilización de los fenómenos meteorológicos, por ejemplo, juegan un papel importante en la producción agrícola. Lo mismo el conocimiento de los diferentes terrenos. Lo mismo la lucha contra los insectos saqueadores y las malas plantas de toda especie. ¡Qué esfuerzo ha sido necesario desplegar para que tal terreno, tal viña, tal árbol dé su cosecha! ¡Cuántas circunstanancias ha habido que combatir, cuántos enemigos ha sido preciso estrangular, aniquilar! ¡Cuán poca cuenta se dan los consumidores de las ciudades, que van al mercado de su localidad un día cada semana, del esfuerzo que ha sido indispensable suministrar para presentar legumbres y frutas en estado de ser vendidas! Son estos esfuerzos, estas inquietudes, estos cuidados, los que hacen que no solamente el trabajador agrícola se interese por su trabajo, sino también que lo ame, que lo ame como el artesano de otro tiempo amaba su obra.

El trabajador de la ciudad, que pasa fácilmente de un trabajo a otro, no tiene apego a ninguno; realiza maquinalmente lo que tiene que hacer; no siente, por otra parte, muchas veces, ninguna inclinación por su oficio; su producción le es tanto más indiferente cuanto que nada le pertenece individualmente. Poco le importa, después de todo, el primor de ejecución o la utilidad del fragmento de primera materia que transforma. Lo interesante para él es no ser despedido del taller o de la fábrica que le emplea, y cobrar su salario al fin de la semana, de la quincena o del mes. Nada importa al obrero de la ciudad producir «tela» desde el primero de enero hasta el 31 de diciembre, puesto que su producto es anóni-

mo. Y si éste queda de cuenta del industrial que le suministra la máquina o el instrumento de trabajo, le tiene sin cuidado; ¿no ha cobrado su salario? Por otra parte, el hecho de que sea considerado por su patrono como un simple medio de procurarse beneficios, apenas puede llevarle a preocuparse de la calidad de su producción maquinaal.

Sucedo todo lo contrario al trabajador del campo, al cual pertenece una parte, si no la totalidad de su producción, sea pequeño propietario o, aun trabajando como jornalero en alguna finca, posea un pequeño trozo de tierra. El que produce para su propio consumo tiene un interés primordial en que su producción sea de buena calidad. Lo mismo el que cede directamente, sin intermediario, su producto al consumidor. Aun allí donde hay intermediario, aun allí donde el trabajo es hecho por cuenta de otro, se tiene más interés en un producto del que se sigue, por decirlo así, el desenvolvimiento, paso a paso que en una producción de la que no se confecciona más que un fragmento.

La adopción general de los instrumentos mecánicos no tendrá jamás entre los trabajadores del campo la repercusión que ha tenido entre los trabajadores de la ciudad. El trabajo agrícola implica una lucha demasiado viva, demasiado continua contra toda suerte de circunstancias que interesan directamente al buen resultado del producto; reclama un interés personal demasiado sostenido por parte del campesino para que éste sea jamás reducido al papel de conductor o de vigilante de un artefacto mecánico.

LA TIERRA «PROPIEDAD» DEL CAMPESINO

Todas estas consideraciones explican, ¡oh, trabajadores del campo! — y se podrían exponer muchísimas más —, que ni los perezosos ni los que tienen la vida fácil sean de vuestro grado. Vosotros dais vuestro esfuerzo con creces, todo vuestro esfuerzo, para mirar con buenos ojos al que no se fatiga o se ingenia en vivir sin hacer nada. Vuestra existencia es ruda; vuestro trabajo es siempre penoso, y en ciertas épocas del año abrumador. Por eso no os agrada aquel que, según vosotros, alcanzan el dinero fácilmente: el tendero que sólo tiene que esperar detrás de su mostrador a que llegue el cliente o el viajante de comercio. Cuando vosotros llegáis a ser independientes es a la fuerza de privaciones y de años de lucha perseverante. Esto explica vuestra aversión por los que ganan su pan ejerciendo una profesión liberal, como por todos los que no producen con un esfuerzo muscular semejante al vuestro. Hay en eso, por vuestra parte, reconocedlo, una estrechez de miras difícil de justificar.

Se comprende más bien que tendáis a poseer el suelo que cultiváis. Para llevarlo al punto de rendimiento en que está, ¡cuántos años de traba-

jo, de riesgo, de espera paciente! Es una gran parte de vuestro pensamiento, de vuestra carne, de vuestra sangre lo que se ha sumido y condensado en esa parcela de tierra de cultivo que tantas veces habéis labrado. Vuestra tierra no es una herramienta, una máquina que cambia todos los días de dueño: vuestra tierra es la prolongación de vosotros mismos, vuestra propiedad. No es ni del vecino, ni del Estado ni de un agrupamiento de intereses cualquiera: es vuestra. Y porque es vuestra es por lo que no lamentáis ni el sudor ni la fatiga. Sí, la amáis como un creador ama su creación y una madre al niño que ha salido de sus entrañas. He ahí lo que han olvidado tener en cuenta los detractores de la pequeña propiedad agrícola, sin duda porque desconocen la vida de los trabajadores rurales.

LOS PREJUICIOS ALDEANOS Y EL INDIVIDUALISMO CAMPE- SINO

Cualesquiera que sean vuestras cualidades de asiduidad y de resistencia, vuestro carácter, sin embargo, tomado en conjunto, no carece de partes criticables. Una de éstas es vuestra desconfianza respecto a lo nuevo, a lo que se sale de la rutina tradicional. De ahí un apego pasado de moda a costumbres y prejuicios cuya persistencia cuesta trabajo explicarse.

Un estudio profundo de la supervivencia de la mayor parte de esas maneras de proceder muestra que no estáis aún desembarazados de los restos del servilismo a que vuestros antepasados estuvieron sujetos respecto a su señor y al compinche de éste en lo espiritual: el cura. El señor feudal tiene aún, muy frecuentemente, demasiada influencia sobre vuestra vida, y el cura cuenta con la confianza de muchos de vosotros. Tal vez un recuerdo oscuro y lejano os hace ver en el señor feudal algo así como el sucesor de los conquistadores de otro tiempo, de los guerreros albardados de hierro que os protegían contra las incursiones de los saltadores de caminos; tal vez un recuerdo más antiguo aún os hace percibir en el cura al hombre capaz de conjurar las buenas o las malas influencias de la Naturaleza, al mago hechicero, en una palabra, sin tener en cuenta que jamás ha hecho otra cosa que estar aparentemente bien con todo el mundo (lo que nunca es peligroso), sobre todo con los que detentan una parte cualquiera de influencia o de riqueza (lo que puede ser beneficioso llegada la ocasión).

Sin embargo, a pesar de estos signos exteriores, a pesar del respeto que testimoniáis a los favorecidos por la suerte o la fortuna, los que os conocen saben que, tomados individualmente, sois de una independencia bravía, y que os repugna cualquier acto que trate de intervenir en vuestra vida privada, cualquier amenaza de usurpar lo que poseéis o de limitar vuestra libertad en un

sentido cualquiera. Aborrecéis a los agentes del fisco, detestáis a la guardia civil y no os agrada ver al guarda rural seguidos de cerca cuando os dirigís hacia el río o el bosque próximo. Hay siempre en vosotros algo del merodeador y del cazador furtivo. Es instintivo. Sólo porque se os obliga cumplís el servicio militar. Pagáis el impuesto a disgusto. La experiencia os ha enseñado que sobre vosotros recae en general la mayor parte de las cargas públicas. ¿Sucede esto porque sois menos inconstantes que las gentes de la ciudad, menos astutos, y porque estáis menos al corriente que ellas de las estratagemas que son precisas para «dividir la carga», según una locución de cuartel harto conocida? Sea por lo que fuere, el hecho es ése.

Volviendo a vuestra desconfianza de lo nuevo, de lo que tiende a hacer salir de la rutina, resulta que sois menos accesibles que los trabajadores de las ciudades a los innovadores y a los propagandistas de ideas llamadas «avanzadas». Esto, sin tomaros el trabajo de preguntaros si esas ideas, temibles cuando no se conocen, son tan extrañas a vuestro temperamento como parecen. Sé perfectamente que colocáis al propagandista de ideas nuevas entre los «soñadores», los artistas, los poetas, los escritores, los filósofos, los investigadores de una u otra especie, gentes todas que ignoran todo o casi todo lo concerniente al cultivo. Sé perfectamente que, considerados desde detrás del arado que abre el surco, esos «soñadores» os parecen demasiado ruines, demasiado mezquinos, ocupados solamente en ennegrecer el papel o en preparar lo que habrán de decir a un auditorio cualquiera. Esto es un error. Los que saben a qué atenerse no ignoran que la siembra de las ideas va acompañada, desde el punto de vista intelectual, de muchedumbre de dificultades y de preocupaciones particulares. Las ideas no producen el céntuplo, ¡ay!, y los que las siembran mueren lo más frecuentemente antes de haber visto coger la cosecha.

He dicho antes que es *exteriormente* como parecéis apegados a costumbres y a prejuicios que no resisten un examen crítico. Entiendo por esto todo un conjunto de cadenas y de lazos legales y morales, religiosos y laicos, de conveniencia y de tradición que es de buen tono respetar, los cuales acaban por constituir un peso enorme para llevarlo consigo a lo largo del camino de la vida, ya bastante áspero de seguir por sí mismo. Resta saber si, en vuestro fuero íntimo, sois tan partidarios de esos reglamentos y de esas conveniencias como parecéis. Por ejemplo, la moral convencional, ¿no estáis dispuestos a renunciar a ella en cuanto vuestro instinto vence y —condición esencial, ¡ay!,— en cuanto no se os ve? ¿Las conveniencias? Una vez la puerta cerrada, y estando seguros de que nadie extraño os escucha, ¿no estáis de acuerdo conmigo en que muchas son absurdas y anticuadas? ¿La ley? ¡Ah! Cuando os molesta, ¿no sois vosotros los que, dentro de ella misma, resistís y murmuráis más? El Estado,

las instituciones parlamentarias, las jerarquías y las combinaciones administrativas, apenas si, en el fondo, cuentan con vuestra simpatía.

Por consiguiente, la idea de una raza, de una especie humana en la cual cada uno será libre de conducirse como su naturaleza le impulse, como sus reflexiones le determinen, a condición de no molestar al prójimo, de no mezclarse en lo que éste sea o tenga, de no obligarle a hacer lo que él haga, no os es antipática. La idea de una especie humana dividida en una infinidad de asociaciones, grandes o pequeñas, y para toda suerte de fines, rigiéndose cada una a su antojo, sin que ninguna piense invadir el terreno de las otras, y estando concedida toda latitud a las familias y a los aislados que quieran vivir fuera de toda asociación, no os es más antipática que la anterior. Guardáis vuestra antipatía, por lo que sé, para los gobiernos, para las direcciones, para las centralizaciones, para las dictaduras, para los tribunales, para las prisiones, para toda la complicación administrativa, en fin.

Vuestra respuesta es, probablemente, que esta no es la primera vez que oís hablar así, y que, en efecto, no sois de ningún modo hostiles a la existencia de un estado de cosas y de un estado de espíritu que permitan a cada uno hacer lo que piense y juzgue mejor para vivir su vida personal lo más plenamente posible, a condición de no impedir a los demás vivir según su voluntad, y esto sin que el Estado, la ley o una autoridad cualquiera se mezcle; que os parece equitativo que cada uno regule su existencia como más le convenga, sin preocuparse de las convenciones reinantes, con tal que el prójimo no esté obligado a hacer lo mismo que él; que comprendéis perfectamente que, según su temperamento, sus reflexiones y sus aspiraciones, el hombre sea ateo o creyente, partidario del trabajo en asociación o aisladamente, y que se limite a una experiencia amorosa o experimente varias, unas después de otras o a la vez, y así sucesivamente en todos los dominios; pero que, admitido esto, los propagandistas de las ideas que ellos creen propias para renovar la vida social preconizan y proclaman, unos, la socialización legal de los productos y de los instrumentos de producción; otros, el comunismo de toda la producción, cualesquiera que ésta sea, a fin de que el consumidor pueda recibir o tomar lo que necesite, ya porque el Estado —y esto es el socialismo— le pida cuenta de su trabajo, ya porque la comunidad —y esto es el comunismo extremo— no se preocupe de nada; y, tanto en uno como en otro de esos sistemas de organización social, hay condiciones de funcionamiento que chocan con vuestra concepción de la equidad.

E. ARMAND

(Continuará.)

¿Coeducación o coinstrucción?

Leo y oigo constantemente hablar de la *coeducación* como parte integrante de las tendencias vanguardistas; y saco en conclusión, o que quienes dan a esta palabra el estricto valor que tiene están ayunos de biología y otras cosas, o que la confunden lamentablemente con la coinstrucción. Si es esto último, convendría la emienda; si lo primero, yo no puedo aceptarlo de ninguna manera.

El fondo de la educación es genuinamente natural; el de la instrucción, eminentemente artificial. Por la educación se persigue armonizar las leyes naturales con el artificialismo social para cumplir la misión racial de cada ser. La instrucción está fundada toda en el artificialismo profesional; ha nacido de la evolución social que ha conducido a los hombres a una lucha metódica por el condomio. Instruir es artificializar, capacitando para una profesión. Educar es hacer compatible el artificialismo social con la misión natural. El alcance de la educación queda limitado por las leyes inalienables de la biología. El de la instrucción es prácticamente ilimitado y variable.

Para derribar en sana lógica las falsas bases de la presunta excelencia de la coeducación no necesitamos sino demostrar las diferencias biológicas, la misión natural y las posibilidades de ambos sexos.

Somáticamente no se limitan las diferencias a la estética, sino que penetran hasta el fondo fisiológico de tal manera que es imposible la absoluta identidad ni en un solo detalle. En la sangre del hombre existen cinco millones de hematíes por milímetro cúbico, y en la de la mujer, cuatro millones y medio. El peso de los corpúsculos contenidos en cien gramos de sangre desfibrinada alcanza una media de 48 gramos en el hombre y 35 en la mujer. En la masa total de la sangre se ha calculado una cantidad de hemoglobina de un 13,8 % para el hombre y de un 12,6 % para la mujer. Sappey ha formulado siete conclusiones relativas al peso que demuestran la aritmia y notable diferencia entre ambos sexos. El esqueleto y los músculos son notablemente más febles en el sexo femenino. El corazón siempre es también inferior en la mujer: a la edad de cinco a nueve años, por ejemplo, mide 59 milímetros de longitud y 63 de anchura en el niño, y 50 y 56, respectivamente, en la niña. El cerebro pesa constantemente cien gramos menos en la mujer que en el hombre. El peso absoluto de los pulmones y lo mismo el de todas las vísceras es también inferior. La cantidad y distribución de las grasas, del tejido conjuntivo y de los pelos es notablemente diferente en ambos sexos.

Veamos cómo, fisiológicamente, existe un abismo diferencial entre el hombre y la mujer, pero aún resulta tenue si lo comparamos con el de sus mundos psíquicos. El mundo espiritual de la mujer está poblado de fantasmas místicos; en él brilla la fe por incapacidad biológica de arideces intelectivas; el amor, el altruismo, la pasividad, la dulzura, la renunciación, previsión, economía, el detalle, la curiosidad, la coquetería, la superficialidad y, en fin, una serie de facultades y sentimientos característicos disarman el mundo psíquico de la mujer del mundo del hombre, que es vigor, intrépidez, actividad, afán de dominio y triunfo, capacidad intelectual, claridad de percepción, amor al trabajo y a los placeres materiales, nobleza, valor, acometividad...

Y todas estas diferencias físicas y psíquicas no son un capricho del azar, sino leyes ineludibles de biología que la Especie ha sabido colocar en cada individuo para asegurar su permanencia.

Lipschutz, Steinach, Champy e infinidad de fisiólogos han demostrado ya experimentalmente que esos mundos tan diferentes son determinados por las hormonas de las secreciones internas de las glándulas sexuales. A estas hormonas, completamente diferentes en cada sexo e iguales en todos los animales, debe el cerebro su erotización hacia mundos psíquicos característicos, como el soma, su estética y su bioquímica.

Todo el tinglado femenino está maravillosamente dispuesto para un fin: la maternidad. La hormona ovárica determina físicamente reservas adiposas que serán necesarias para compensar pérdidas de sangre naturales o nutrición del embrión y feto o secreción láctea; psíquicamente determina previsión, que será precisa para los grandes períodos en que la maternidad la imposibilitará para la conquista de alimentos. La hormona testicular determina músculo y vigor, puesto que para nada necesitará el macho reservas adiposas y sí, en cambio, precisa siempre capacidad de acción para la captación de alimentos para sí, su hembra y prole.

Parece que biológicamente la Especie ha sido algo injusta en esta distribución de misiones, convirtiendo a la mujer en víctima propiciatoria al encadenar tiránicamente toda su vida al sexo hasta absorberla en absoluto; por lo que resulta incompatible la maternidad con el profesionalismo.

En el dúo del amor, tributo a la Especie, la misión biológica del hombre termina con el coito. El resto de su actuación es puramente ética, si bien imperativa y de raíces fisiológicas, pues a

ella conduce la erotización cerebral por los autocoides sexuales.

Vemos, pues, cómo la misión natural del hombre es diametralmente opuesta a la de la mujer.

La educación puede considerarse como una terapia capaz de desviar la trayectoria biológica, cuando se enfoca descauzada; y esto tiene que ocurrir en la coeducación, puesto que siendo los fines distintos los del hombre y la mujer, no pueden convenir para ambos las mismas orientaciones.

Ya estamos viendo actualmente, aunque por fortuna parece que se inicia la reacción, los efectos de esta tendencia de la coeducación admitida sin análisis: la mujer carabina y el hombre efebo, preludio de una fatal degeneración racial.

Si basamos, como no podemos menos de hacerlo, el ideal social en la evolución eugénica, nuestro mayor enemigo será la coeducación, que conduce a la Humanidad a un caos intersexual ruinoso.

Se ha confundido demasiado la educación y la instrucción. A que una mujer aprenda a ser médico, abogado, etc., y se instruya para ello en las mismas aulas que los hombres, se le llama coeducación. Y como la misma alumna toma por educación su instrucción, se cree en el deber de masculinizarse más de lo que está atávicamente y que se reveló en el momento que quiso adquirir una profesión.

La coinstrucción, si bien biológicamente también repugna, porque la mujer no debe ser nunca instrumento de trabajo, socialmente hay que admitirla por el derecho indiscutible que tiene a su independencia económica, por lo menos mientras los hombres no puedan o no sepan dar esta independencia sin más garantías ni compensación que su femineidad. Pero no olvidemos que, si paralelamente a la coinstrucción no se atiende con urgencia a una educación genuinamente masculina para el hombre y femenina para la mujer, la hecatombe intersexual hará para la Humanidad otra Sodoma con su final de exterminio.

Y no es esto aspirar a la mujer esclava, instrumento de placer y máquina de parir, sino a la mujer libre del dogal del trabajo y plena de femineidad, que para ella será salud y euforia y para la sociedad eugenesia.

A. G. LLURADÓ

Nadie ha proclamado hasta ahora esta gran verdad: que la mujer, a medida que avanza en edad, se hace cada vez más mujer. Si, su femineidad va incesantemente aumentando; la mujer no afloja en lo que se refiere al sexo, sino, al contrario, madura hasta muy dentro del invierno.

KARIN MICHAELIS

Paqueteros morosos

Recomendamos a los Grupos Pro-Cultura y compañeros afines de las localidades en donde residen los sujetos de la siguiente lista, por si ellos encuentran algún medio convincente que les haga comprender la obligación que tienen de pagar el material que tienen vendido. A nosotros, a pesar de haberles escrito varias veces requiriéndoles para el pago, no nos han hecho el menor caso.

	Ptas.
ALCAZARQUIVIR, Lucio González	37'70
ALMADEN, Agustín Gallego Sagra.	121'05
ALMANSA, Antonio Tarín	48'—
ALMANSA, Pedro Martínez (librería)	30'15
ALMANSA, Julián López (librería) ...	24'15
ALMUDEVAR, Alberto Bueno... ..	39'40
BARCELONA, Jesús Manuel Gil	22'
BILBAO, Victoriano Balbás	15'—
BUÑOL, José Perelló	47'20
CANETE DE LAS TORRES, Manuel Mudarra	126'70
CEUTA, Miguel D'Lom (librería) ...	106'—
CEUTA, Pedro de Eguilaz (librería) ...	48'80
CIEZA, Fructuoso Martínez	40'30
CORDOBA, Manuel Numancia	25'—
ELDA, José Tortosa	81'50
EL FERROL, Manuel Iglesias (Librería Cervantes)	95'75
GRANADA, Domingo Campiña (Casa del Pueblo)	107'55
HUESCA, Inocencio Castañ	71'—
JEREZ DE LA FRONTERA, Miguel Gener (librería)	48'—
MÁLAGA, Juan González	145'20
MANZANARES, Antonio Hernández	56'20
MEDINA DE RIOSECO, F. Iglesias Salvador (imprenta)	40'60
MIERES, Perfecto Benito	36'—
PEÑARROYA - PUEBLO NUEVO, José Rubio	92'70
PÉTREL, Francisco Bernabeu	66'35
REUS, Domingo Franquet	83'80
SANTA CRUZ DE TENERIFE, Juan Pedro Ascanio	52'75
SANTANDER, Antonio Solana	267'95
SAN FERNANDO, P. Lucio Canavate	57'20
TORRELAVEGA, José Ceballos	100'—
UTRERA, Tomás Martínez	57'45
VINAROS, Sebastián Forner	78'25
ZARAGOZA, Enrique Gracia	154'—

* * *

A medida que vayan liquidando iremos retirándolos de la presente lista. En números sucesivos iremos publicando otros, si antes no liquidan sus débitos.

Lucha entre dos mentalidades

Entre el farrago de luchas y problemas que encauzan la atención de los países que llamamos civilizados, ha llegado a un lugar preeminente y particularmente visible la secular lucha entre la mentalidad humanista y racional y la concepción antinatural y antihumana de las cosas y de las relaciones que se refieren a los hombres.

La lucha es antiquísima. El sentido humano ha vencido, en ellas algunas veces, pero siempre, ha caído, errando el camino, en los mismos defectos que combatió.

Se ha derribado imperios; se ha ajusticiado Césares; se ha luchado en todos los campos, en todos los aspectos y con todas las armas para abatir a la autoridad engreída y soberbia, pero siempre se ha vuelto a edificar la sociedad y la base de las relaciones humanas en un principio de autoridad.

En ese tejer y destejer no siempre se ha alcanzado más razón y más justicia. Muchas veces se ha atropellado la poca razón y la poca justicia ambiente, alegando una libertad y una justicia que, puestas en práctica, resultan un sarcasmo y una burla a la libertad y a la justicia.

Esta consecuencia negativa, hasta ahora de las revoluciones, ha sido debida a que se ha creído siempre que la libertad, la razón y la justicia eran cosas que podían y debían ser impuestas autoritariamente, tiránicamente, sin darse cuenta de que la libertad impuesta, por la misma razón de ser impuesta, deja de ser libertad porque deja de ser libre.

Las revoluciones, hasta hoy, no han sido, para el conjunto humano, más que un cambio de postura, un cambio de hombres, un cambio de formas de Gobierno o un cambio de forma de tiranía. A todos aquellos —que son la inmensa mayoría, la casi totalidad— que han estado al margen del cambio de postura, que se han mantenido neutrales en el cambio de hombres, indiferentes o engañados al cambio de forma de Gobierno o al cambio de forma de tiranía; todos aquellos que directa o indirectamente no han intervenido en la cosa hecha, no se han dado cuenta del cambio operado a no ser que la opresión y la tiranía cambien de dirección o de sentido. En todo lo demás, que la opresión o la tiranía sea blanca o sea negra, sea amarilla o sea roja; para el que no esté en el intrínsculo de la cosa hecha, para el que no es pescador en río revuelto, no deja de serle presión y tiranía; no deja de verse oprimido y tiranizado.

Eso nos lleva a la lógica consecuencia de que difícilmente puede tener cualquier fracción humana, política o social más razón que otra, si no se basa en el sentido biológico de la razón humana, si no es humano por excelencia. Y la razón humana, en este sentido, no puede ser

blanca ni negra, amarilla o roja; debe ser la razón que convenga por igual a toda la Humanidad; la razón de todos. La poca razón, parcial que, individualmente, puedan tener los partidos —sociales o políticos—, las sectas y las diferentes tendencias ideológicas, dejan de tenerla desde el momento que quieren imponerla a sus semejantes. Mi razón impuesta nunca será razón ni razonable.

¿Habrà quien entienda, con eso, que debe abandonarse la lucha porque resulte negativo imponer la razón? Lo entenderá mal quien así lo haga. Debe lucharse, porque la lucha es la única razón de la existencia humana. Lo que interesa es que, al alistarse en la lucha, se sepa distinguir el sofisma, más o menos voluminoso, que hay en todo partido, en toda creencia, en toda religión, en toda tendencia, y evadirlo. Interesa también evitar el sofisma que cada individuo, aun el más pulcro, moralmente, se construye y eleva a artículo de fe. Sólo así podrá el individuo encontrar un algo de razón universal, de razón biológica humana. Pero aunque posea ese algo de razón posible, debe guardarse muy bien de imponerla a nadie, porque en el preciso momento que quisiera imponerla se quedaría sin ella. Su razón, toda su razón, no habría sido más que una entelequia; no habría tenido más valor que otro sofisma cualquiera.

Así, nuestra secular lucha no es la lucha de una parte de la Humanidad contra otra parte de la Humanidad; es la lucha del espíritu nacional, del ser racional, del individuo, que encarna lo racional y exclusivamente mientras lo encarna, contra la sociedad irracional o contra lo irracional de la sociedad. Esta lucha siempre se empeña entre el individuo libre y la sociedad absorbidora y anuladora del individuo. Así, el individuo que la sociedad absorbe y se asimila queda anulado, como anulado queda el individuo que impone su criterio a los demás.

A la Humanidad ascendente no le interesan los esclavos ni los tiranos; sólo le interesan los rebeldes, los que rompen todas las formas y las fórmulas, derriban ídolos, tronos y templos para abrir cauce a la razón demoledora, para ensanchar el horizonte humano, para que la Humanidad aprenda a dejar en paz a sus muertos, a sus tradiciones y a sus ruinas para mirar de frente y reconstruir un porvenir mejor.

La lucha entre el individuo y la sociedad continuará eternamente si no se da con una fórmula que organice la sociedad, sin asimilar al individuo a ella; una fórmula en que nadie se sienta reprimido y sojuzgado; una fórmula que permita al individuo ser su rey y su esclavo, que le permita poseerlo todo sin exigirle nada.

ERNESTO DUBOIS

El hombre crô-magnon

(De mi obra inédita El poeta de la piedra.)

El linaje del Hombre es tan antiguo, que sus antecesores se pierden en la noche de los tiempos. Al reino animal pertenece y a los animales se asemeja en su estructura física. Sorprendente es el hecho de que el hombre de hoy, *nuestro hombre*, lleve en sí la chispa vital que surgió de lo inorgánico en remotísimos tiempos.

Del protoplasma, origen de la vida, nada sabemos, aunque nos fascina y enciende la imaginación. El estudio y la experimentación alrededor y sobre él es intensa y copiosa. Las más atrevidas hipótesis se suscitan, sin que por eso podamos dar en la incógnita hasta al ra.

En el laboratorio tal vez no se pueda hallar los elementos del protoplasma, pero no puede decirse hasta hoy el cómo y por qué en Natura se inició este organismo de vida. La ciencia ha demostrado que la chispa vital ocurrió *una sola vez*. De ahí se formaron el hombre y la planta; el primer hombre y nosotros, la primera planta y todos los que con nosotros viven. Se ignora cómo sucedió esto, aunque se sabe que el hombre por la evolución lenta durante miríadas de años es el producto de tal magnífico proceso.

Según Linneo, años atrás, Hooton y Lull, hoy, el hombre tiene su puesto entre los cuadrumanos, o sea el grupo de mamíferos que incluye a los monos. Estos cuadrumanos se hallan hoy tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo. Aunque del mismo tronco ancestral, han evolucionado separadamente más o menos en línea paralela, desde el comienzo de la era de los mamíferos que duró dieciséis millones de años.

A los cuadrumanos del Viejo Mundo pertenece el hombre. Entre sus primeros parientes se hallan los monos con rabo y los sin rabo, como el macaco. Siguen luego el mandril, gorila, chimpancé y orangután. Se clasifican algunas veces estos familiares del hombre en *Simiidae*, y el hombre, en *Hominidae*, pero es más conveniente clasificar los simios entre los *Hominidae* para dejar sentada de una vez la relación entre el gorila y el hombre, olvidando por el momento toda *distinción espiritual*, puesto que entre el hombre y el mono no hay más diferencia que entre el caballo y el asno, siendo el grado de consanguinidad casi idéntico.

Es necesario comprender desde el principio que el hombre y el mono surgen de un antepasado común perdido, que la ciencia pugna por hallar, sin resultado feliz, hasta la fecha. Este antepa-

sado común era bastante grande, vivía algo así como el gibón oriental, a pesar de que en su estructura está más lejos del hombre que ni gún otro mono.

Antes, mucho antes del antepasado común, hubo otros todavía más primitivos hasta llegar a los lemures o medio-monos que se hallan hoy en Madagascar y fosilizados en las rocas de la Era Terciaria de los Estados Unidos de América del Norte.

Créese que los cuadrumanos son de un tallo insectívoro. Tal vez en los tiempos triásicos los mamíferos evolucionaran del reptil. Huxley no admite fase reptiliana en la evolución del mamífero, pero da varias razones para derivar al hombre de los anfibios. Antes de los anfibios vienen los peces. Su importancia evolutiva no puede pasar desapercibida. El pez, mientras vive en el agua, no deja de ser pez, y, por lo tanto, limitado. ¿Cómo emergió de pez en anfibio, reptil, pájaro y mamífero? La ciencia atisba. La respuesta está aplazada.

Lástima grande que la Naturaleza no haya preservado entre los fósiles a nuestro antepasado común, puesto que en muchos casos se hallan ejemplares de los miembros menos progresistas de la raza. La última forma de la evolución de la unicélula y la colonia celular es el Hombre. Ha existido medio millón de años, evolucionando siempre hacia arriba, aunque lentísimamente, durante los últimos veinticinco mil años.

Bueno es establecer diferencias entre los antepasados estructurales y los actuales, los últimos siéndolo por la sangre, los primeros mostrando características de descendencia directa.

Por las dos razones que anteceden, la relación entre el hombre y los grandes monos ha establecido varias líneas de evidencia: el cerebro, los órganos internos, el esqueleto, la postura, las manos y los pies, estructura y musculatura, las palmas de las manos, la planta de los pies y los molares.

Es así como evolucionando lentamente en el curso del tiempo llegamos al CRO-MAGNON.

Según Linneo, todos los hombres que hoy existen pertenecen a la especie llamada *Homo Sapiens*, por su postura erecta, los brazos y piernas derechos y bien formados y la espina dorsal preparada para defender el bien colocado cráneo.

Del Asia llegó el hombre Crô-Magnon, bello espécimen de humanidad de los tiempos paleolíticos, y el representante más antiguo de nuestra especie. Tanto tiempo ha que llegó, que los paleontólogos le calculan por lo menos quince

mil años antes de toda historia. Si nos remontamos al Asia, la raza será todavía más antigua, puesto que la perfección del hombre Crô-Magnon indica un tipo de mucha y larga evolución por miles y miles de años.

Muchos especímenes de esta raza se ha hallado en diversos sitios, pero como norma se toma al grupo encontrado en Crô-Magnon, villa Les Eyzies, Oeste de Francia, en 1868. Este grupo constaba de un anciano, una mujer, dos jóvenes y un niño. Pueden verse hoy en el Museo de Historia Natural, de París. Aunque poseen algunas cualidades primitivas, tales como dientes salizos, mandíbulas poderosas y rostro ancho, son, sin embargo un soberbio tipo de humanidad.

Tenía el anciano 5 pies y 11 pulgadas de estatura; la mujer, 5 con 8. Eran derechos, tenían las piernas bien alargadas como para la caza. El cráneo capaz, la frente alta, las cejas arqueadas. Había falta de armonía entre el cráneo relativamente larguángosto en proporción con las anchas mejillas. La barbilla, algo prominentemente, era angosta y puntiaguda, claramente asiática, aunque no mogólica.

También se ha hallado el hombre Crô-Magnon en Grimaldi o Baoussè-Roussè, en la frontera italiana, no lejos de Menton (Francia). Hay aquí una serie de cavernas, una llamada la Gruta de los Infantes por haberse hallado allí en 1874-5 dos esqueletos de niños, al parecer enterrados el mismo día. No muy lejos de ellos se encontró una mujer de mandíbula muy ro-

busta y bien desarrollada barbilla. A veintitrés pies de profundidad se encontró un hombre cubierto de huesos de la hiena de las cavernas. A su lado había artefactos y útiles de cuarzo y yeso. El hombre era espléndido; medía 6 pies con 4 pulgadas, es decir, más alto que el Crô-Magnon anterior, y su cráneo en un todo igual al del otro.

En la cueva Barma Grande se hallaron también otros t.es. El hombre mide igual estatura que el anterior; la mujer, 5 pies con 4 pulgadas y media, y el chico, de unos quince años, un poco más alto que ella. Los tres son Crô-Magnon típicos. Todos llevaban collares de hueso y dientes.

Así, pues, la raza Crô-Magnon queda definitivamente establecida como variante del *Homo Sapiens*, merecedora del vínculo por sus cualidades físicas y mentales. Se le atribuye el arte paleolítico de las cavernas del Oeste de Francia y Norte de España.

Por el arte se conoce el grado de avance de un pueblo. Lo mismo sucede con el hombre prehistórico. El arte del hombre Crô-Magnon es el documento vivo de su poderío. Vivió esta raza veinticinco mil años atrás, mucho antes que Egipto y Grecia estuvieran en el mapa. Dió paso el Crô-Magnon al Neolítico, o sea al antepasado directo del hombre moderno.

CLOTILDE BETANCES JAEGER

Bibliografía

LA CRISIS BRITANICA EN EL SIGLO XX, por André Siegfried. Editorial España, Madrid.—No puede negarse que en este libro se estudian con justeza y se exponen con precisión y claridad admirables las causas de la crisis económica por que atraviesa actualmente Inglaterra. En tal sentido, esta obra constituye un documento de valía.

No acontece lo mismo cuando el autor se propone investigar las causas de la desocupación.

Siegfried profesa al proletariado un desprecio indudable, que se halla en razón directa de la admiración que le inspiran las clases poderosas. Casi no es preciso decir más. Un escritor de nuestra época que admire al poderoso y desdén al productor queda por este hecho retratado de cuerpo entero. Queremos, sin embargo, anotar lo que a nuestro juicio constituye el error capital de la tesis de este autor.

Desde luego, atribuye la desocupación al alza excesiva de los salarios, y aboga por la baja de éstos para que los precios de los productos

elaborados bajen y se aumente así el volumen de ventas. El error es manifiesto. Si a la elevación de los salarios corresponde un alza paralela en los precios de los productos, el signo monetario no ha hecho otra cosa que perder valor adquisitivo, y si el fenómeno se produce a la inversa, los términos del problema no varían. De otra parte, atribuir a la elevación de los salarios en una época en que la máquina va sustituyendo al hombre en todos los órdenes de la producción, la causa de la desocupación, es una majadería.

La crisis actual no obedece a causas tan imaginarias. Es una crisis de régimen que sólo hallará solución reorganizando dicho régimen. Claro que esto no lo ve, o no lo quiere ver, Siegfried, que, como ya hemos indicado, es un admirador del sistema capitalista.

LA INQUISICION EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVI. Biblioteca de ESTUDIOS, Valencia.—Franz Kasper Hubert Vink reconstruyó de una manera admirable en diecinueve lienzos

de 2 x 1'10 m. cada uno, la mayor parte de los espantosos tormentos que el tribunal de la Inquisición solía aplicar en España a los que no tenían el mal gusto de comulgar en las creencias de los inquisidores y de sus inspiradores.

Estos cuadros, apenas conocidos en España, los reproduce, con muy buen acuerdo, ESTUDIOS en este volumen, acompañando a cada uno una explicación breve y precisa de lo que representan. La valía de esto no es necesario hacerla resaltar. Ni la oportunidad de su publicación. Todavía hay quienes creen que los representantes de Cristo desempeñan un papel necesario en la sociedad para inclinar al individuo al bien, y no está de más que se vea hasta dónde rayaron, mientras pudieron, en su crueldad. Y esto se ve admirablemente a través de estos cuadros escalofriantes, en los cuales se une al verismo absoluto la maestría en la ejecución de un verdadero artista.

EL FIN DE UNA EXPEDICION SIDERAL. VIAJE AL PLANETA MARTE, por Benigno Bejarano. D. Jiménez Letang, editor, Barcelona.—Un raro mérito reúne esta novela de Bejarano: el de instruir deleitando. Mérito que no se logra tan fácilmente.

El autor ha ideado una fábula entretenida y graciosa que se apodera de la atención del lector desde las primeras líneas y a través de ella va vulgarizando conocimientos científicos que no siempre son asimilables estudiados en tratados y monografías especiales.

Creemos que nuestros lectores tendrán noticias de este libro, por haberse publicado en las columnas de *Solidaridad Obrera*, de Barcelona, y por eso no nos extendemos más en el comentario. De todos modos recomendamos su lectura por las enseñanzas que la obra ofrece, por su amenidad y por lo módico de su precio.

LO QUE DEBE SABER TODA JOVEN, por Mme. Mary Wood Allen. Biblioteca ESTUDIOS. Valencia.—La autora de este magnífico libro, además de doctora en Medicina, se nos revela como una estimable escritora y como una mujer de una elevación de miras admirable.

En esta obra trata con una sencillez y claridad nada fácil, de todo aquello que es necesario saber para conservar la salud y el vigor físico, única garantía de la salud moral. Y lo trata de forma tan amena y atrayente, que leer sus páginas resulta un verdadero placer de la más elevada estirpe y, al mismo tiempo, un gran bien.

Naturalmente concede una importancia capital a la cuestión sexual. Se comprende. Siendo esa cuestión la más descuidada por la enseñanza oficial y revistiendo tanta importancia para la conservación y superación de la raza, es natural que en un tratado de esta índole se la conceda atención preferente. Pero está tratada con tal delicadeza y tan felizmente que el libro puede ser puesto en todas las manos con la seguridad de

que se contribuye a la elevación moral de todos. No otra ha sido la idea de la autora, que lo ha escrito expresamente para las jovencitas con el propósito de aleccionarlas acerca de una de las cuestiones más trascendentales.

¡COMO NOS DIEZMAN!, por Vicente March. Biblioteca del Obrero. Sevilla.—La edición de este interesantísimo folleto representa un verdadero acierto de sus editores. Pocos escritos abundan más que éste en las causas del dolor universal ni describen mejor la injusticia social que nos hace a todos infelices.

Vicente March recorre con un estilo fácil, sencillo, lleno de sugerencias, el triste panorama que ofrece la vida del desheredado de la fortuna desde antes de nacer hasta su muerte. Y en todo momento contrasta esta existencia dolorosa y negativa con la que llevan los potentados, los detentadores de toda la riqueza social, para los que tienen diatribas y gritos de indignación verdaderamente conmovedores.

Un buen folleto. Utilísimo para conocer hasta en sus más hondas raíces la monstruosidad social que de siempre hemos combatido. Leerlo es formar inmediatamente en las filas del proletariado emancipador que se afana en crear un mundo mejor, más en armonía con la equidad y la justicia.

LA MUJER, EL AMOR Y EL SEXO, por Jean Marestan. Biblioteca ESTUDIOS. Valencia.

No es necesario encomiar el interés de este escrito de Marestán. Su pericia en estas cuestiones y su elevación de miras son harto conocidas en España para que nos detengamos ahora a hacerlas resaltar. Como todo lo que brota de la pluma de este hombre, este folleto es algo de una valía auténtica que todo hombre estudioso leerá con deleite y provecho.

Traducción literal del texto taquigráfico de una conferencia pronunciada por Marestán no hace muchos meses en París, tiene el valor indudable que reviste cuanto en tal sentido lleva a cabo este hombre y, además, la aportación que al mismo tema llevaron las señoras Juana Humbert, Odette Dulac y los escritores León Frapie, Mauricius y Carlos Augusto Bontemps.

Nada más es preciso decir para recomendar la lectura y difusión de este valioso librito.

LA FALSA REDENCION, por Sebastián Faure. Biblioteca Socialrevolucionaria. Valencia.—Este folleto de Faure es la reproducción de la primera de las doce conferencias que el autor pronunció en París, desde noviembre de 1920 a febrero de 1921, y en ella queda pulverizada de la forma magistral que el autor de *El dolor universal* sabe hacerlo, la farsa trágica que es la mentira religiosa. Una argumentación sólida, clara, precisa. Razonamientos que no admiten réplica. Verdades eternas. Y, por encima de todo, la no-

bleza del ideal al cual consagró Faure su talento y su vida.

Leer este folleto no sólo es libertarse del peso de algunos prejuicios, sino que es, además, hacerse más buenos. Sinceramente felicitamos a sus editores y les deseamos éxito en su empresa, digna de todo encomio.

ANARCOSINDICALISMO, por Horacio M. Prieto.—Editado por la Federación Local de Sindicatos Unicos de Bilbao, se ha puesto a la venta este interesante folleto.

Aparte el noble fin a que se destinan los productos de su venta —presos y propaganda— el folleto es, por su contenido, de una gran utilidad. En él pretende el autor dar una respuesta clara a la pregunta que se formulan los militantes de la C. N. T. acerca de qué haremos al día siguiente de la revolución y explica cómo podrá organizarse la sociedad nueva bajo los auspicios de los Sindicatos.

Se puede compartir o no el criterio del autor, pero lo que no deja lugar a dudas es que este tema no es estudiado con la atención que merece y, cuando no otra cosa, este folleto sugiere ideas y aporta una solución.

Gustosos recomendamos su lectura.

EL PROBLEMA DE LA TIERRA, por Avenir D'Amor.—El Grupo Juventud Libertaria, del Sindicato Unico de Trabajadores de Montejaque, ha editado este folleto, al que sólo hallamos un defecto: el excesivo lirismo de que hace gala el autor.

Hay datos interesantes y atisbos ciertos en este escrito, pero el autor hubiera hecho algo más útil y más claro, escribiendo con más llaneza y concisión.

De todos modos, no perderá el tiempo quien lo lea, sobre todo si no está muy iniciado en el estudio de las cuestiones sociales.

SUPLEMENTO DE «TIERRA Y LIBERTAD».—Nos gusta sinceramente la presentación y el contenido de este primer número del *Suplemento de «Tierra y Libertad»*. Publica trabajos de sana doctrina libertaria, entre los que destacan los firmados por Errico Malatesta, y los doctores Isaac Puente y J. Palacio, este último tratando acerca del desnudismo y su significación.

Deseamos ver pronto otros números de este *Suplemento*, que, a juzgar por el inicial, han de ser de un interés extraordinario.

H. N.

PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA, por Gastón Leval.—Acabamos de recibir una cantidad de ejemplares de este libro excepcionalmente útil, del que no dudamos habrá de ocuparse con verdadero interés toda la prensa de avanzada social.

Aparte de los trabajos que con tanto acierto viene publicando nuestro camarada Noja Ruiz, en ESTUDIOS, nada se ha hecho, que sepamos, después de *La conquista del pan*, hasta aquí, que responda a las necesidades del momento revolucionario presente, de forma seria y concreta, en el aspecto económico, con vistas a una transformación económica en que ha de basarse la sociedad futura.

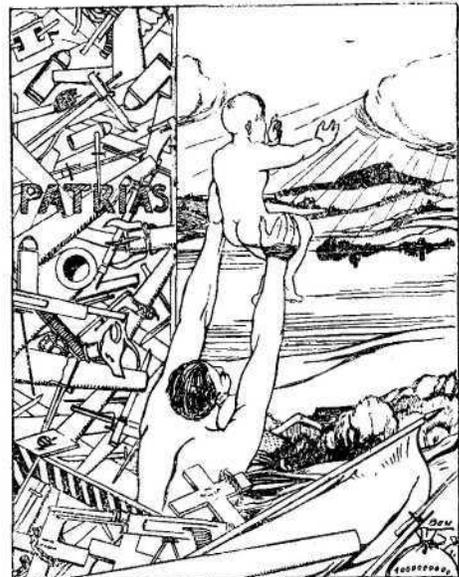
El libro de nuestro querido amigo Gastón Leval viene a llenar, con su contribución valiosa a tan necesaria y urgente labor, ese vacío de soluciones prácticas, hacederas, viables experimentalmente, de que adolece nuestra producción literaria. En él estudia detalladamente el importantísimo problema de cómo podrán ser satisfechas las necesidades sociales materiales cuando, abatidas las carcomidas columnas del capitalismo, pase la economía a desarrollarse en las nuevas normas de la cooperación y la solidaridad, sin que se repita el error de las revoluciones pasadas, de sustituir por nuevas tiranías y nuevos privilegios a los privilegios y tiranías que se hayan vencido.

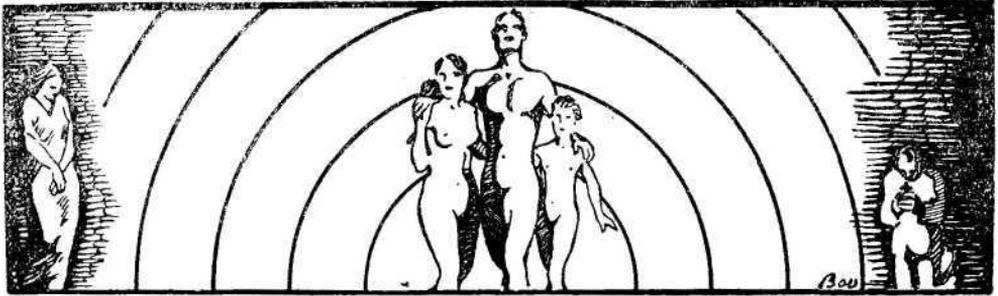
En nuestro próximo número nos ocuparemos de este libro con la extensión que merece.

Mientras tanto, podemos servir ejemplares de este libro, cuyo precio es el de tres pesetas ejemplar.

Puede decirse que no hay en toda la superficie del planeta un solo hombre que conozca a fondo una mujer. Ningún hombre conoce a una sola mujer.

KARIN MICHAELIS



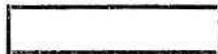


Una página maestra

DEL LENGUAJE

Grande es el don del lenguaje. Da al niño en un momento lo que la Naturaleza ha necesitado siglos para dárselo al hombre. De un mísero toro se dice : ¿Qué sería si conociese su fuerza? Y yo digo del hombre : ¿Qué sería si conociese la fuerza de su lenguaje? Grande es el vacío que se ha formado en el corazón de la cultura humana por habernos olvidado en esto tanto de nosotros mismos, y no solamente por no haber hecho nada para enseñar a hablar a las clases inferiores del pueblo, sino también por haber hecho aprender de memoria palabras abstractas y aisladas al pueblo privado de lenguaje. Los indios no podrán realmente hacer más para mantener eternamente imbéciles a las clases más inferiores de su pueblo y para abandonarlo constantemente como la última clase humana. Que se contradiga, si se puede, este hecho. Emplazo a todos los sacerdotes, a todas las autoridades, a todos los hombres que viven entre un pueblo a quien, en medio de su total abandono, se imprime aún un sello tan extravagante de aparente solicitud paternal ; quien viva entre un pueblo semejante, levántese y atestigüe que no ha experimentado lo penoso que es enseñar un concepto a esas pobres criaturas. Todos están de acuerdo en ello. Sí, sí, dicen los sacerdotes ; cuando vienen a nosotros no comprenden ni una palabra de nuestra enseñanza. Sí, sí, dicen los jueces ; aun cuando tengan razón, les es imposible hacer comprender sus derechos a un hombre cualquiera. Compasiva y altanera dice la señora : apenas aventajan en nada a las bestias, no se les puede emplear en ningún servicio. Los papanatas, que no saben contar hasta cinco, los tienen por más imbéciles que ellos mismos ; los malvados de todos colores exclaman, cada uno a su modo : ¡ Es suerte para nosotros que ello sea así ! Si fuera de otro modo no podríamos comprarles tan barato ni venderles tan caro en nuestro mercado.

PESTALOZZI



PEQUEÑO MANUAL INDIVIDUALISTA, por Han Ryner.—Precio, 2 pesetas.

ALBORES, por Albano Rosell.—Precio, 1 peseta.

PROBLEMAS ECONÓMICOS DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL ESPAÑOLA, por Gastón Leval.—Precio, 3 pesetas.

LA NUEVA CREACIÓN DE LA SOCIEDAD POR EL COMUNISMO ANARQUICO, por Pierre Ramus.—Precio, 3'50 pesetas.

LA INQUISICIÓN EN ESPAÑA (ilustrada con diecinueve láminas).—Precio, 1 peseta.

RAFAEL BARRET. Su Obra, Su Prédica, Su Moral, por J. R. Forteza.—Precio, 3 pesetas.

EL SACRILEGO, por José Sampérez Janín.—Precio, 5 ptas.

EL SINDICALISMO, por Marín Civera.—Precio, 3 pesetas.

ENTRE DOS FRENTEs, por Adam Smit.—Un tomo, 4 pesetas.

LOS VEGETALES (Génesis y milagros), por el doctor Arthur Vasconcellos.—Precio, 1 peseta.

¡TAMBIÉN AMÉRICA!, por Campio Carpio.—Precio, 4 pesetas.

EN EL PAÍS DE MACROBIA, por Albano Rosell.—Precio, 3 pesetas.

LA EDUCACIÓN SEGUN LA NATURALEZA, por Daniel L. Coello.—Precio, 4 pesetas.

EL PROBLEMA SOCIAL, por Martínez Novella.—Precio, 1 peseta.

EL ÚNICO CAMINO, por Martínez Novella.—Precio, 1'50 pesetas.

MEDITACIONES, por Martínez Novella.—Precio, 1'25 ptas

FOLLETOS FILOSÓFICOS Y SOCIALES

LOS PRINCIPIOS HUMANITARISTAS, por Eugen Reizis.—Precio, 0'30 pesetas.

LA PROPIEDAD DE LA TIERRA, por León Tolstói.—Precio, 0'30 pesetas.

LA IGLESIA Y LA LIBERTAD, por Lorurot-Desgranges.—Precio, 0'40 pesetas.

LA PROSTITUCIÓN, por Emma Goldmann.—Precio, 0'25 pesetas.

LA LUCHA POR EL PAN, por Rudolf Rocker.—Precio, 0'50 pesetas.

LA LIBERTAD Y LA NUEVA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA, por Higinio Noja Ruiz.—Precio, 0'30 pesetas.

EL MILITARISMO Y LA GUERRA.—Precio, 0'25 pesetas.

LA FABRICACIÓN DE ARMAS DE GUERRA, por Rudolf Rocker.—Precio, 0'30 pesetas.

LAS FEALDADES DE LA RELIGIÓN, por Han Ryner.—Precio, 0'50 pesetas.

HUELGA DE VIENTRES, por Luis Bulffi.—Precio, 0'25 pesetas.

GENERACIÓN VOLUNTARIA, por Paul Robin.—Precio, 0'25 pesetas.

¿MARAVILLOSO EL INSTINTO DE LOS INSECTOS?—Precio, 0'30 pesetas.

POBRES Y RICOS (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.

LA POLÍTICA Y LOS POLÍTICOS (selección de varios autores).—Precio, 0'30 pesetas.

SUPERPOBLACIÓN Y MISERIA, por Eugenio Lericois.—Precio, 0'40 pesetas.

LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACIÓN FEMENINA, por Emma Goldmann.—Precio, 0'20 pesetas.

MATERNIDAD Y PUERICULTURA, por Margarita Nelsen.—Precio, 0'25 pesetas.

AMOR Y MATRIMONIO, por Emma Goldmann.—Precio, 0'50 pesetas.

ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta.—Precio, 0'35 ptas.

LA FILOSOFÍA DE IBSEN, por Han Ryner.—Precio, 0'25 pesetas.

EL MATRIMONIO, por Elías Reclús.—Precio, 0'30 pesetas.

LA LIBERTAD, por Sebastián Faure.—Precio, 0'30 pesetas.

EL SINDICALISMO, por Anselmo Lorenzo.—Precio, 0'30 pesetas.

¿EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO, por V. Gri-fuelhes.—Precio, 0'30 pesetas.

EL PROBLEMA DE LA TIERRA, por Henry George.—Precio, 0'30 pesetas.

EDUCACIÓN REVOLUCIONARIA, por C. Cornelissen.—Precio, 0'30 pesetas.

ESTUDIOS SOBRE EL AMOR, por José Ingenieros.—Precio, 0'75 pesetas.

EL SUBJETIVISMO, por Han Ryner.—Precio, 1 peseta.

JUANA DE ARCO, SACRIFICADA POR LA IGLESIA por Han Ryner.—Precio, 0'60 pesetas.

CRANQUEBILLE, por Anatole France.—Precio, 0'50 pesetas.

LA MUERTE DE OLIVERIO BECAILLE, por Emilio Zola.—Precio, 0'50 pesetas.

EL MAREO, por Alejandro Kuprín.—Precio, 0'50 pesetas.

LUZ DE DOMINGO, por Ramón Pérez de Ayala.—Precio, 0'50 pesetas.

INFANTICIDA, por Joaquín Dicenta.—Precio, 0'50 pesetas.

URANIA, por Camilo Flammarion.—Precio, 0'50 pesetas.

EL PROBLEMA EUGENICO, por Hildegart.—Precio, 0'75 pesetas.

EDUCACIÓN SEXUAL, por Hildegart.—Precio, 0'75 pesetas.

DICCIONARIOS

(15 por 100 de descuento a correspondientes y suscriptores)

ENCICLOPEDIA SOPENA (en dos volúmenes).—80 pesetas al contado y 90 a plazos

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.—18 pesetas.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO LA FUENTE.—9 pesetas.

NUOVO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, por don José Alemany.—7 pesetas.

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, por Atilano Rancés.—3'50 pesetas.

DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-FRANCÉS, por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac.—Precio, 5'50 pesetas.

DICCIONARIO INGLÉS-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-INGLÉS, por Ricardo Robertson.—5'50 pesetas.

PEQUEÑO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA «ITER».—1'75 pesetas.

DICCIONARIO «ITEP» INGLÉS-ESPAÑOL.—2'50 pesetas.

DICCIONARIO «ITER» FRANCÉS-ESPAÑOL.—2'50 pesetas.

DICCIONARIO FILOSÓFICO, por Voltaire (dos tomos).—16 pesetas.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS:

La Inquisición en España en el siglo XVI

Precio: UNA PESETA

Guía explicativa, ilustrada con 19 láminas, de los tormentos y las infamias perpetradas por esta tenebrosa Institución.

La desocupación y la maquinaria Por J. A. Mac Donald

Precio: 1'50 PESETAS

Una sociedad que comete la terrible infamia de arrojar el trigo al mar, mientras mueren de hambre millones de seres, está irremisiblemente condenada a muerte, para dejar paso a otra sociedad más justa y más humana.

El botón de fuego Por José López Montenegro

Precio: 3 PESETAS

Preciosa obra, de inmenso valor educativo y de alta importancia científica, vulgarizada al alcance de todas las inteligencias. Sus bellas enseñanzas, de que está repleta la obra, tienen un interés inapreciable e imperecedero. Segunda edición.

La Mujer, el Amor y el Sexo Por Jean Marestán

Precio: UNA PESETA

Precioso trabajo, uno de los mejores de este genial autor, en el que de manera lógica y contundente se aboga por el derecho de la mujer a disponer de su cuerpo con arreglo a los dictados de su conciencia.

Medios para evitar el embarazo

Por el Dr. G. HARDY

PRECIO:

En rústica:
3'50 ptas.

Encuadernado en tela:
5 ptas.

Obra utilísima, ampliamente documentada e ilustrada con 39 grabados en el texto, detallando los más modernos y perfectos procedimientos científicos para evitar la concepción no deseada, y los medios anticoncepcionales más eficaces y seguros. — Primera edición española autorizada por el autor, notablemente corregida y puesta al día. — Libro de utilidad excepcional, importantísimo. — Indispensable en todos los hogares cuyos cónyuges deseen orientarse en sus relaciones sexuales para una procreación consciente y limitada, a completa voluntad suya, tanto del hombre como de la mujer. — Esta obra ha merecido los honores de los más duros ataques de la mojigatería francesa, y los más sinceros elogios de los hombres científicos de espíritu libre, médicos, abogados, escritores, artistas, etcétera, habiéndose vendido numerosas ediciones en Francia.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Consultorio gratuito para los lectores de ESTUDIOS de todo lo concerniente a la sexualidad. Por exceso de ocupaciones y por existir otros médicos en el Consultorio, se ruega a los lectores se abstengan de consultar sobre otras enfermedades. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia, Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón. Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Gamazo, 19, entlo. dcha. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 110.—Octubre 1932

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.